

Año XI Tomo XXVI Núm. 108

Atenea

Revista Mensual de
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)



SUMARIO

- | | |
|-----------------------|--|
| Luis Enrique Osorio | <i>El conde de Keyserling y su libro sobre Sudamérica</i> |
| Dr. Aureliano Oyarzún | <i>Historia del desarrollo de la Anatomía Patológica en Chile</i> |
| Rómulo Vallejos | <i>Juan, el Veguero</i> |
| André Maurois | <i>Introducción al método de Paul Valery</i> |
| Chela Reyes | <i>Otoño</i> |
| Lautaro Yankas | <i>Esquema de Luis Durand</i> |
| Alfonso Escudero | <i>El que pudo haber sido nuestro mejor crítico. Eliodoro Astorquiza</i> |

SEÑALES—LOS LIBROS—LIBROS RECIBIDOS

Precio \$ 2.50

Junio de 1934

Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA. — LUIS D. CRUZ OCAMPO
FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago
Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que edita desde este año, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para fran- queo.	
Suscripción a los países extranjeros excep- to Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA NASCIMENTO

SANTIAGO
Ahumada 125
Casilla 2298

CONCEPCION
Barros Arana 800
Casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago.

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XI

Junio de 1934

Núm. 108

Luis Enrique Osorio

El Conde de Keyserling y su libro sobre Sudamérica ⁽¹⁾

«DEUTSCHLAND UBER ALLES»



LEMANIA, patria y ambiente social del conde de Keyserling, parece un invento colectivo para desmentir el rigor de las leyes antropogeográficas.

Siendo un medio que extirpa masas en vez de atraerlas, tiene todas las complicaciones de la etnología híbrida; hallándose incrustada en el corazón de Europa, posee una curiosidad universal; estando matizada por las nieblas nórdicas, hace gala de un sentimentalismo que supera al de la Europa meridional y ofrece íntimos puntos de contacto con la índole de los tropicales.

Aunque aquél es el pueblo que concibió al superhombre nietschiano, carece de los orgullosos hermetismos ingleses, y no huye a la mezcla con razas distanciadas,

(1) Luis E. Osorio, autor del interesante artículo que reproducimos, es uno de los más auténticos valores de la literatura colombiana de hoy y un crítico de vasta cultura.

cuando a ello lo inducen los cambios de medio y las necesidades de aclimatación.

Todo esto obedece, quizá, a que las relaciones entre el hombre y el clima no son igualmente estrechas en todos los grupos sociales, y a que el alemán es el menos telúrico de todos los seres humanos. Pudiera llamársele más bien el hombre cósmico, el individuo que ama la tierra y se compenetra con ella, pero sin limitaciones de zona ni nacionalidad; el domador de la geografía, al cual lo mismo le da asimilarse a las nieves polares que a las selvas africanas. En el primer caso, corteja a la mujer del lapón, y en el segundo, se convertirá en idólatra de la negrología, y aun en partícipe de la eugenesia mulata.

El grito de «*Deutschland über alles*» tiene más de racial que de territorial, y más de presentimiento que de orgullo. Alemania tiene un raro impulso que la impulsa a influir en los destinos humanos del siglo XX, del mismo modo que los iberos dominaron el planeta en el siglo XVI.

La horda germánica no es ya, por supuesto, la que invadió los dominios de Roma, y se dejó imponer la cultura latina. Es una avalancha de ideas y sentimientos que va creciendo y arrollando todos los localismos que encuentra a su paso.

A la migración de pueblos la ha sucedido la migración de energías mentales.

Este fenómeno se divide en dos etapas.

Primero, me parece notar una fuerza centrípeta, que interpela al cosmos y quiere interpretarlo. De esta suer-

te, si el mundo latino recibió, hace dos mil años, la visita sentimental del Asia a través del cristianismo, el mundo germánico atrajo a sí algo más importante que la mística indú: las filosofías orientales.

¿Quién, que haya estudiado un poco las escuelas filosóficas de la India—sankismo, vedantismo, yoguismo—no las encuentra occidentalizadas a través del método fundamental de Kant, cuando afirma que «pensar es unir?»

Luego, vienen sus discípulos: Fichte, el idealista de la libertad; Schelling, el conceptista del principio superior que origina al ser y al pensamiento; Shopenhauer, el cosmólogo; y Hegel, el dialéctico de la síntesis.

Estos pensadores no son personalidades exóticas, que hubieran podido surgir lo mismo en París que en Constantinopla. Son el prototipo del período en que la raza alemana trata de sintetizar al mundo, y aun se convierte en raza-síntesis.

Para muchos occidentales resulta la filosofía germánica, entre otras cosas, porque el tamiz europeo, al presentar las concepciones orientalistas ante el lente de la ciencia experimental, las complica en vez de esclarecerlas.

Pero basta leer El Kibalió, algo de Kapila y algo de Patanjali, y pasar, aunque sea de largo, por sobre los capítulos filosóficos del Mahabarata, para hallar el origen inconfundible de las profundidades por las cuales se aventuran los filósofos de Alemania en el siglo XVIII y el XIX.

Alemania pretende, a través de sus filósofos, oponer un eclecticismo mental a una mentalidad puramente occidental.

En seguida, viene la etapa centrífuga:

De los pensamientos de esos filósofos, que ponen a la vez en claro la estructura del alma germánica, arranca el auge de la occidentalización de la filosofía oriental, frente a la decadencia indiscutible de la simple emotividad transplantada de ese mismo oriente a las culturas del Mediterráneo, al comienzo de nuestra era.

Veamos, entonces, cómo la raza germánica comienza a ejercer una poderosa influencia mental en el planeta.

Por un lado, la psicoanálisis de Sigismundo Freud, transparenta los abismos de la subconsciencia, continuando la obra de Mesmer. Por otro, Feuerbach procede a Marx en la adaptación de la dialéctica Hegeliana al temperamento materialista de Europa, y preludia las teorías económicas que hoy están más en boga en el mundo. Einstein, culmina en el plano de las matemáticas. Meyer Lübke, levanta un monumento de filología neolatina que los mismos pueblos latinos no han sido capaces de llevar adelante.

Toda esta complejidad científica, que pudiera parecer un laberinto a los partidarios de la lógica unilateral, tiene su alegoría perfecta en el mago de Baireuth, en el gran Wagner, que opuso la sinfonía a la melodía.

Los alemanes entienden a Wagner, porque llevan en la subconsciencia esa heterogeneidad de inquietudes que los inducen a perseguir un destino cósmico. La música del insuperable concertista es para ellos una mano má-

gica que les armoniza el mundo interior; que les abre por entre la maraña espiritual, una luminosa ruta de conciencia.

Creo que Hitler se equivoca cuando dice que el mundo está contra los alemanes. Paréceme, más bien, que el orbe entero se encuentra a merced de ellos. Freud, es hoy el más manoseado de los psicólogos. Marx se ha convertido en el Abraham de la revolución socialista. Einstein ocupa el pináculo del olimpo pitagórico. A todo esto podemos añadir que Alemania es el país de la química, en momentos en que la química comienza a esbozar una nueva etapa económica.

¡Y cuanta sabiduría alemana ignorará nuestro mundo latino, que debe atenerse siempre a la buena voluntad de los traductores!

Es posible que en este fenómeno estribe la razón de la índole autocrática de los germanos. No son ellos una nación infantil en sentido político, como suponen algunos comentaristas superficiales. Creo más bien que, como raza científica, consciente de su responsabilidad científica ante el mundo, los alemanes colocan la política en lugar secundario, y hallan más cómodo interpretarla en el sentido de orden y disciplina que en el de individualismo anglo-francés.

Para los alemanes la libertad se reserva el campo de la ciencia, y la autoridad el del gobierno.

Lo que a muchos le suena a primitivismo, bien pudiera considerarse como derivado legítimo de la filosofía.

He llegado hasta suponer que cuando los estudiantes

de Heidelberg se dan de cuchilladas en el rostro, no están realmente en torneo de gladiadores a la manera romana, sino dándole plasticismo a todo un sistema social. Cada espadachín es, en ejercicio de su profesión, un filósofo; dos espadachines que se enfrentan son una tesis y una antítesis; la pelea en sí es una síntesis...

EL CONDE DE KEYSERLING

Keyserling es un bello ejemplar de la aristocracia germana.

Menciono la «aristocracia», y no el «pueblo», porque en él se manifiestan todas las características del tradicionalista, del ser producido por la casta.

Como se desprende de sus mismas confesiones, posee la debilidad física de las noblezas fatigadas, y no hay año en que no tenga que guardar cama por algunos meses.

En cambio, ha heredado ese poder de introspección que se desarrolla merced al abolengo, y que ha producido a través de millares de años el tipo clásico del espiritualista indú.

Por esta razón pudiera decirse que Keyserling es un brahamán nacido en Alemania, e imbuido del ánimo universalista que anima a la escuela de Tagore.

Conviene empero anotar aquí la diferencia entre el espiritualismo indú y el germánico.

Los brahmanes, aunque representen la estirpe más

introspectiva del planeta, son hombres moldeados por los panoramas del Ganges, el río propicio a la quietud y a la meditación. Un indú fuera de la India es una figura exótica, discordante, como un verso entrometido en un cuadro de estadísticas, o una melodía ejecutada entre el ruidaje de una fábrica. El mentalismo germánico en cambio tiene algo de muscinea: no se arraiga a determinada corteza terrestre, y se adapta a todas las latitudes. Dígalo si no el sabio barón Carlos Guillermo de Humbolt, que recorrió hace ciento cincuenta años el continente americano consultando el barómetro y los torsos de las criollas. Díganlo todos los exploradores más o menos célebres que le siguieron a lo largo de siglo y medio, alguno de los cuales han explorado el río Amazonas, Júpiter de nuestro sistema fluvial, con más curiosidad que el mestizo andino o el zambo brasileño, y quizá también con mejor éxito entre las indias.

Hablé una vez con una de estas inquietudes andantes, y le pregunté qué se proponía al explorar nuestras selvas; y me repuso marcialmente:

—He jurado fidelidad al emperador de Austria...
Me debo al príncipe Otto.

Pude darme cuenta entonces de que el concepto imperial es, entre las razas germánicas, una aspiración de orden para el dominio del mundo. El emperador no es un muñeco decorativo, sino la idea absoluta de Hegel, simbolizada en un Habsburgo o en un Hohenzollern, para favorecer los destinos cósmicos de estos nuevos «elegidos».

Keyserling no viaja con los aparatos de Humbolt, sino con el instrumento omnímmodo de su intuición.

La glándula pineal vale para él mucho más que todos los descubrimientos físico-químicos. Y como habla para el occidente, hace siempre esta salvedad que lo pone a salvo de compromisos científicos.

No podría decirse que él ha creado una filosofía, ni que existe un sistema keyserliniano. El conde tiene, en filosofía, algo de lo que son los noticieros en el mundo cinelándico. Su inquietud germánica se proyecta aquí y allá, en lo abstracto y en lo concreto, y va mostrando los aspectos más interesantes del orbe. Gusta más de la divagación de la sistematización. Mejor dicho: toma el mundo fenoménico como un pretexto o un aperitivo para hundirse en las profundidades del Yo.

El que viaja con Keyserling no viaja por el planeta, sino por el alma de Keyserling a través del planeta.

Por este método anfíbio de investigación surgen de pronto a la luz verdades que ni los intuitivos orientales ni los analíticos occidentales han logrado exponer.

En el complejo de divagaciones, que no siguen nunca la línea recta, pero que guardan cierta analogía con la música wagneriana, surgen súbitos conceptos que deslumbran y que parecen el resultado de la más paciente y sistemática búsqueda.

Por demás está añadir que a Keyserling no le interesa que le sigan o no, que le crean o no. La filosofía es en él un arte, y es probable que le preocupe más el agradar que el convencer.

De esta suerte le vemos interrogar la realidad europea, recorrer el Asia, y luego venir a nuestra América.

Su visita al nuevo mundo la hace en época de gran madurez, cuando se ha formado ya un criterio sólido sobre el orbe antiguo, después de volver añicos los moldes europeos para presentar, como base científica e histórica de la humanidad, el espíritu intuitivo y religioso del oriente al lado de la ciencia experimental.

Fué también él quien, antes de pisar territorios andinos, acometió contra los prejuicios raciales de Europa y proclamó que las mezclas de razas tenían razones más profundas y transcendentales de las que quería darles la estrecha visión de las pretendidas culturas blancas.

Comienza el conde por visitar a Norte América, y escribe sobre la cultura de John Smith, John Winthrop y Roger Willanm, un volumen de quinientas páginas que supo delinear, con habilidad ajena a todos los comentaristas anteriores venidos de Europa, la índole poliforme de Estados Unidos.

«Norteamérica Libertada» la obra más profunda que tal vez se ha escrito sobre nuestros vecinos del norte, y la que más favorablemente los ha interpretado, sostiene una tésis que puede parecer ex abrupto a quienes sólo han oído hablar de las águilas codiciosas: el Yanquilandia prevalece la mentalidad de los puritanos, en lucha con todos los factores que consideramos como característica esencial de ese pueblo.

No obstante, Keyserling advierte: esta obra no es

fruto de frías investigaciones, sino del contacto de mi intuición con la realidad norteamericana.

Va él de Nueva York a California manteniendo en tensión consciente su sensibilísima pineal y recibiendo por medio de ella las más originales sugerencias.

Uno de los fenómenos que más llamaron su atención fué el de la mutua influencia mental de las razas que pretenden aislarse sanguineamente; y al efecto cita una frase feliz de C. G. Jung, psicólogo experimental a quien el conde admira sin reservas:

«El norteamericano tiene cuerpo de europeo, modales de negro y alma de pielroja».

EL ÚLTIMO LIBRO

Para terminar la contemplación del panorama cósmico, que es su estimulante filosófico, el incentivo de su método de *Philosophie als Kunst*—(la filosofía como arte)—, el conde de Keyserling pasa a Suramérica.

Esbozados ya el personaje y su ambiente, hundámonos en las páginas de «Meditaciones Suramericanas», cuya rústica tengo al lado de la máquina de escribir, ajada ya la pasta y plagadas de anotaciones las cuatrocientas páginas en octavo.

No pretendo hacer una síntesis, que en este caso sería imposible, sino poner a flote algunas de las síntesis que espejean dentro de ese océano, dentro de esa sinfonía desbordante de lucubraciones filosóficas.

¿Quién podría sintetizar a Lohengrin o Parsifal?

El intento sería tanto más mezquino cuanto que Keyserling ya no declara esta vez que va a portarse como un intuitivo. Va más allá, y afirma que «la fe auténtica es una afirmación de la fantasía», y que «hay tantas posibilidades cósmicas como la imaginación puede concebir».

En oposición a la vendata, según la cual todo es ilusión de los sentidos. se nos ofrece ahora la tésis de que todo es verdad.

«Quien se acerque al mundo—dice la primera página—armado de comprobaciones y estadísticas, contemplará un mundo convertido en tienda de ropas hechas. En cambio el mundo, como la mujer, se entrega dichoso al poema del enamorado».

¡Keyserling se ha enamorado de Suramérica!

He aquí el por qué de una obra de cuatrocientas páginas.

Y como buen filósofo, la mujer no es para él el epicentro de sus inquietudes, sino el *Leit Motif* que, después del espasmo, le induce a meditar al amparo de la penumbra verduzca.

EL CONTINENTE DEL TERCER DÍA DE LA CREACIÓN

Tal es el nombre que da Keyserling a Suramérica.

Al dejar los cuadriláteros acerados del norte le impresionó el ambiente primitivo de nuestras selvas.

Fronδας... serpientes... cocodrilos... aguas lunares... hombres, en fin.

El primitivismo, como base envolvente de toda una cultura nueva, le lleva entonces a decir que «lo bello es, en la naturaleza, a lo feo como el florecimiento pasajero a la raíz perenne».

Halla además que entre nosotros los hombres más telúricos del globo, los que más compenetrados estamos con la tierra y más ceñimos a ella nuestra naturaleza y nuestra movilidad, el ser humano se compenetra con el mineral que flota en la atmósfera de los altoplanos y con la sierpe que arrastra su sangre fría por la selva virgen.

El espíritu del mineral y el de la serpiente determinan el paisaje y ese paisaje—determina al hombre.

Somos hombres atómicos, o a lo sumo hombres-sierpes.

«La expresión impenetrable—afirma—, sorda y ciega, pero al mismo tiempo acechante y preñada de amenazas, que allí muestran muchos hombres, más por ser hombres que por malvados, refleja la mirada de los anfibios y los reptiles... Hasta el espléndido entusiasmo que a veces estalla con volcánica violencia en el hombre suramericano, tiene algo de reptil. Semeja el brusco impulso del anaconda real, que después de lanzarse en un salto formidable vuelva en el acto a su entumecida apatía.

Si Keyserling hubiera venido a Bogotá, diríamos que estaba irorzando respecto al ocho de junio y aún nuestro patriotismo bélico de hace un año.

Como en este mundo de los reptiles el ambiente es

afrodisíaco, añade el filósofo que «la adaptación de los inmigrantes al nuevo suelo se manifiesta sobre todo en el despertar de un frenético apetito sexual, que nos lleva a la poligamia disimulada.

A este respecto hace el más certero de los comentarios.

«Hay numerosas clases y castas de queridas, que no se estorban unas a otras; ignoran, por lo general recíprocamente, su existencia y coexisten como las distintas especies zoológicas en la naturaleza. Resulta así que tampoco existe conflicto alguno entre el viejo y la vida de familia».

No se queda empero en el macho cabrío, sino que en seguida subraya nuestra capacidad estética como una fuerza bruta que emerge de entre los mismos charcos donde se apiñan los caimanes como sardinas:

«La realización de sí mismo en forma de Belleza no es en ningún hombre actual impulso tan primario como en el suramericano. Da este, en un principio, la sensación de no hallarse sino a medias creado, de ser aun materia prima o un mero esbozo de la naturaleza; algo que estaba proyectado como belleza perfecta y que hubo de quedar en una coexistencia de superficie brillante y esencia subterránea. De aquí la aparición del rastacuero. . . El rastacuero aspira a ser lo que sólo parecer puede. Mas por ello mismo su descendencia lo será realmente algún día».

Termina el capítulo reafirmando su concepto sobre nuestra índole telúrgica:

«Suramérica me ha dado mucho más que la India y

la China. El chino, como el indio, me es a fin, pues también el vive profundamente por el espíritu; y así lo que de mí la diferencia no alcanza mayor significación de lo que me diferencia a mí de un francés o un inglés. El suramericano en cambio es total y absolutamente telúrico. Encarna el polo opuesto al hombre condicionado y traspasado por el espíritu. No me fué pues, posible afrontarlo con mis órganos de comprensión: hubieron de formarse en mí, no sin dolorosa dificultad, otros nuevos».

Admirable observación esta para quienes pretenden que Europa nos interprete y nos guíe, y que cierran los ojos ante la investigación del propio ambiente.

Si Keyserling, el hombre más intuitivo de Europa, confiesa que al llegar a nosotros tuvo que adaptarse a un mundo realmente nuevo, ¿dónde estará la eficiencia de los que ven en el mundo como «una simple tienda de ropas hechas»?

Lástima que, al hacer este esquema maravilloso de los suramericanos, el conde haya olvidado poner al simio en el continente del tercer día de la creación.

Si la serpiente es nuestra madre, el mono es nuestro padre legítimo.

Ojalá haga usted esta pequeña rectificación, señor conde, en el árbol genealógico. Ya la insinúa más adelante cuando habla de nuestra poca fantasía y de nuestras incomparables dotes imitativas.

MIEDO, GUERRA, HADO, MUERTE. . .

En temas de esta suerte inspira Keyserling sus meditaciones sobre el continente del tercer día de la creación.

Sirven ellos de motivo lo mismo que el asunto central de la obra, para analizar el Cosmos y para aventurarse en lo trascendental.

Hay muchas ideas que ya se han perfilado en otros libros del mismo autor, pero que él presenta ahora bajo el punto de vista suramericano, bajo la emoción especial que le produce el espectáculo de nuestro continente.

Es como si, al cambiar el color de la proyección sobre las líneas ondulantes de una bailarina, le diese sugerencias nuevas.

Lo que conviene en este caso es ir extrayendo aquello que pone más en claro nuestra índole:

Sobre el miedo dice:

«Todo animal tiene originariamente, y ante todo, miedo. . . Su valor no es nunca iniciativa libre, sino abandono pasivo a una fuerza mayor y ajena que surge de un oscuro mundo interior. . . Sólo la insensibilidad puede liberar por completo del miedo al ser inerme. De aquí el culto que a la apatía rinde el indio en el cual la serpiente vive a flor de piel. . . Y del miedo primordial se desprende el Mal».

Esta meditación le sirve para definir al caudillo suramericano con palabras que envidiaría González Prada:

«El cabecilla suramericano» el caudillo, y cuando logra la victoria el dictador, es taciturno, impenetrable más hechicero que héroe, paciente y pasivo hasta que llega el momento de intervenir con la rapidez del rayo; rencoroso, vengativo, intrigante, tenaz y, bajo una superficie cortés, friamente cruel. Cuando es de gran formato, le son atribuibles las cualidades de la serpiente boa. Pero su séquito natural es reptil en su más bajo sentido. Calumniadores, chantagistas, sicofantes, hipócritas, aduladores y hombres venales siempre dispuestos a servir de instrumento para toda clase de oscuros manejos los hay en todas partes; pero en los individuos de este género, que prospera en todas las democracias, no los ví nunca de tan repulsiva condición fundamental como en Suramérica. . . Llevando a flor de piel su helado fondo, ostentan la expresión del rencor, la mentira, la traición y la posible venganza tan abiertamente como los batracios su calidad análoga. . . Como batracios que sienten justificada su existencia en un mundo batracio tienen la conciencia tranquila siendo feos. Y el miedo primordial late tan cerca de la superficie, que sólo cuando se les provoca gravemente arriesgan algo peligroso».

En esto, el conde ha puesto al sol todo un estado social, que ha pasado a ser, en nuestra crisis de idealismo no sólo un vicio político, sino hasta un sistema intelectual y universitario.

En cuanto a las mujeres, no las tiene en mejor concepto:

«En ninguna parte—opina—hay tanta indiscreción

ni tanta y tan venenosa maledicencia como allí de una amiga a otra... Muchas mujeres de la tierra argentina eran o tortugas o víboras.



Sobre la guerra tiene una noción de fatalidad, y considera que es absurdo quererle poner el manto de lo sagrado.

La guerra para él se apoya sin embargo en la ley que formulara Hans Much:

«Todo menos no es compensado por un más-estrictamente necesario, sino por un múltiplo del mismo razón por la cual las dificultades son fundamentalmente propulsoras del crecimiento».

Refiriéndose a los tratados sostiene algo que tiene mucho que ver con nuestra situación presente:

«Ningún tratado impuesto por la fuerza encarnó jamás el mejor derecho moral. De todos los ídolos, el Derecho considerado como encarnación *ipso facto* de la Justicia es el más innoble, y hasta que no sea derribado de su pedestal no mejorará el mundo. El derecho en sí no es más que una fijación sin la menor fuerza moral y espiritual, y sólo es justo en cuanto fija un lazo justo ya de por sí».

Principio es este que echa por tierra toda la mentalidad neogranodina, aunque Keyserling no la nombre...

Refiriéndose al Hado, dice que «todo instante presente es y significa algo distinto según lo que haya detrás de él», y que por lo tanto el criterio suramericano, que no tiene tras sí la tradición europea, es totalmente distinto del europeo:

«No he visto nunca horóscopos suramericanos. Pero deben ser antipódicamente opuestos a los del norte europeo. La libertad no significa casi nada para estos hombres. Su vida es esencialmente un padecer; y sin embargo, la orientación de su ánimo es progresiva. De esto sólo resulta ya un destino enteramente no europeo.

En cuanto a la Muerte, piensa que nunca la había sentido tan tangible como en nuestro continente, porque «la religión india significa una clara afirmación de la ligazón a la tierra, incluso cuando esta última es incorporada al conjunto más amplio del sistema solar, como entre los incas».

Y concluye:

«La Suramérica actual se halla todavía demasiado inacabada, y depende aun demasiado de ideas ajenas en último análisis, para ser profunda. Y sin embargo, converge incoerciblemente hacia el indio. Por lo cual me parece indudable que habrá de producir algún día una civilización de gran profundidad en el sentido de su vinculación a la tierra».

TRISTEZA, DELICADEZA, EMOCIÓN.

«Apenas respiré su atmósfera—dice Keyserling— bauticé a Suramérica el continente de la tristeza... El lugar del egoísmo lo ocupa allí el ensimismamiento».

Pero por lo que sigue, puede verse que no considera tal característica como una debilidad o un síntoma de generación:

«...Pero cuando, en el seno de las tinieblas, llegué a adquirir una cierta videncia interior, descubrí una verdad jamás presentida y que antes había rechazado como un contrasentido; y es que la tristeza suramericana entraña más alto valor que todo el optimismo de los norteamericanos y que todo el idealismo de la Europa moderna... La tristeza suramericana es la más honda vivencia de la profundidad telúrica».

En tal hecho apoya nuestra índole religiosa, que sigue siendo incaica como en la época precolombiana:

«La iglesia católica no es en Suramérica más que un instituto de magia, como lo son también la mayoría de las manifestaciones objetivas de la religiosidad india. Lo que en Europa es fe se transforma allí en superstición. En cambio, todo lo que a la tierra se refiere es en Suramérica profundo».

Consultando intuitivamente la historia declara:

«En el principio fué la tristeza flotante. De ella nació el sentimiento trágico de la vida... La tristeza suramericana no ha llegado aun a la tragedia. Es dolor

flotante, conforme a la pura pasividad de la vida primordial».

A esto se pueden aunar las afirmaciones sobre la delicadeza:

«Suramérica es en cierto modo un mundo temeroso de la luz, ya que todo se subentiende. La claridad sólo por excepción es bien interpretada».

Para el autor, lo que entre nosotros parece desidia abandono, nos coloca en un término medio entre la afirmación y la emoción:

«En Suramérica—dice—encontramos ya hoy en día indicios de una concepción autóctona y original del universo, la cual reposa en la primicia de la delicadeza».

Entra en seguida a comentar la idea original de Lugones, sobre la distinción entre las culturas que se apoyan en la verdad y las que se basan en la belleza, y saca en limpio que la nuestra, como el mismo Lugones, lo afirma, y como lo plantea Vasconcelos en su «Monismo estético», pertenece al primer grupo, y es en esto una hermana de la China

En cuanto a Vasconcelos le censura que al proclamar el monismo estético no hable del espíritu. Creo que aquí el autor pasa por alto que Vasconcelos es un gran espiritualista, y que al proclamar la estética como orientación cultural no deja de reconocer que el arte sea la más alta manifestación del espíritu.

En todo caso, al admitir que somos un mundo emocional, no nos cierra horizontes, porque más adelante declara:

«No sólo la sensibilidad y la intuición, funciones que obedecen a leyes distintas de la lógica, son verdaderos medios de conocimiento: también la emoción es un tal medio».

LA GANA

Este fenómeno llama especialmente la atención de Keyserling, y le arranca el capítulo más original del libro.

Para nosotros resulta humorístico, porque se trata allí filosóficamente algo que no puede menos de hacernos sonreír.

Sudamérica es el continente donde las cosas se hacen o se dejan de hacer, no por la acción volitiva que es común a otras culturas, sino porque nos da o no nos da la real gana.

Lo que tiene el capítulo de novedoso equivale a lo que le falta en profundidad, en conexión con las otras meditaciones.

La «gana» se apoya, precisamente, en que somos el continente de la tristeza, de la delicadeza, de la emoción; ya que es la cualidad telúrica lo que nos forma las creencias y orientaciones y lo que guía nuestra actividad. La reflexión es siempre, en nosotros, una cualidad que constata nuestras emociones; pero no un hecho fundamental que las provoque. Somos creyentes o ateos porque sí. Porque nos da la real gana. Por eso mismo hacemos el bien o el mal.

«La gana sudamericana—dice Keyserling—es un

impulso totalmente ciego, para el cual toda voluntad de previsión ha de ser, necesariamente, motivo de escándalo, pues equivale a una negación de su propia esencia. Se halla localizada fuera de los dominios de la conciencia».

Quizá sería más exacto decir que la gana es, entre nosotros, el fruto auténtico de la emoción.

La gana explica, según el autor, nuestra pasividad, nuestras inquietudes caóticas, y hasta las actitudes de nuestros caudillos, que lo son, no porque tengan ideas preconcebidas, sino porque les da la gana mandar.

SANGRE

Esta es la meditación que tiene mayor trascendencia para nosotros, al menos desde el punto de vista sociológico, porque ahí reafirma Keyserling lo que ya había sugerido en otras de sus obras: que la mezcla de razas distanciadas y contrastadas no es degenerativa.

La teoría que contradice el orgullo de europeos y sajones norteamericanos, y que nos hace justicia a la vez que nos lanza la más animadora voz de aliento, aparece aquí ya en plena madurez admirablemente expuesta.

En etnología, como en química, hay mezclas y combinaciones.

Lo que importa no es nunca la cuestión de mezcla o no mezcla, sino que de la primera haya de surgir un nuevo equilibrio favorable».

Hay un párrafo que conviene copiar íntegramente:

«¿Cómo es posible criar hombres en el mismo sentido que animales de raza, cuando lo que en ellos importa es más el carácter individual que el de la especie; cuando lo determinante es el espíritu y el alma, que nadie puede cruzar herméticamente, y cuando se ignoran totalmente las leyes de la química del espíritu? Además, las mezclas más inverosímiles pueden producir razas perfectas. Así, en algunas regiones de Sudamérica, la mezcla de sangre negra pasa por fomentar las dotes intelectuales. Si realmente es así, puede, probablemente, explicarse en parte, por el hecho de que la inercia de la sangre india y la frialdad condicionada por el continente del tercer día de la creación son compensadas por la vitalidad tempestuosa y el intenso calor emotivo del negro, constituyéndose así indirectamente, como por la acción de un fermento catalítico, un nivel superior. El Brasil demuestra, en todo caso, que una pequeña mezcla de sangre negra—el Brasil no se hace de año en año más negro, sino más blanco—no daña necesariamente a la larga, sino que puede llevar a la producción de una raza nueva y superior».



Después de sostener el porvenir de nuestro ambiente híbrido, trata Keyserling de hacer en el mismo capítulo, algunos comentarios sobre las características locales, y tiene verdaderos aciertos:

«El hombre argentino entraña una modalidad especial

de la arrogancia. . . El brasileño muestra, espiritual y anímicamente, la frondosidad de la flora brasileña. . . En Colombia es donde más puramente se ha conservado el españolismo de la época magna, en cuanto alcanza mi conocimiento de los tipos. . . En Chile, los hombres meridionales se han convertido en septentrionales, porque los chilenos no tienen ya nada de latinos».

A este particular, es lamentable que Keyserling no haya visitado a Colombia. El concepto que tiene de nosotros es el del siglo XIX, el de los hidalgos castizos, que hacen versos.

Si hubiese venido a nuestra capital y, aun mejor, a la capital antioqueña, habría visto hasta qué punto la alquimia racial de que habla, ha comenzado a obrar en las altas esferas, desalojando los últimos restos de Castilla.

Aunque no seamos todavía una cultura zamba, somos ya un país donde los zambos comienzan a mandar.



Termina el capítulo con una anotación bastante interesante, de proyección universalista:

Los derechos de la sangre, y de su apego a la tierra, son los que hacen que, sobre el ciclo de las revoluciones de la mecánica, se insinúe la era de los nacionalismos raciales y de los problemas agrarios.

«En el nacionalismo — dice — se rebela la sangre contra su inconsideración y su desatención por el espí-

ritu de la época mecanicista. Pero el verdadero sentido de la revolución agraria es aún más profundo: tiene sus raíces en el mundo del tercer día de la creación».

Esta verdad—si lo fuere—desentrañada por Keyserling, explicaría porqué el problema de la parcelación, que en Europa ha sido tachado de conservador, en nuestra América es el fermento de todas las verdaderas agitaciones revolucionarias.

DIVINA COMEDIA

Terminaré copiando un concepto del último capítulo, que en oposición a los anteriores, provoca el pesimismo:

«De todas las singularidades que el orbe cultural ibérico ofrece al intelectual llegado de Europa Central u Occidental, ninguna despierta en él tanta extrañeza como la de oír, a cada instante, tachar de dementes a los intelectuales del país: Fulano o Mengano es, desde luego, una personalidad, pero está loco o, por lo menos, chiflado. Tal fallo es pronunciado con la más afectuosa disposición de ánimo, muy semejante a la que entrañan las mujeres cuando se ponen a juzgar los conflictos objetivos de los hombres, que tan superfluos les parecen. Y no pone, tampoco, en duda la importancia real de quién se trate. Mas si, por nuestra parte, buceamos en el sentido de esta singularidad, descubrimos en ella una supervivencia de lo primordial. Para muchos pueblos, el loco era sagrado. La demencia del poseso era para ellos superioridad sobre la naturaleza, ya que sólo el

exorcismo podía curarla... En Sudamérica, desde el punto de vista de la tierra, el hombre espiritual aparece efectivamente en primer término como un hombre desplazado o dislocado».

Nadie, hasta hoy, nos había dicho imbéciles con tanta finura.

Según Keyserling, Sudamérica es un continente donde la intelectualidad no aparece como selección del medio, sino como exotismo que asusta a las buenas gentes rutinarias, apegadas a la tierra; a los pobrecitos hombres-serpientes de los apetitos primordiales.

Keyserling ha repetido la verdad de Pío Baroja; pero en un tono filosófico que no ofende.

Lo único que puede suceder es que todos los pobres de espíritu comiencen a decir que Keyserling es un loco más.

Nuestro continente les toma confianza a los que se le acercan, y esta es otra demostración del primitivismo telúrico.

Dr. Aureliano Oyarzún

Historia del desarrollo de la Anatomía Patológica en Chile⁽¹⁾



L año de 1879 señala el comienzo de una era de progreso para nuestro país.

Las victorias de la Guerra del Pacífico favorecieron las actividades nacionales y, entre ellas, las de la medicina.

Volvían entonces de las universidades alemanas los médicos enviados allí por el Supremo Gobierno, que pronto iban a representar entre nosotros a los maestros de esos institutos extranjeros.

El primer servicio que prestaron a su país fué al Ejército en campaña, que combatía en los cálidos desiertos del Perú, introduciendo en él el método de Lister en la cirugía, que reemplazó al ominoso cerato y a las hilas de la Colonia.

De los que se habían dedicado a las ciencias anató-

(1) Discurso que debió haberse pronunciado el 14 de Abril de 1934, con motivo de la inauguración del Instituto de Anatomía Patológica de la Universidad de Concepción, la que no tuvo lugar por razones imprevistas de última hora.—La Redacción.

micas, mencionaré a los profesores, Vicente Izquierdo Sanfuentes y Francisco Puelma Tupper.

Me es honroso recordar en este momento a estos ilustres maestros y amigos, de quienes recibí la base de mi educación médica y que tuve la suerte de acompañar varios años, como ayudante de sus cátedras en la Escuela de Medicina de Santiago.

La acción de estos profesores ha permanecido indeleble en las ciencias anatómicas de Chile y su nombre aparecerá siempre ligado a ellas en la historia de nuestra medicina.

Izquierdo y Puelma fueron los introductores del microscopio en Chile, instrumento que, como se sabe, revolucionó a las ciencias naturales de la segunda mitad del siglo XIX, particularmente a la medicina.

Perfeccionado por Zeiss, con el descubrimiento de una nueva pasta para la confección de los lentes, reemplazó a las hechas antes con el Krown y Flintglass, que descomponen la luz del espectro.

Y a este propósito, permítaseme referir un caso sucedido en 1876, en uno de los patios del aula universitaria de Santiago. Empeñado, nuestro buen profesor de química orgánica, en demostrar a sus alumnos la estructura de un grano de almidón bajo el microscopio, les dió allí cita para el primer día de sol de verano, a las dos de la tarde. Tanto por la falta de técnica del profesor, como por la descomposición manifiesta de la luz del instrumento óptico, fracasó la demostración proyectada.

Ya en función las nuevas cátedras de Histología Normal y de Anatomía Patológica, que, dicho sea de paso, fueron de las primeras establecidas en las escuelas de ese tiempo, el profesor Izquierdo elevó su enseñanza a un alto grado de perfección, sin hacerla práctica desgraciadamente, en manos de sus alumnos.

Demostró, en el primer año del curso, la estructura de los tejidos del cuerpo humano, incluyendo los del sistema nervioso, que eran desconocidos entre nosotros.

Izquierdo, como su maestro Waldeyer, de quien fui también discípulo, era un artista en la disección anatómica, la microscopia, el dibujo y el arte de enseñar.

De carácter tranquilo y afable, se reveló pronto un eximio pedagogo.

Daba sus lecciones en la casa universitaria.

Puelma, gran maestro como Virchow, era, al contrario, de carácter inquieto, listo y chispeante en el discurso. No reparó jamás en las preocupaciones influenciadas, todavía, con el resabio de la Colonia ni con las conveniencias sociales de su tiempo. Conservó, sí, siempre la dignidad del caballero y el respeto por los hombres.

Al elegir el estudio y la enseñanza de la Anatomía Patológica, bien pudo haber contribuido a ello su carácter franco y luchador.

El pobre edificio en que funcionaban entonces los cursos de anatomía normal y patológica, era más bien un pesebre del Hospital de San Juan de Dios, conocido con el nombre de Escuela de Medicina.

No había allí más que un pequeño auditorio, un viejo galpón con tres mesas de disección y un par de cuartos para guardar las preparaciones y utensilios de uso diario.

Los cadáveres se depositaban en el suelo de otro cuarto perteneciente al hospital, donde las ratas a menudo daban cuenta de los órganos más salientes del cuerpo.

La lluvia de invierno, que traspasaba las tejas del galpón, era contenida por el paraguas de que iba provisto cada estudiante con este objeto y se preservaba del lodo que corría a sus pies, encaramado en un trozo de ladrillo que la suerte le deparaba en cualquier parte.

Las moscas del verano, siempre presentes en la disección de cadáveres, y las mulas del corral vecino con sus coces a estos incómodos insectos, no pocas veces interrumpieron las lecciones del profesor.

Ya, entonces, se tomaron al azar los cadáveres destinados a la clase de anatomía patológica, ignorándose su procedencia, y, con mayor razón, su diagnóstico clínico, pues, puede decirse que en esa época no se hacían todavía los protocolos de las enfermedades.

El recordado profesor de clínica interna, señor Jermán Schneider y el profesor, señor Wenceslao Díaz, de la asignatura similar, fueron los primeros en introducir en sus salas las llamadas «observaciones», o sean, las actas del curso de las enfermedades.

Venciendo, Puelma, las dificultades materiales que se presentaban para dar sus lecciones, pudo, al fin, conformarse con lo que la casualidad ponía a su alcance.

Careciendo aún de instrumentos, un señor de apellido Zulueta, amigo y compañero suyo de estudios, más afortunado en los negocios de minas que en el ejercicio de la profesión de médico, le obsequió un laboratorio para sus primeras necesidades.

Así, pues, cuando me tocó ser su alumno ya pasaban por la vista de los estudiantes los casos más variados de la patología, llamándonos principalmente la atención la tuberculosis, los abscesos hepáticos y la poliformia de la disentería.

Eran tan comunes estas enfermedades en aquel tiempo que había salas en los hospitales casi exclusivamente destinadas a ellas.

Para qué mencionar el conocimiento que luego hicimos de las meningitis, neumonías, peritonitis, tumores, etc., tanto en el cadáver como en el microscopio.

Como una curiosidad del tiempo y del empeño de Puelma para procurarse cadáveres para su clase, voy a recordar aquí la autopsia de don José Flores, llamado popularmente «Don Pepón» por su corpulencia.

Comerciante de baratijas en una casa colonial de la calle Huérfanos, casi esquina N. O. del Pasaje Matte, fué en vida cliente de Puelma, y, una vez fallecido, supo llevarlo a la mesa de autopsias de la calle de San Francisco para continuar el estudio de caso tan extraño.

La epicrisis proclamó el diagnóstico de macrosomía. ¡Era algo! No se conocía entonces la acromegalia!

Conocida años después esta enfermedad, tuve la oca-

sión de hacer la autopsia de una corpulenta muchacha que se exhibía en un circo.

Su cráneo, sacado sorpresivamente del cementerio, fué a parar a manos de un zenobita, que, asustado probablemente de su extraño porte y forma, se deshizo pronto de él. Se exhibe hoy en los anaqueles de un instituto antropológico europeo.

Las necroscopias de Puelma y el examen macro y microscópico de los órganos correspondían rigurosamente al método de enseñanza de Virchow. El fué, por lo tanto, el introductor, en nuestra naciente escuela, de la anatomía patológica. Conste, entonces, que sólo desde esa época se estudian en Chile los males del hombre en el cadáver, con orden y método, levantándose, al mismo tiempo, el protocolo respectivo.

Antes de Puelma, se abría a martillazos la cavidad del cráneo y sólo se examinaba superficialmente y sin ningún criterio, aquella parte del cuerpo que se creía enferma, sin preocuparse de lo demás. Se procedía, pues, como en los tiempos más antiguos de la Colonia.

Pero como los tísicos eran los clientes más constantes de la clase, luego nos dimos cuenta de la importancia del capítulo de los granulomas, tan diestramente trazado por Virchow y sus discípulos. Con ello vimos claro en el campo de la antigua discusión sobre la dualidad de la tisis, que se resolvió luego en favor de la unidad, proclamada definitivamente con el descubrimiento del bacilo de la tuberculosis.

Fué Izquierdo el primero en demostrar la presencia

de este pequeño micro-organismo y la del gonococo en las secreciones y tejidos del cuerpo.

Puelma, por su parte, la de la sépsis de las heridas, y, en una Memoria publicada con su nombre, la de las relaciones microbianas de la disentería con los abscesos hepáticos.

Siguiendo en el campo puro de la anatomía patológica, conocimos las nefritis, las degeneraciones, entre ellas, la amiloidea, descrita por primera vez en Chile por Puelma, etc., y aun parte de las lesiones cerebrales y medulares, aprovechando los progresos que se hacían día a día en la Anatomía y Fisiología de los centros nerviosos.

Con su ayudante, el doctor Alcibiades Vicencio, dió a conocer, además, los equinococos en el hombre.

No olvido tampoco que en aquel tiempo, en que empezábamos a balbucear la palabra bacteriología, Puelma, conociendo sin duda las discusiones de Pasteur y Koch, sobre la etiología de la pústula maligna, conservaba cuidadosamente en su laboratorio un frasco con sangre seca, proveniente de un animal muerto de esta enfermedad, y en la que, observando bajo el microscopio, con una fuerte lente de inmersión, creíamos ver ciertos cuerpos redondos, renfringentes, o sea, las famosas esporas, cuyo nombre y significado no nos fué dado descifrar. Recuerdo, sí, que diluída esta sangre en agua e inyectada en un cui, éste se moría al poco tiempo, apareciendo en su sangre unos bastoncitos, parecidos a

diminutas varillas de vidrio, pero cuyo significado tampoco supimos interpretar.

No llegaron más allá nuestros conocimientos sobre hechos tan importantes, que, aclarados tan diestramente por Koch, le dieron nombre, y fundó con ellos la bacteriología.

Ocupando después el puesto de Vicencio, como ayudante de Puelma, estudié en su laboratorio la elefantiasis de los árabes, la macroquilia, la embolia grasosa de los traumatismos óseos, el *Trichocephalus dispar*, la cisticercosis humana, etc.

Vi luego en mi nuevo puesto, la necesidad que había de dar unidad a la enseñanza del ramo, ayudando al estudiante con un texto de consulta apropiado. Pensé en traducir al castellano el «Manual de Anatomía Patológica» del profesor Orth, tarea laboriosa en esa época, por no disponer ni de un editor ni de un traductor competente del alemán.

Sin embargo, Manuel Lobos, joven argentino vecindado en Santiago desde hacía muchos años, como director de una imprenta, y mis amigos, Francisco Fonck, muerto tempranamente por el cólera, y Eduardo Hoffmann, reputado ginecólogo, residente hoy en Valparaíso, tomaron a su cargo la tarea de empezar y llevar a buen término este trabajo.

Junto con haber hecho, por la Navidad de 1886, su aparición el cólera en el villorrio de Santa María de Aconcagua, tuve el honor de ser comisionado por el Supremo Gobierno para dirigir allí la lucha contra esta

enfermedad, estudiarla y establecer su diagnóstico anatómo-patológico y bacteriológico, si era posible.

Ya he dicho el estado en que se encontraba entonces la bacteriología en Chile y lo poco o nada que sabíamos de los microbios. Apenas si habíamos leído algo sobre el viaje de Koch a la India y conocido sus resultados, pues, recién empezaban los médicos de entonces, a recibir visitas extranjeras para mejorar su instrucción.

Una Memoria enviada al Supremo Gobierno con diez protocolos de autopsias que confirmaban la existencia del mal, y la comunicación de haber cultivado en gelatina el bacilo coma, con mi amigo y colega, doctor Guillermo del Sol, fueron el resultado de mi misión a Aconcagua.

Comisionado después para trasladarme a Europa a estudiar higiene, bacteriología y anatomía patológica, tuve la honra de conocer personalmente, y oír las lecciones de Koch, Virchow, von Recklinghausen, Ehrlich, Weigert, etc., y a muchos eminentes profesores de clínica interna de Alemania, a quienes hoy, en el ocaso de la vida, recuerdo siempre con cariño y profundo agradecimiento.

Nunca olvido que fueron ellos también los que me enseñaron a amar la ciencia y cultivarla según sus métodos, que jamás me han desviado de la verdad.

Vuelto al país, merecí el honor de reemplazar en su cátedra a mi profesor y amigo, Francisco Puelma Tupper, quien, desilusionado de la lucha que había mantenido, durante tantos años, en su cátedra sin conseguir el

fruto de sus deseos, cedía el campo a su antiguo discípulo y ayudante.

No tardaron en presentarse al nuevo profesor las conocidas dificultades de las clínicas, negando la autopsia de sus cadáveres o de los deudos que, *Deus ex machina*, no permitían se ultrajara así el cuerpo de sus seres más queridos.

Siguieron haciéndose, pues, como antes, las autopsias de los tísicos, que, traídos muchas veces de hospitales lejanos, debían hacer un descanso en la suntuosa Escuela de Medicina de la Avenida de la Independencia, de paso para el cementerio, para contribuir tal vez con un posible contagio de tuberculosis a los disectores de anatomía normal y estudiantes de anatomía patológica.

Estas molestias, que se hicieron con el tiempo extensivas a los mismos alumnos, concluyeron con la renuncia del titular, que fué reemplazado por el señor Westenhöffer de Alemania.

Se hizo cargo de su cátedra este nuevo profesor, en mejores condiciones que sus predecesores, aunque luego tuvo que luchar también con los prejuicios del tiempo, prefiriendo, al fin, volverse a su patria.

Durante los años de mi profesorado continuó desarrollándose la enseñanza en las mejores condiciones que fué posible atenderla, siguiendo rigurosamente los métodos ya instituídos por mi antecesor, agregándoles solamente los trabajos prácticos de microscopia.

Se organizó definitivamente el Museo, ya empezado años atrás por los profesores de anatomía normal, con

colecciones de monstruos humanos y de animales, cálculos biliares y vesicales, egagrópolis y piedras bezoar, esqueletos patológicos, etc.

Se trajeron de Europa vasos de vidrio de todos tamaños y formas para las piezas patológicas, que, conservadas por el método de Keyserling, dieron buen resultado en la enseñanza.

Se formó la Biblioteca, empezando con la antigua edición original del libro de Morgagni, los conocidos grandes atlas de Cruivilhier, Lebert, Rayor, etc., textos antiguos y modernos, concernientes al ramo y revistas, como los archivos de Virchow, Anales del Instituto Pasteur, etc.

La sección de bacteriología fué dotada con los instrumentos apropiados para este ramo.

Adquirió, por fin, el laboratorio los microscopios necesarios, a fin de que cada alumno dispusiera de uno de estos delicados instrumentos para sus trabajos en el laboratorio.

No se les dió micrótomos, imitando la práctica de los institutos alemanes de ese tiempo, del de von Recklinghausen, principalmente, que hacía los cortes microscópicos con una simple navaja de afeitar, sujetando el objeto en estudio, endurecido en alcohol, entre el pulgar y el índice de la mano izquierda, y dos trocitos de hígado amiloideo, endurecidos también en alcohol, o bien, de médula de saúco o del cardo que crece en nuestros caminos, al lado de las tapias.

Sólo en caso de urgencia se recurría al micrótopo de hielo.

Como colorantes y reactivos de los tejidos se usaron el carmín de Gerlach, el Lugol, el ácido acético y la potasa. Sólo más tarde se introdujeron la hematoxilina y los reactivos de Golgi y Cajal para el sistema nervioso y las anilinas para los microbios.

Poco a poco pasó así la enseñanza de la Anatomía Patológica a los laboratorios de las clínicas y a la práctica profesional de los médicos, con lo que quedaba definitivamente fundado este ramo de las ciencias médicas en Chile, suministrando a los institutos que se valían del microscopio, como el de Higiene y Forense de Santiago, los municipales de provincia, etc., etc., alumnos preparados en esta nueva disciplina.

La sección bacteriológica del Instituto de Higiene, fundada por el que habla, dió a conocer en ese tiempo varias enfermedades de los animales, como ser: la tuberculosis de los cerdos y de las vacas, los equinococos, la actinomicosis, la triquinosis, etc., etc., trabajo este último que mereció un estudio completo de mi discípulo y amigo, Dr. Poupin.

Aconteció así, que con el conocimiento de la relación de las enfermedades entre el hombre y el animal, se estableció el examen microscópico de las carnes de consumo en los mataderos de la República.

Y la misma Anatomía Patología, que había puesto en claro la relación de los abscesos hepáticos, con la disentería, la frecuencia del bocio endémico y otras en-

fermedades infecciosas, obligaron a las autoridades a adoptar las medidas concernientes a extinguir estos males por el establecimiento de la canalización y agua potable en todas las ciudades de la República.

Y, al decir esto, no olvidemos que en aquellos años trabajaba el Instituto de Anatomía Patológica de Santiago con escasos recursos y que sus directores no tuvieron más mira para sus trabajos que la satisfacción de servir a su patria con una tan exigua remuneración que más vale no recordarla en este momento.

Por lo que a mí toca, doy por bien empleado mi tiempo y mejor compensada mi modesta contribución de saber, considerando el grande e inmerecido honor que me dispensa hoy la floreciente Universidad de Concepción, al inscribir mi nombre en una de las salas de su brillante Instituto de Anatomía Patológica.

Deseando que estos ligeros apuntes sirvan a los jóvenes que me escuchan, para que no olviden que practican un ramo que fué de difícil introducción en el país, tanto por las responsabilidades que de él se derivan, como por el medio hostil en que actuó, estén siempre preparados para hacer frente a las dificultades que se les presenten en su camino.

Un diagnóstico anatómico aclara la epicrisis clínica, ayuda un procedimiento médico quirúrgico, un fallo de la justicia, etc., etc.

Es deber del anatómo patologista, sí, ser siempre rigurosamente objetivo en sus juicios y procedimientos.

Y, andando el tiempo, cuando vea que la patología

progresa y crea que palidece la figura de Rudolfo Virchow, padre y maestro de este ramo, y con él, de la medicina moderna, enunciando su inmortal axioma de: «*Omnis cellula a cellula*», y estudiando la esencia patológica de este pequeño organismo, que no es ya el término de la substancia creada, sino sólo un compuesto de infinitos elementos imponderables, que en su incansable manifestación de fuerza, representan la vida, no olvide tampoco que no por eso hemos de desconocer su genio, ni la influencia que ejerció en el desarrollo de las ciencias médicas, como lo acaba de expresar uno de sus más fervientes discípulos.

Y por lo que toca a Francisco Puelma Tupper, al recordar este profesor, el día de la inauguración de su cátedra en la Escuela de Medicina de Santiago, la inscripción del frontis de un instituto extranjero de este ramo, insinuó un deseo, que para honra suya se ha cumplido satisfactoriamente en nuestro país.

«*Hic locus est ubi mors gaudet succurrere vitae*». (1)

(1) «Este es el lugar donde la muerte se congratula en aliviar o socorrer a la vida».

Juan, el Veguero



OR allá se quedaron los caminos que podían llevarlo a los llanos de Barinas; aquí se extienden ahora ante su vista las desiertas llanuras que van a morir en las solitarias riberas del Cunaviche. Más que el deseo de medir sus facultades con el ya legendario cantador a quien iba desafiar, así fuese el mismo Diablo, como decían, pudo la curiosidad del enigma de Hato Viejo Pyareño y hacia allá cabalga escotero, pues la remonta se la cedió al Caraqueño, solo, a través de la muda inmensidad de los bancos.

Humaredas de incendios lejanos que hace días enturbian la atmósfera de la sabana, más densas a medida que se interna hacia el sur, hacen el aire sofocante y penosa la marcha bajo el sol sin brisa que lo mitigue. En los matorrales estridulan las chicharras y en los bajíos, donde fueron los bebederos, se resquebrajan las terroneras enjutas. Reina la sequía y los rebaños sedientos caminan hacia el agua ilusoria de los espejismos.

Ya atardecía, en rojo sin brillo, cuando llegó a un

rancho solitario, junto a la vega castigada de una madre vieja.

—¡Salud!— Dijo, pero no obtuvo respuesta. Era una choza despatarrada, en parte caney, en parte vivienda con abrigo de techo de palma y paredes de barro. Bajo el cobertizo abierto al viento sabanero, que aquella tarde no corría: un chinchorro mugriento, negras las cabulleras de chinches repletas de sangre sin substancia que le chupaban al dueño de aquella yacija; una tinaja sobre una tabla clavada al tope de un palo enterrado en el suelo y más allá un montoncito de cenizas frías entre unas topias ahumadas.

Detrás del rancho, tres cruces de maderas sembradas entre el monte, un topochal en torno a una charca, un rastrojo de yucas raquílicas. Y la sabana por todas partes, desierta, inmensa y melancólica bajo la luz espesa con que se desangraba el sol, degollado por el horizonte, entre la bruma de la humareda.

—¡Salud!— repitió Florentino.—¿Cómo que no hay gente por aquí?

—Sí, señó!— salmodió lentamente, pues aquello no era hablar, una mujer que aun tardó un buen rato en asomarse a la puerta del rancho.—Por aquí anda un piazo.

Pringue de ropas en jirones y miseria vital de un cuerpo sin sangre, hidrópica, abotagado el rostro de color terroso, amarillo el que debiera ser blanco de los ojos, mortecinas las pupilas, bien había dicho que no

era una persona, sino un pedazo nada más, un mal resto de ser viviente.

—¿Me permite que cuelgue por aquí después de obsequiarme con un poco de agua?—le preguntó Florentino.

Y ella tardó en responderle, no porque quisiese negar el hospedaje, sino porque todo vacilaba y se arrastraba penosamente dentro de aquella ruina.

—¡Yo sé Juan! De seguro que él tampoco tendrá inconveniente.

Y esto, que se refería a su hombre, lo dijo sílaba a sílaba, con una lentitud desesperante y a tiempo que se rascaba el abdomen con movimientos tan calmosos como sus palabras.

—¿Y Juan por dónde anda?

—¿El?—interrogó ella a su vez. Y luego, sílaba a sílaba y rasca que te rasca: —El ahorita tapa la vega, recogiendo unos topochitos y unas yuquitas pa la comita e mañana. Pero ya no debe dilatá, porque, aguaita el perro que ya viene por ahí. ¿Por qué no se apea? Aquí no tenemos na que ofrecerle, pero techo ande colgá tuavía queda un piazo. Digo, si Juan no tiene inconveniente, que a buen seguro que no lo tendrá.

El perro era sarna y Juan, el veguero, anquilostomosis y paludismo. Retaco, macilento, canijo, pie en el suelo nidal de niguas, un mandil de coleta cubriendo las partes pudendas, la piltrafa de un sombrero pelodeguama sobre la greña piojosa. Traía una mochila al hombro y un machete rabón en la diestra y apenas con-

testó con un gruñido al saludo insinuante de Florentino. Ni una chispa de inteligencia brillaba en aquella mirada que se posaba sobre las cosas y allí permanecía largo rato inmóvil, inexpresiva, echada como una bestia pesante y despeada.

La acción embrutecedora del desierto, la vida confinada al palmo de tierra de la vega perdida en la inmensidad de la sabana, siervos solitarios de la gleba que sobre aquel mal terrón de ella nacieron y en ella enterrarían sus huesos, el funesto chinchorro siempre colgado, encurvando y reblandeciendo las energías, el rudimentario alimento del topocho y de la yuca que degeneraban en la tierra sin cultivo del rastrojo y del agua pútrida de la charca o del jagüey, carato de aquellas larvas que les hinchaban los vientres y les chupaban las fuentes vitales, la miseria sin límites pero sin horizontes, como la llanura en aquella tarde brumosa y la ignorancia absoluta, habían hecho de aquel hombre y su mujer duendes de sí mismos, con cenizas de alma en la mirada.

Florentino no se molestó en repetir la petición de permiso para colgar su chinchorro, sino que procedió a tomar posesión del caney y aunque nada de lo que hubiese en aquel cubil podría ser apetitoso, luego de mitigar la sed con el agua turbia y posma de la tinaja, como llevaba hambre de toda una jornada les pidió de comer.

—¿De comer?—repitió la mujer, con esa costumbre de respuestas interrogativas, doble trabajo de la pereza mental.

—¡De comer!—exclamó Juan, a tiempo que su mirada iba a echarse sobre las topias del fogón apagado, donde ya lo estaba el perro sarnoso que les servía de guardián.

Y la primera agregó, con su desesperante manera arrastrada de hablar:

Si se conforma con un topochito asao y unas yuquitas sin sal, porque la última poca que me quedaba se nos acabó trasantiel, le prendo la candela. Pero si me proporciona una rajita e fósforo.

—Me conformo con una taza de café—dijo Florentino.

—¿Café? ¡Ay, mijito! Eso es lujo por aquí.

—O un trago de aguardiente para engañar al estómago.

—¿Aguardiente?—intervino Juan, que en lo preguntón y en lo calmoso para hablar rivalizaba con su mujer. —La cosa es que la última poca que me quedaba me la bebí esta mañana, pa sacame el frío de tripas de una cagantinita que me tiene trabajao.

—Pues está visto que he llegado tarde y no me queda más recurso sino echarme otro tarrayaso de agua, que como está cargadita de tierra, con el peso se me aplomará el estómago.

—Lo único que pueo ofrecele es una mordiita e tabaco e vejiga—concluyó Juan, quitándose el sombrero, bajo el cual llevaba, sobre la greña piojosa, la inmundicia que ofrecía.

—Gracias. No masco—rechazó Florentino. Y lue-

go a la mujer: —Tome el fósforo, comadre. Me transo por el topocho y la yuquita.

Y al cabo de un rato, ya metido en su chinchorro y mientras la mujer le aderezaba el mal paliativo del hambre:

—Dígame, Juan. ¿Cómo pueden ustedes vivir así?

—¿Cómo?

—¿Y todavía lo pregunta?

—Ah! . . . Pues asina, con el favor de Dios, que es muy grande.

—Ya se vc. ¿Pero no pone usted nada de su parte para ayudarlo a que no siga haciendo esos favores?

—¿Y pa qué, don? . . .

—¡Hombre! Pa que no pase trabajos su mujer. Y no digo sus hijos, porque con lo jambreados que están ustedes no me parece que puedan tenerlos.

Y Juan, palabra a palabra y sílaba a sílaba, cual si fuese contándolas mientras salmodiaba sus negras miserias:

—Ya los tuve y se me murieron. ¿No aguaita esas cruces que están entre el monte? Ahí mismito los juimos enterrando según y como se nos fueron muriendo. Eran tres que cabían bajo un canasto y el mayorcito se nos malogró de una mordía e culebra, un día que lo puse a jalame el monte del rastrojo, en salva sea pa usté la parte más noble del hombre. Al del medio se lo llevó la fiebre esa que mientan económica, porque no da tiempo a gastá en medicinas y a la última, una jembrita de tres meses de nacía, nos le echaron maldiojo y murió de

una novedá del estómago, que no hubo yerba ni raíz que pudiera cortársela. Alcaraván la vido y con to lo facurto que es no pudo sacale el daño que le habían echao. De mo y manera que ya le he dicho a la mujé mía, que su gracia es Ufemia: vamos a dejá la paridera porque ya le hemos pagao su tributo a la tierra y por ese lao podemos está tranquilos, pues ya tenemos allá arriba tres angelitos que pidan por nosotros.

—Ya se ve que están pidiendo y consiguiendo mucho.

—Además, don, eso de trabajá no remedia ná, porque si bien se mira, desde que el mundo es mundo los que trabajan son los pobres y los que se benefician son los ricos. Yo no me quejo, porque, como dice la copla:

hasta los palos del monte
tienen su separación:
unos sirven para leña
y otros para hacer carbón.

¿Pero de qué me ha servido a mí está trabajando desde que me conozco? Yo siembro las yuquitas y cuando están buenas de comese, vienen del hato y se las llevan toas, que gracias a Dios que nos dejan las zocatas. Y si es la poquedá de plata que el amo del hato le paga a uno por cuidale la vega, toa se la llevan los frascos de cholagogue y las peslas de quinina, que apenas le queda a uno pa un piazó e tabaco e mascá y pa una poca de aguardiente lavagallo pa calentase el cuerpo

cuando empieza la llovedera. Y de la pulpería del ható viene to eso, porque plata no la mira el veguero, aumentando la palizá de palotes de la cuenta, que ya la mía no la brinca un venao.

—¿Y por qué no arrea usted por delante la mujer y se va a trabajar donde lo traten mejor?

—¡Jm! Mejor estaba yo y como dueño en lo mío, allá por los laos del Yagual. Y esa jué mi perdición. Tenía un piacito e tierra sembrao y unos cuantos animalitos: unas cuatro vacas lecheras y dos potrancas, y con eso vivía tranquilo y contento. Pero como en este mundo na es completo, había también por allí na menos que un Jefe Civil, más malo que Guardajumo, de apelativo Buitrago. Se enamoró de lo mío—a ellos siempre les sucede eso con lo ajeno—y hoy con una multa, porque las vacas y que andaban sueltas por la población, y mañana con un arresto por unos palos de más que me pegué, como yo nunca tenía plata pa pagá las multas, me jué montando una cuenta y un día jué y vino a embargarme dos vacas pa pagásela, él mismo. A lo que me dije yo: —déjame salí de estos animalitos pa que se le quite al hombre la provocación y vamos a ponernos lejos de poblao, porque en esta tierra pa viví tranquilo, contimás distante de las autoridades. Y vendí lo que me quedaba de lo mío y me vine a trabajá en lo ajeno, pa que otro más solitario, pudiera seguí siendo rico. Y aquí me tiene, resignao a mi suerte, porque ya lo tiene dicho la copla:

El que nació para pobre
y su sino es niguatero,
manque le saquen la nigua
siempre le queda el aujero . . .

Así concluyó Juan. Sus miradas se posaron al pie de las cruces sembradas entre el monte. Sus últimas palabras se hundieron en el vasto silencio sin transición perceptible y Florentino, recordando la peregrina teoría del Caraqueño, se dijo mentalmente:

—¡Ah espantos feos los que van a salir por aquí!

Y la noche se echó sobre el rancho de Juan, el veguero, duende de un hombre que tuvo unas vacas y se las robaron quienes debían protegerlo y tuvo tres hijos que se los mataron el brujo, la culebra y las fiebres.

Introducción al método de Paul Valery

I



Es un hecho notable que entre la carrera sorprendente y modesta de Valery y la del gran escritor a quien se asemeja más, quiero decir a Descartes, haya tantos rasgos análogos. Ambos han llegado a la prosa por el doble camino de la poesía y de la ciencia. Descartes comenzó, como Valery, por ser un «enamorado de la poesía»; pero permaneció fiel a ésta, y su última obra fué una pieza en verso que escribió en Estocolmo. Descartes, no deseaba abrazar la carrera de escritor y se alistó como soldado voluntario, para rodar «aquí y allá por el mundo, tratando de ser espectador más bien que actor, en la comedia que en él se representa». Valery, también rehusó durante mucho tiempo ser algo más que un simple espectador. Descartes se retiró a Holanda, al «desierto de un pueblo hacendoso» para poner orden a sus ideas. «Sólo depende de mí, escribía, vivir desco-

nocido de todo el mundo; me paseo todos los días a través de un pueblo inmenso, tan tranquilamente como Ud. puede hacerlo en sus alamedas; los hombres que encuentro me dan la misma impresión que si fueran los árboles de vuestros bosques. El bullicio de los comerciantes no me distrae más que el ruido de un arroyo». ¿No es esto ya el anuncio de M. Teste?

Como Descartes, Valery pasó veinte años en una meditación solitaria; y como él, no consintió, sino después de estos veinte años, en comunicar al lector una parte de sus investigaciones. Si a ésto agregamos que ambos han tenido la valentía espiritual de reconstruir, desde sus cimientos, todo el edificio del pensamiento, convendremos en que la proximidad entre estos dos hombres no es artificial, y que tenemos, quizás, el derecho de bosquejar, ya que él mismo nos proporciona los materiales: el discurso del método valeriano.

II

Pero hay que decir algunas palabras del hombre que es el centro de estos pensamientos. Paul Valery, nació en Sete, el año 1871. Fué alumno del colegio de Sete y más tarde del liceo de Montpellier. He aquí su propio recuerdo: «Tengo maestros que reinan por el terror. Tienen una concepción corporal de las letras. La estupidez, la insensibilidad me parecen inscritas en el programa. Mediocridad de alma y ausencia total de imaginación entre los mejores alumnos de la clase. Veo en

ello las condiciones del éxito escolar. De donde fluye un estado de ánimo desastroso de oposición sistemática a la enseñanza». (1)

Esta «oposición a la enseñanza» no es, tal vez, necesaria a la formación de un espíritu fuera de lo común, pero ella hace nacer, por el sentimiento de insatisfacción que engendra, la necesidad de reconstruir. El «primero de la clase» es, a menudo, un adolescente que acepta de sus maestros un alimento ya digerido. Si no tiene la suerte de encontrar entre éstos a un Sócrates o un Alain, que rehusan enseñar una verdad hecha, corre el riesgo de dormirse y de entrar muy joven en el Pueblo de los Muertos. El alumno rebelde, descontento de la verdad oficial, busca su salvación por otros caminos, y a veces la encuentra.

Valery trabajaba, pero de manera distinta a la que creían sus profesores de Montpellier. En apariencia, seguía los cursos de la Facultad de Derecho; en realidad, sentía no haber sido marino (por mucho tiempo este sentimiento fué tan vivo que no podía encontrar un oficial de marina sin un gesto de tristeza) y descubría a los poetas nuevos: Baudelaire, Verlaine, más tarde a Rimbaud y Mallarmé. Ya entonces, «el arte le parecía la única cosa sólida»; la metafísica, «una bobería»; la ciencia, «una potencia muy especial», y la actividad práctica, «decadencia, una ignominia, conducente a una existencia inquietante». Conocía a algunos escritores:

(1) Citado por Valery Larbaud: «Paul Valery».

Pierre Louys, a quien encontró en Montpellier, y André Gide, que le había sido presentado por Louys. Gide leyó a Valery los cuadernos de André Walter, que le causaron sorpresa. Valery no deseaba escribir. Había compuesto algunos versos que rápidamente publicados por revistas nuevas, fueron muy elogiados por especialistas. Pero llegar a ser un escritor profesional, le parecía, a la vez, por encima y por debajo de sus fuerzas. Habría deseado fijarse «un objetivo imposible de alcanzar», deseo que fué también, y casi en la misma forma, el de Goethe. Por esa época, un día que se paseaba con André Gide en el jardín botánico de Montpellier, Valery sostuvo con aquél, el siguiente diálogo:

«A mí, si me impidieran que escribiese, dijo Gide, me suicidaría».

«Y a mí, si me obligaran a escribir, dijo Valery, me mataría».

Un año de servicio militar. Admira el estilo del reglamento. «Es imposible ser preciso sin ser obscuro si se quiere reducir el número de palabras y de frases al *minimum*». «Los domingos salvo mi alma escribiendo versos». A los veintiún años parte para París. No tiene ningún proyecto, ningún plan de existencia. Acaba de atravesar una crisis de desesperación sentimental que agrava su desesperación intelectual. «Tenía veinte años y creía en el poder del pensamiento. Sufría de ser y de no ser. A veces me sentía con fuerzas infinitas, pero estas decaían ante los problemas, y la debilidad de mis poderes positivos me desesperaba. Me encontraba obs-

curo, ligero, fácil en apariencia, duro en el fondo, extremado en el desprecio, absoluto en la admiración, fácil de impresionar, imposible de convencer. Había dejado de hacer versos. Ya no leía casi nada.

Contra este romanticismo, demasiado lúcido para ser lírico ¿cómo luchar? La lectura de Edgard Poe le inspira la idea de buscar su salvación en una plena conciencia de sí mismo. Los males de que sufre, son males espirituales. ¿No podrán ser disipados analizando con extrema precisión el mecanismo que los produce?

De esta manera, lo mismo que Gide, al atravesar la crisis trágica de la adolescencia, Valery buscaba su liberación, no como aquél por la sensualidad, no como Byron por la poesía, no como casi todos los hombres por la acción, sino como Descartes: por el renunciamiento de sí mismo. Se instala en París, calle de Gay-Lussac, en una pieza donde Augusto Comte pasó sus primeros años. Allí llenará innumerables cuadernos con apuntes sobre el tiempo, sobre el sueño, sobre la atención, sobre la verdad en las ciencias y, más generalmente, sobre el funcionamiento del espíritu humano. Sin duda, va a la casa de Mallarmé, a quien admira y ama, a casa de Huysmans, a casa de Marcel Schwob, pero ya no «hace literatura». Aun el arte de Mallarmé le interesa, sobre todo, por su lado lógico y estético. ¿Cómo pueden construirse tales poemas? «Persigo lo vago y arbitrario como un policía persigue a los pillastres».

Monsieur Teste fué engendrado durante esta «era de embriaguez de su voluntad». Una revista, «El Centau-

ro», le había encargado un artículo. Continuó un manuscrito apenas comenzado, en el cual había ensayado escribir las memorias de Dupin, (el héroe policial de Edgard Poe). Era el manuscrito que comenzaba por esta frase: «La tontería no es mi fuerte». Lo continuó sirviéndose de notas tomadas sobre sí mismo: «Estaba afectado por el mal agudo de la precisión. Tendía en extremo al deseo insensato de comprender... Todo lo que me resultaba fácil me era indiferente y casi enemigo... La literatura y hasta los trabajos bastante precisos de la poesía me parecían sospechosos... Arrojé no solamente las letras, sino que también la filosofía, casi toda entre las Cosas Vagas y las Cosas Impuras, a las cuales rechazaba con toda mi alma. Monsieur Teste nació un día cualquiera, de un recuerdo reciente de tales estados. Es decir, que se me parece tanto como un niño sembrado por alguien en un momento de profunda alteración de su ser, puede parecerse a este padre fuera de sí mismo».

En suma, Teste es una proyección de la juventud de Valery, adolescente absoluto, extremado, que no habiendo todavía descubierto el valor de las convenciones humanas, y que lo arbitrario es la única forma verdadera de la necesidad, rehusaba toda acción, aun cuando fuera de artista. Comprended bien, no se trata aquí del repudio fundado en la falta de poder, sino en el fundado en el exceso de poder.

«Lo que ellos llaman un ser superior, es un ser que se ha equivocado. Para sorprenderse de él hay que

verlo, y para ser visto es necesario que él se muestre. Y él me muestra que está poseído por la necia manía de su nombre. Así, todo gran hombre está manchado con un error. Cada espíritu que uno encuentra poderoso, comienza por la falta que lo da a conocer»...

Y puesto que todo grande hombre es un falso grande hombre (pues, si lo fuera auténticamente, se habría preocupado de que lo hubiéramos ignorado). Valery se entretuvo en soñar que las cabezas más preparadas debían ser desconocidas: se complace en imaginar para un solitario de genio, una vida que se acerca a la que él mismo lleva entonces, a la de Mallarmé sin los discípulos y sin la poesía, algo a la de Descartes o de Spinoza, antes de la gloria.

¿Cómo describir a M. Teste? Su rasgo más notable es, justamente, no tener ninguno. «Nadie se preocupa de él. Habla sin gesto, no ríe, no dice buenos días ni buenas tardes, borra sus pensamientos aun frescos, y no se contenta con encontrarlos... Lo difícil es adherirse lo que uno encuentra»...

La idea no es nada mientras no ha llegado a ser cuerpo, hábito. ¿Qué ha encontrado el Sr. Teste? Métodos extraordinarios para alcanzar un poco más de precisión de pensamiento, un vocabulario del cual ha desterrado muchas palabras, porque las juzga vagas o mal definidas. El mismo no dice nunca algo vago; el poder de su espíritu es tal, que si lo hubiera querido, hubiera triunfado en todas las disciplinas. Para ser un genio reconocido por los hombres, sólo le falta la debilidad.

¿Qué puede ser Edmundo Teste, enfermo, enamorado? Sin duda, sentiría como toda persona, los movimientos agradables o penosos, de su cuerpo, pero su espíritu estudiaría las reglas de esos movimientos y los ordenaría. El narrador lo acompaña a la Opera, vuelve con él hasta su casa, donde ocupa un pequeño departamento amoblado. Ni libros, ni escritorio, un triste mobiliario «abstracto». Es el paradero «cualquiera», análogo al «punto cualquiera de los teoremas y, tal vez, tan útil como aquél». Teste, en efecto, que ha «muerto al títere», no puede vivir sino en un lugar «puro y trivial». Allí, como está viejo y enfermo, Teste experimenta una crisis de sufrimientos y, naturalmente, «piensa» su sufrimiento.

«Esperad... Hay momentos en que mi cuerpo se ilumina... Es curioso. De repente me veo a mí mismo... Distingo las profundidades de las capas de mi carne y siento zonas de dolor, anillos, polos de dolor. ¿Veis estas figuras vivas? ¿Esta geometría de mis sufrimientos? Hay relámpagos que se asemejan completamente a las ideas.

«¿Qué puede un hombre? Lo combate todo—fuera del sufrimiento de mi cuerpo—más allá de cierta intensidad».

Entonces, Teste, sufre. En seguida el dolor se calma. Se duerme analizando el sueño y el ensueño. Duerme con tranquilidad. El narrador toma la bujía y sale rápidamente.

III

Cuando «La noche con Monsieur Teste» fué escrita, Valery no tenía sino 24 años. Pero ya era Valery. Los rasgos de Teste son los rasgos esenciales de Valery: rigurosidad, horror de lo vago y de esa aparente claridad con la cual se contentan casi todos los hombres, y consecuencia de esta necesidad de rigor, necesidad de precisión del lenguaje y de exigir a las palabras un contenido preciso.

Esta preocupación de la rigurosidad lo conduce a interesarse por un hombre ilustre que la experimentó lo mismo que él: en Leonardo de Vinci.

Y aun en este caso, sólo una casualidad lo hizo abandonar el silencio. Un día, en casa de Marcel Schwob, había hablado de Leonardo tan brillantemente, que León Daudet, que estaba presente y que se ocupaba, entonces, de La Nouvelle Revue, le hizo pedir, por intermedio de Mme. Adam, un artículo sobre este tema. Fué el origen de la «Introducción al método de Leonardo de Vinci». En verdad, Vinci es en este estudio un pretexto, y bajo este nombre Valery trata sus problemas particulares.

Después de 1895, prosigue en una obscuridad que él mismo ha buscado, investigaciones que no tienen otro objeto que reformar su espíritu y su lenguaje. Para vivir busca empleos. Trabaja al servicio de prensa de la Chartered Company, de Cecil Rhodes; en seguida,

en el Ministerio de la Guerra, donde permanece mucho tiempo en la oficina del material de artillería, y, por fin, en la Agencia Havas. Había aceptado, parece, permanecer desconocido para siempre: «Un hombre que renuncia al mundo, se pone en situación de comprenderlo».

Sin embargo, son tan misteriosos los caminos del genio, que no estaba tan olvidado como él lo imaginaba. Sus escasos poemas publicados en algunas revistas, «La noche con M. Teste», eran copiados por jóvenes universitarios y liceanos. Algunos sabían sus versos de memoria, y existía, como para los Poemas Homéricos, una tradición oral, pues ciertos valerianos de 1900, sólo conocían algunos fragmentos. Otros de sus ensayos no eran conocidos sino por él mismo, como el «Manuscrito encontrado en un cráneo», que no ha sido ni será publicado.

«Olvido. Trabajo personal. Notas acumuladas sobre cartones Matrimonio. La vida. Hijos. Veinte años se pasan así entre los hombres y lejos de ellos, «en el desierto de un pueblo hacendoso». Ordenando las notas que acumula, tendría materia para diversos grandes libros. Uno, sería un «Diálogo sobre las cosas divinas». Otro, «Gladiator», ensayo sobre la naturaleza del entrenamiento, sobre la virtuosidad. Hay apuntes sobre el amor, sobre el dolor, sobre la familia... Todos son interesantes, algunos admirables. Si se les reuniera clasificándolos, los franceses quedarían estupefactos al descubrir que poseen un nuevo tesoro clásico. El mismo

ignora su fuerza. Sin embargo, ella es enorme. «Durante años, martillando sobre el yunque de la fragua, su espíritu ha llegado a ser la espada de Sigfrredo». ⁽¹⁾ Invenible, a lo menos, para los mortales.

Poco antes de la guerra, André Gide, que acaba de fundar, con algunos amigos, «La Nouvelle Revue Française», solicitó autorización para reunir en un volumen los antiguos versos de Valery. Este rehusó, pero sus amigos insistieron. Hicieron buscar todas las revistas donde estos versos habían aparecido, y reconstituyeron un texto dactilografiado que propusieron al autor. «Contacto con mis monstruos, anota Valery. Desagrado. Los revuelvo. Retoques».

Corrige así sus monstruos con una preocupación de música y de plenitud, e interesándose en este trabajo, pensó que podría completarlo con un corto poema, cuarenta a cincuenta versos, que serían su despedida de la poesía. Comenzó este trabajo en 1913. Lo prosiguió cuando sobrevino la guerra. Continuó en el mismo estado de espíritu que un monje del siglo VI, que componía exámetros latinos durante las invasiones, con los cuidados infinitos de un hombre que cree escribir el testamento de una civilización y de una lengua. En fin, en 1917, el poema fué terminado. Era «La Joven Parca».

El éxito fué enorme, no por su extensión, sino por su calidad. Se publicaron, entonces, «Los Versos An-

(1) Charles du Bos: «Aproximaciones».

tiguos» y, en seguida, se abrieron los cartones de apuntes, y los franceses o, por lo menos, los más sabios entre ellos, supieron que poseían, a la vez, un gran poeta y un gran prosista.

Como sucede siempre, el mundo proyectó sus más vivas luces sobre aquél que había escogido la obscuridad. No me referiré a esta parte de la vida de Valery. No porque sea menos hermosa; es imposible aceptar la gloria con más modestia, sencillez, gentileza e ironía; pero el tiempo heroico es el de M. Teste y de La Joven Parca. Como dice Valery, «lo demás es bulla».

He estimado indispensable, antes de exponeros en la mejor forma posible lo que es el método de Valery, conduciros por esta noble introducción que es su vida, pues así sabréis que este método, este rigor obstinado, esta voluntad de hacer tabla rasa y de reconstruir no solamente el juego de un espíritu, sino la búsqueda de una voluntad. Valery, como Descartes, ha vivido su método, y por ello M. Teste, fácilmente triunfa sobre M. Bergeret.

IV

INTRODUCCION AL METODO DE PAUL VALERY

A.—LA RIGUROSIDAD

«No la simpatía, Nathanael, sino el amor», leemos al comienzo de «Alimentos terrestre»... En el umbral

de una introducción al método de Paul Valery, quisiera escribir: «No la claridad, Eriximaco, sino la rigurosidad». Pues no es una palabra clara, claridad. ¿Qué es lo que es claro? Hay críticos y lectores que encuentran a Valery obscuro. «Me siento desesperado dice, de afligir a estos aficionados a la luz, pues nada me atrae más que la claridad. Ay, os confieso que casi no la encuentro por ninguna parte. Las tinieblas que se me atribuyen son débiles y transparentes con respecto a las que descubro por todas partes. Felices los demás que están de acuerdo en que se entienden perfectamente. Yo estoy hecho, amigo mío, de un desgraciado espíritu que no está nunca bien seguro que ha comprendido sin apercibirse de ello; discierno muy mal lo que es claro de lo que es positivamente obscuro».

Una obscura claridad emana a veces de obras que pasan por fáciles y luminosas. Cuando en su discurso de recepción, en la Academia Francesa, Valery tuvo que hablar de Anatole France, no fué sin cierta ironía cómo describió la claridad de éste:

«Inmediatamente gustó un lenguaje que se podía saborear sin pensar mucho, que seducía por una apariencia tan natural, y del que la limpidez, sin duda, dejaba traslucir, a veces, una segunda intención; pero no misteriosa. . .

«Tenía en sus libros un arte consumado de orillar las ideas y los problemas más graves. Nada atajaba la mirada en ellos, sino es la maravilla misma de no encontrar ninguna resistencia para ello».

«Nada más precioso que la ilusión deliciosa de la claridad que nos da el sentimiento de enriquecernos sin esfuerzo, de saborear un placer sin pena, de comprender sin atención, de gozar de un espectáculo sin pagar».

«Felices los escritores que nos quitan el peso de pensar, y que tejen con un dedo liviano un luminoso disfraz de la complejidad de las cosas. Señores, hay otros escritores, cuya existencia es de deplorar, que se han embarcado en una vía completamente distinta. Han colocado el trabajo del espíritu por encima del camino de sus voluptuosidades; nos proponen enigmas, son seres inhumanos».

Me acuerdo que un día, Valery, dictando una conferencia en el Vieux-Colombier, dijo, más o menos, esto: «Obscuro? Yo? Me lo han dicho y hago esfuerzos por creerlo. Pero yo me encuentro menos obscuro que Hugo, que Musset, que Vigny». Parecéis extrañados? Considerad a Musset. Yo no sé si alguno de vosotros podría explicar el siguiente verso:

«Le plus desesperés sont les chants les plus beaux
«Et j'en sais d'immortels qui sont de purs sanglots. (1)

«En cuanto a mí, soy incapaz de hacerlo. ¿Cómo un sollozo puro puede ser un canto inmortal? Eso me parece ininteligible. Un canto es un ritmo; un sollozo puro

(1) Los cantos más hermosos son los más desesperados, conozco algunos inmortales que son puros sollozos.

es informe. Por más obscuro que yo pueda ser, nunca he escrito algo tan obscuro».

En ese momento se levantó de entre el público un joven que parecía irritado. «En fin, señor, dijo, se burla Ud. de nosotros? No veo nada de obscuro en esos dos versos, y me siento capaz de explicarlos... Se lo ruego, señor, dijo Valery, y os cedo mi lugar con mucho gusto». Se levantó y encendió un cigarrillo. El señor irritado subió a la tribuna. No llegó a satisfacer, al explicar a Musset, ni la necesidad de rigor de Valery, ni aun la menos exigente del público.

Por lo demás, en un poema, ni la claridad ni la rigurosidad son necesarias. «Amo la majestad de los sufrimientos humanos», un verso de Vigny, no le parece a Valery un verso «explicable», pues los sufrimientos humanos no tienen majestad. El dolor de muelas y la ansiedad no tienen nada de augusto. Pero es un hermoso verso, porque «majestad» y «sufrimientos» forman un hermoso acorde de dos palabras importantes.

Valery, como poeta, se da el derecho de ser obscuro, o más exactamente de ser «musical», como también se lo reconoce a los demás poetas. Pero, desde que Valery, prosista, trata de construir ideas, busca la rigurosidad. Aspira a no emplear ninguna palabra que no se haya definido, y no supone en las que emplea, más de lo que contenían las definiciones aceptadas. En fin, trata de comunicar al lenguaje de la prosa lo que éste puede encerrar de precisión matemática.

«Desconfío de todas las palabras, pues la menor

meditación hace absurdo lo que uno dice... He terminado por comparar las palabras con las cuales se atraviesa tan ligeramente el espacio de un pensamiento a plumas livianas, arrojadas en un abismo que permiten la travesía, pero no el estacionamiento. El hombre, vivamente, las capta y se salva; pero si insiste un momento, en ese instante se rompe todo, y cae a las profundidades».

Nada detiene a Valery, cazador de exactitudes. Por eso es que yo llamo a su búsqueda «heroica». No acepta las verdades fáciles, no se deja detener por las opiniones universales ni por la autoridad de los expertos. Sobre cada cuestión, se plantea, a sí mismo, la gran pregunta: «¿De qué se trata?» Como Descartes, vuelve a comenzar toda investigación, y se impone una duda metódica. Pero hago mal en decir se «impone», pues esa duda es su naturaleza misma.

B.—LA TABLA RASA

¿Qué es lo que sabemos? ¿Qué se nos ha enseñado en las escuelas, fuera de los idiomas y de las ciencias exactas? ¿Una metafísica? Valery se pregunta, no si acaso desea seguir una particular, sino si algún conocimiento metafísico es posible: «No podemos conocer sino lo que está implicado por nuestro ser... Si entonces se supone que exista una esencia de las cosas, una «palabra» de la charada Universo—una respuesta al Todo—tal palabra no será jamás para nosotros sino un incidente particular de nuestro funcionamiento».

Antes de buscar una explicación del mundo considerado como un Todo, habría que creer que tal explicación puede existir. Valery no lo cree. Cuando hace el cuadro de los «deseos idiotas del hombre», anota: «Conocer el porvenir, ser inmortal, creer que existe una respuesta única». Si existiera un «pensamiento supremo que la hubiera conocido, no tendríamos sino que morir, puesto que éste no tendría otro que lo continuara». Sobre este tema debe leerse el hermoso prefacio de Eureka: «El problema de la totalidad de las cosas y el de la proveniencia de ese Todo, proceden de la intención más ingenua: deseáramos ver lo que ha precedido a la luz».

Bastaría que sobre este Todo del universo, confesáramos nuestra ignorancia, que es evidente; pero el hombre proyecta sus sentimientos en ídolos. «Pone el amor sobre un pedestal, la muerte sobre otro. Sobre él más alto coloca lo que no sabe y no puede saber, y que no tiene aún sentido». Las discusiones de los filósofos no se refieren a la naturaleza de las cosas, sino a las relaciones de ciertas palabras, lo bastante abstractas para ser vacías e indefinibles. Realistas y nominalistas, idealistas y materialistas son los campos en los juegos del espíritu. En estas partidas de ajedrez cada uno mueve sus peones, según convenciones aceptadas». Finalmente, nada se ha probado, salvo que A es mejor jugador que B».

A lo cual los filósofos contestarán que aun hablar mal de la filosofía es todavía filosofar. Pero yo no creo que Valery les permitiría escaparse por ese lado. Pues

los filósofos disputan para hacer triunfar una palabra de obra y la actitud completamente distinta de Valéry es la de negar que alguna de estas palabras responda a una definición precisa. «A los filósofos nunca hay que temer no comprenderlos. Lo que hay que temer es comprenderlos».

«Lo que se piensa realmente cuando se dice que el alma es inmortal, puede siempre ser representado por proposiciones menos ambiciosas... Se puede considerar toda metafísica de este género como infidelidad, pobreza del lenguaje, tendencia a aumentar, aparentemente, el pensamiento y, en suma, a recibir de la expresión que uno se ha formado, más de lo que uno ha dado y gastado al firmarla. Tiempo, espacio, infinito, son palabras incómodas. Toda proposición que sea precisa las deja a un lado». La mayoría de los problemas llamados «metafísicos» son, en realidad, problemas de lenguaje y demasiado ingenuos. Preguntarse, como hacen ciertos filósofos, si existe lo real, es preguntarse si el metro modelo depositado en Meudon, es un metro.

¿Qué otra cosa nos ha enseñado? Historia... «la historia es el producto más peligroso que la química del intelecto haya elaborado. Sus propiedades son bien conocidas. Hace soñar, embriaga a los pueblos, les engendra falsos recuerdos, exagera sus reflejos, mantiene sus viejas heridas, los atormenta en su reposo, los conduce al delirio de grandeza o al de persecución, y hace que las naciones se vuelvan amargas, insoportables y vanas».

Para dictar su conducta a los pueblos, ¿tiene la his-

toria, a lo menos, alguna certidumbre? Ninguna. Es imposible conocerla. Los historiadores de la revolución francesa se ponen de acuerdo entre ellos, «precisamente como Danton se ponía de acuerdo con Robespierre, aunque con consecuencias menos rigurosas, pues la guillotina no está a la disposición de los historiadores».

El gran pintor Degas ha contado a Valery que acompañó un día a su madre a casa de Mme. Le Bas, la viuda del famoso convencional. Al ver en la antecámara los retratos de Robespierre, de Couthon, de Saint Just, la señora Degas no pudo dejar de expresar con horror: ¿Cómo Ud. guarda aquí, todavía, las caras de estos monstruos? Cállate, Celestina, replicó Mme. Le Bas. Cállate... eran santos». Se puede imaginar el mismo diálogo entre Michelet y José De Maistre; entre Taine y M. Aulard. Cada historiador de la época trágica nos ofrece una cabeza cortada, como el objeto de sus preferencias».

Sin embargo, hay hechos históricos sobre cuya autenticidad todos los historiadores están de acuerdo. Carlos Magno, fué coronado emperador en el año 800, y la batalla de Marignan tuvo lugar el 15 de septiembre de 1515. Sí, pero la elección de los acontecimientos y de los documentos permite al historiador narrar la historia según sus prejuicios y sus opiniones. La historia justifica todo lo que uno quiere. No enseña rigurosamente nada, pues contiene de todo y da ejemplo de todo. Nada más ridículo que hablar de las «lecciones» de la

historia. Se puede sacar de ella todas las políticas, todas las morales, todas las filosofías.

En particular, es una locura pensar que la historia pueda alguna vez permitir predecir el futuro. «La historia, nos dicen los ancianos, es una repetición perpetua». Desde luego, esto es discutible. Admitiendo que eso sea verdaderamente «grosso modo», es falso en los detalles para hacer que toda previsión sea absurda. Hablando a los liceanos de Janson de Saily, Valéry trata de describirles lo que él era a una edad como la de ellos, en 1887, y demostrarles que de la imagen del mundo percibida por él, en ese tiempo, era imposible deducir lo que el mundo llegaría a ser.

«En 1887, el aire estaba reservado para los pájaros. Los cuerpos sólidos eran todavía sólidos, los cuerpos opacos, eran todavía opacos... Newton y Galileo reinaban en paz; la física era feliz y sus datos absolutos. El Tiempo producía días apacibles... El Espacio gozaba de ser infinito, homogéneo. Todo esto no es ya más que sueño y humo. Todo esto se ha transformado como el mapa de Europa, como el aspecto de nuestras calles. ¿El más gran sabio, el político más calculador de 1887 no hubieran podido soñar lo que nosotros vemos ahora, después de cuarenta y cinco miserables años? No se concibe aún que operaciones del espíritu, tratando toda la materia histórica acumulada en 1887, habrían podido deducir del conocimiento aun más sabio del pasado, una idea, aun groseramente aproximativa de lo que es 1932».

Las ciencias llamadas exactas permiten la previsión dentro de un sistema cerrado y a cierta escala, pero en historia no depende de nosotros aislar los sistemas y la escala nos es impuesta. Por lo mismo, toda profecía es una mentira, «entramos en el porvenir retrocediendo». La historia no es una ciencia, es un arte; tiene su lugar entre las musas. Como tal, Valery las juzga agradables; pero hay que mantenerla en su lugar. Desde que se pretende usar de ese pasado desconocido para arreglar sus acciones, en vista de un porvenir imprevisible, uno se pierde. Si Bonaparte no hubiera estado obcecado por la historia de César, no se habría hecho proclamar emperador. «Era un aficionado apasionado de la historia, y este hombre, hecho para crear, se perdió en las perspectivas del pasado. Declinó desde que cesó de derrotar».

Sin embargo, Valery reconoce la utilidad, en cierto modo, negativa de la meditación sobre el pasado. «Nos muestra el fracaso frecuente de las previsiones demasiado precisas, y por el contrario las grandes ventajas de una preparación general y constante que, sin pretender crear o desafiar los acontecimientos—los cuales son invariablemente sorprendidos—permite al hombre defenderse más a tiempo contra lo imprevisto». Pero tales lecciones parecen morales más bien que científicas.

El gran error del siglo XIX, adormecido por los éxitos prácticos de las ciencias exactas, ha sido confundir los métodos de estas ciencias con los de las ciencias falsas que ha llamado psicología y sociología. «Hay

ciencias de las cosas simples y artes de las cosas complicadas. Ciencias, cuando las variables pueden enumerarse y su número es pequeño, sus combinaciones netas y distintas». Mientras que en las ciencias de la naturaleza, a la visión sencilla de los objetos, se substituía un control objetivo, en las «ciencias» histórico-políticas hemos querido hacer coexistir métodos subjetivos con conclusiones objetivas. La historia y su hija, la política, deben ser disminuídas y rebajadas tan cuidadosamente como la filosofía. «No se puede hacer política sin pronunciarse sobre cuestiones que ningún hombre sensato pueda afirmar que conoce. Hay que ser infinitamente tonto o infinitamente ignorante para atreverse a tener una opinión sobre la mayoría de los problemas que la política plantea», y además: «la política fué primero el arte de impedir que la gente se mezclara en lo que les concernía... en la época siguiente se juntó a ellos el arte de obligar a las personas a decidirse sobre lo que no comprenden».

¿Qué queda sobre nuestra mesa? ¿La ciencia? Esta es un conjunto de recetas y de procedimientos que siempre resultan, y, como tal, útil y respetable, pero todo lo demás es literatura. «La ciencia no aporta la explicación del mundo como lo habían creído bastante ingenuamente los hombres de las generaciones de Zolá. No la aportaría nunca. Nadie explicará el Universo, porque el Universo no es sino una expresión mitológica». ¿Cómo adquirir el concepto de lo que no se opone a

nada, que nada rechaza, que no se parece a nada? Si se pareciera a algo, no sería todo».

¿Qué queda todavía? ¿El buen sentido? «El buen sentido es la facultad que tuvimos otrora de negar y de refutar, brillantemente, la existencia de las Antípodas... El buen sentido es una intuición local. La ciencia cada día lo renueva, lo mistifica... El sentido común no es ya invocado sino por la ignorancia. El valor de la evidencia media ha caído por los suelos. Casi todos los sueños de nuestras fábulas — el vuelo, la aparición de cosas ausentes, la trasmisión de la palabra—y muchas otras rarezas que no habían sido, siquiera, soñadas, han salido ahora del reino de lo imposible y del espíritu. Lo fabuloso está en el comercio». El buen sentido está hoy día francamente deshonrado.

De esta manera, el pensamiento riguroso rechaza, sucesivamente, todo lo que engendró en otros tiempos. ¿No hay, se ha preguntado Charles Dou Bos, en el fondo de la inteligencia valeriana un nihilismo? «En el orden intelectual no hay espectáculo impregnado de una tragedia más augusta, que el de la facultad de pensar, terminando por traducirse, por su agudeza misma, en la nada y en la autonegación. Es, verdaderamente, el reinado de la soledad y de la nitidez desesperada». Pero vamos a ver que en esta soledad, Valery construirá su ciudad, que es la nuestra.

C.—LAS CONVENCIONES

He aquí la tabla rasa y el pizarrón limpio. ¿Qué vamos a construir sobre la mesa o inscribir en el pizarrón? Pues, debe haber algo. Los hombres piensan; acuerdan a veces sus pensamientos y sus actos; las sociedades humanas viven y duran. Se encuentran en este caos de ruinas los materiales de un orden. ¿Cuáles son estos materiales, preguntaremos a Valéry? Nos contestará, según creo: «Convenciones, o si Uds. prefieren, ficciones».

¿Qué es una convención? Es una regla aceptada por uno o varios hombres. Un hombre que obtiene una ganancia en el juego, no ha podido jugar sino porque ha aceptado una convención. Este acuerdo no es la expresión de una verdad absoluta. Su único valor consiste en ser aceptado. Por ejemplo, se conviene entre nosotros que yo hable durante una hora y que Uds. escuchen. Este acuerdo establece un orden en esta sala. Habríamos podido aceptar otra convención; ustedes podrían haber cantado en coro y yo escuchado. Tal convención habría establecido otro orden. ¿Pero, por qué tales convenciones son respetadas? Porque en esta sala la mayoría representa a las leyes. No por su fuerza. No podrían obligaros a manteneros en calma. Pero sí por una ficción aceptada. Y lo característico de las sociedades humanas es que ellas no pueden existir sino en virtud de tales ficciones. «Pues, no hay poder o fuerza capaz

de fundar el orden sobre la presión de los cuerpos por los cuerpos».

Los instintos son vencidos por las ideas, por las imágenes y por los mitos. El movimiento de una sociedad hacia una civilización, piensa Valery, es un movimiento hacia el reinado de los símbolos y de los signos. Toda sociedad descansa sobre un lenguaje que es el primero y el más importante de todas las convenciones, sobre escrituras, sobre hábitos, sobre convenciones observadas. Toda sociedad es un edificio de encantamientos. No percibimos el carácter ficticio de nuestras leyes, porque muchas de entre ellas se han agregado a nosotros y han llegado a ser instintos. Nos quitamos el sombrero, prestamos juramento, aplaudimos, pagamos, aceptamos dinero. Cada uno de estos actos supone innumerables ficciones antiguas. Pero la vida de un pueblo, cuya historia ha sido larga, está tejida de lazos tan numerosos que ninguno de los ciudadanos conoce ya sus orígenes.

¿Qué sucede entonces? Que dentro del orden la libertad del espíritu se hace posible. En el estado de barbarie no hay libertad. Imaginad una familia de monos o de hombres de las cavernas; los machos jóvenes obedecen al padre porque le temen o porque el peligro exterior los compele. Es el estado de hecho. Pero en una familia de París, en nuestros días, el peligro parece lejano, y si próximo, no es de los que puede evitar la fuerza del padre. Entonces la juventud discute. ¿Por qué obedecer al padre? No es sino una convención. ¿Qué cosa más inútil que una convención?, piensa la juventud.

¿Por qué respetarla? En igual forma, en la Francia del siglo XVIII la gente comenzó a preguntarse: ¿Por qué este rey?

Creadoras de orden, madres de las libertades, las convenciones son luego amenazadas por el orden y la libertad que ellas mismas han formado. Los hombres olvidan lo que son el desorden y el dolor. El espíritu crítico crece, mina y en seguida destruye las convenciones. La barbarie renace y con ella el estado de hecho. Es la revolución o la guerra. Pronto, por el efecto de la una o de la otra, el individuo será de nuevo lo bastante infeliz para desear otra vez la policía o la muerte».

Luego, lo que para los hombres es más necesario, es la más arbitraria de sus creaciones. El más sólido sostén de las civilizaciones es un edificio de encantamientos. Lo que es útil en la moral, no son las reglas (variables según los tiempos y los lugares) que ella propone; es que ella propone tales reglas. Lo que es necesario a la vida de un país no es que sea monárquico, republicano, aristócrata, sino que las convenciones políticas sean aceptadas por la mayoría de los ciudadanos. Lo que hace que las matemáticas formen un sistema de verdades que parecen necesarias, es que ellas son en el mundo cuanto hay de más arbitrario. Lo que hace la belleza de un poema es lo arbitrario de las reglas que han permitido componerlo.

Idea nueva, importante y propia a nuestro tiempo. Siempre o casi siempre los hombres han perseguido la verdad absoluta, la palabra de la charada, el pensa-

miento supremo. El sabio moderno, parecido a Valery, no cree ya en que pueda explicar el Universo, ni aun siquiera que tal explicación exista. Construye ciertas hipótesis sobre el mundo que le permiten agrupar cómodamente los fenómenos observados. No afirma que estas hipótesis sean verdaderas. Está seguro que algún día serán reemplazadas. Pero, por un tiempo ellas permiten vivir. «El hombre moderno tiene una idea de sí mismo y del mundo, que ya no es una idea determinada; no puede dejar de poseer varias; no podría casi vivir sin esta multiplicidad contradictoria de visiones».

Así, el pensamiento de Valery ha seguido la marcha natural de toda inteligencia vigorosa. Habiendo hecho en su adolescencia tabla rasa, restablece en la madurez las convicciones otrora apartadas, pero el camino de su espíritu se nota en esto: que las restablece en cuanto convenciones y no en cuanto verdades absolutas. En lo que la actitud de Valery me parece original, diferente a la vez de la de Bourget, que respeta a la convención como si ella fuera verdad trascendente y la de Gide, que conserva frente a las convenciones la actitud hostil y desafiadora de un adolescente impenitente.

D.—LA OBRA DE ARTE

Sin embargo, sería una paradoja insostenible considerar al Universo como hecho solamente de convenciones humanas. Hay una realidad anterior a las ficciones y a los mitos. ¿Pero, cómo puede el pensamiento alcan-

zar esa realidad que, por definición, le es extraña? Yo creo que Valery, como Proust, contestará de buena gana: por la obra de arte y singularmente por la poesía, entendida en un sentido extremadamente general.

El lenguaje humano tiende a lo abstracto y se aleja siempre más de lo concreto. La poesía permite al espíritu volver a tomar contacto con una realidad anterior a los monstruos mecánicos que este espíritu engendró y que son nuestras hipótesis y nuestros conocimientos. ¿Por qué medios, por qué encantos la poesía puede desempeñar este papel?

Sería necesario un volumen para explicarlo y sólo me quedan algunos minutos. Digamos, si Uds. quieren, que la función del poeta es devolver a las palabras su valor harmónico y volver a crear alrededor de ellas, asociándolas, desplazándolas, sorprendiéndolas en posiciones inacostumbradas, el aire de misterio que las rodeaba en su nacimiento.

«No se hace un poema con ideas, ni con sentimientos; un poema se hace con palabras». Valery gusta de representar al poeta como un artesano consciente, metódico, que «fabrica» un poema como se construye una máquina para producir un resultado definido. Poe, Baudelaire, Mallarmé, tal es la línea de poetas «conscientes» que continúa tan perfectamente Valéry. «Un poema debe ser una fiesta del intelecto». No puede ser otra cosa. Aquí volvemos a encontrar la idea de convención. Un poema es una fiesta, un juego tan bien tejido que no podemos concebirlo de una manera diferente. «La im-

presión de belleza, tan locamente buscada, tan inútilmente definida, es tal vez el sentimiento de una imposibilidad de variación». Es por eso que ella tranquiliza y gusta. Tranquiliza y fija el espíritu. Reencuentra y detiene el tiempo. Una roca se corroe bajo la acción de las olas, pero ¿qué elementos conjurados juntos arrancarían una palabra a algunos de los mejores poemas de Baudelaire? Aquí todavía lo arbitrario ha creado la necesidad.

Esta idea de la poesía parece excluir la de la inspiración. Valery elimina de buena gana el lirismo que no es sino el «desarrollo de una exclamación» ¿Quién no se sonrojaría de ser la Pythie? «La inspiración es la hipótesis que reduce al autor al papel de un observador». Fórmulas paradójicas a las cuales Valery, más adelante, hará las correcciones necesarias. Es cierto que la búsqueda de una forma por un artesano es el objeto primero de todo arte. Sin oficio no hay genio. Pero la necesidad de esta búsqueda no nacería sin sentimientos tristes o alegres. «La inspiración en la poesía y en todas las artes, está profundamente escondida», pero existe. Sin el tiempo perdido, no hay tiempo que volver a encontrar.

Eso, Valery mismo lo sabe muy bien, y aun él mismo lo ha formulado mejor que nadie: «El escritor se recompensa como puede de las injusticias del oficio». Por más que quiera ser, hasta en sus poemas, rigor, objetividad, método, es imposible conocerlo sin medir su sensibilidad, que es viva. No puede impedir que esta

aflore en sus escritos. «En el extremo de todo pensamiento hay un suspiro». M. Teste, aun cuando dominara la mecánica conocía el sufrimiento. No hay que imaginarse a Valery como una inteligencia pura pero inhumana. Por el contrario, ningún hombre de este tiempo es más sensible, más fiel y más generoso. Pero, si conoce el dolor no se complace con él, como Pascal». ¿Qué es lo que les enseñamos a los demás hombres, representándoles que no son nada? ¿Que la vida es inútil, la naturaleza enemiga, el conocimiento ilusorio? ¿De qué sirve matar la nada que son o de volverles a decir lo que saben?

Quisiera, al terminar, dejaros de él una imagen completamente humana. Vedlo todas las mañanas a las cinco, volver a empezar, a pesar de la fatiga de la noche, las investigaciones que ha perseguido durante toda su vida. Debe recalentar su café, pues a esa hora nadie se ha levantado, y deja caer sobre nosotros sus fragmentos de prosa, accidentes de un trabajo sublime. Es una cosa hermosa el poder del espíritu. En algunos siglos más se sabrá que nadie tuvo más influencia sobre nuestro tiempo que este hombre tan sencillo. ⁽¹⁾

V

El siglo XIX ha sido, con sus arrepentimientos y sus vueltas, el siglo de la ciencia POSITIVA y de sus hi-

(1) Alain.

jas activas y tontas, las máquinas. Hemos visto las esperanzas que había hecho nacer este «triunfo de las recetas». Esperanzas intelectuales: se esperaba encontrar la palabra de la charada «Universo.» Esperanzas sociales: de buena gana se hubiera pintado en los techos de los palacios nacionales, la Ciencia, haciendo la felicidad de la Humanidad.

A las grandes esperanzas suceden las grandes decepciones. Entusiasmados con los éxitos de los métodos científicos, embriagados por los progresos de las ciencias exactas, algunos escritores creyeron poder aplicar estos métodos al estudio del hombre. En el siglo XIX, los valores espirituales son desdeñados por muchos filósofos, sin pruebas y aun contra las pruebas, pues la observación muestra en el hombre la importancia del espíritu tanto como la de las relaciones psico-químicas. La actitud del hombre hacia sí mismo cambia. No cree ya en su poder. «El individuo del período científico pierde la facultad de sentirse centro de energía». Mientras el asceta hindú y el santo católico, creen en un poder misterioso del hombre sobre su cuerpo y sobre el mundo exterior, Adrian Sixte, admite que todo en nosotros ocurre mecánicamente. Descorazonadora humildad, pues ella quita al hombre su fe en el hombre.

Lo propio del pensamiento de 1900, es la lascitud, France, Lemaitre, Barrés, son escépticos. Sé muy bien que los tres, a la derecha y a la izquierda, debieron retenerse para evitar el vértigo a algunos espíritus bas-

tante frágiles. Pero era más por necesidad de encontrar un apoyo que por libre elección de ese apoyo.

Después de un siglo de descubrimientos, que nos habían entregado a invasiones bastante bárbaras de los especialistas, la humanidad necesita poetas, es decir, de hombres capaces de volver a tomar contacto con los datos elementales de los problemas. La Europa se muere de un lenguaje mal hecho. Es demasiado temprano aun para deducir el carácter propio de nuestro tiempo, pero esto será, sin duda, si nuestra aventura no termina en desastre, no de haber renegado de la obra del siglo XIX, sino de haber reconocido su valor, más allá de la ciencia o al lado de ella, de un conocimiento poético alumbrado por la inteligencia.

De aquí que sea también bastante natural que el mejor espíritu de este tiempo sea un poeta, y que este poeta sea Valery.

(Traducción de G. Gandarillas).

Otoño



MUJER que me gustas porque estoy en ti, yo soy el catador de los vinos maduros, de las frutas dulces y caídas, del viento cargado de enervantes adioses vegetales, y amo el color dorado, el púrpura viejo y luminoso de los vinos trasegados en el oro enfermo de la estación, y amo las uvas escasas, en los parronales, en las viñas, en que tu señor va pintando cielos de atardecida.

No quiero el licor nacido de las primeras frutas ni su miel sin sazón. Sólo me es grato este gesto de maravilla; hundir las manos en los follajes multicolores, por tomar el pámpano esquivo y ponerlo entre tus dedos blancos como un racimo de gemas.

Y tú tienes que tener los ojos morados y la piel de ámbar tibio, y has de caminar como volando sobre las ojas caídas. Sí, algo de fruta de miel ha de tener tu cuerpo, y algo de hoja y de cielos maduros tus cabellos, para que puedas sentir en la raíz de tus nervios, estos profundos y enfermizos adioses vegetales.

Y has de sentir en el viento que arrastra los mantos rojizos de la naturaleza, la música cruel, y has de sentir

en las sombras de la noche, que van trepando sobre las tardes, aun pálidas, el velo del tiempo. Y que no tiemblen tus manos rubias, porque la vida pasa. Estás en tu minuto.

Y no te olvides que soy el catador de los vinos maduros, de las frutas dulces y caídas, del viento cargado de enervantes adioses vegetales, y amo el color de tu piel dorada, y el púrpura viejo y luminoso que tiene tu boca signada de desesperanza.

Otoño de 1934.

Esquema de Luis Durand



A obra literaria de Luis Durand nos lleva a compás tranquilo y seguro hacia la naturaleza viva, rica, apacible o arisca, de nuestra tierra y de nuestra raza. Quien haya hojeado el más distante de sus libros, distante en el orden numérico ya que no, de ningún modo, en el tiempo, que acrisola y actualiza los valores legítimos, habrá sentido en plenitud la intimidad de lo nuestro, de nuestros cerros lamidos o greñudos, de nuestras quebradas, de nuestros caminos entre alamedas por donde pasan los piños envueltos en nubes de polvo iluminado. El hombre adusto que sale a la puerta del rancho con el cigarro de hoja en los labios, o el mocetón que encabrita su bestia de puro soberbio y pujante en su taimada humildad, la vieja murmuradora y sentenciosa o la moza torva y querendona que se da en los trigales o bajo los maquis, son la raza, la pasta y la sangre nuestras, vertidas con la honradez del talento indudable en el botijo simple y fresco de un estilo sin aliños, maceraciones ni torturas. Obra tal merece no sólo el respeto sino la admiración que lo enoja, en tiem-

pos como el actual en que toda obra literaria es sometida al criterio burgués, donde apunta, entrañada, la chispa de la sospecha ideológico social, torvo de intenciones. Hace ya mucho tiempo que el lente de la crítica interesada pesa como una cruz sobre la literatura, en macabro olvido de que el escritor y el poeta llevan en su ser una voluntad de crear, lo que supone un derecho primario a ser comprendido, por encima de las fórmulas y de los credos estéticos o sociales. Milagrosamente, la obra de Durand, aunque se nutre en el sufrimiento humano, se mantiene a cubierto de sospechas, pues en cada uno de sus tipos, en el limpio caudal de la trama de sus cuentos, brilla con clara luz o sombríos resplandores, la pureza del corazón. No hay pues, en esta obra, ideología social subterránea, rebeldía alguna que pueda inquietar a nadie.

Revisando la ya fecunda obra de Durand, se advierte su sentido trágico, sin dramatismo. La clara visión que posee de la vida campesina nuestra, ha impregnado sus narraciones de esa pasividad triste, con matices alegres y reacciones ciegas y funestas, que se ha dado en denominar el fatalismo de la raza. Una obra ambientada en el inquilinaje y la peonada no puede ser sino trágica. La fina percepción de los contrastes, bien ejercida por el escritor que comentamos, ha logrado tender sobre los fondos téticos de la existencia campesina, el telón luminoso del humor.

Si juzgáramos la obra de Durand de acuerdo con nuestro gusto y con nuestro concepto del arte literario

frente a la vida, diríamos que es pálida, excesivamente localizada y folklórica, por dejar a las fuerzas universales de la pasión y del sentimiento un escape estrecho, en beneficio de la nota ambiente. El argumento, en tales condiciones se resiente y se filtra. El campesino actual es una entidad en lucha frente al patrón que lo domina. Una relación distinta y nueva une al inquilino y la tierra y un gesto asimismo diverso clava el hombre en el tiempo presente y futuro. Basta recorrer nuestra tierra para advertirlo. A la queja habitual y triste ha sucedido el sufrimiento humillante y la exaltación sin control y sin fruto. Un arte sugestivo, de pupila audaz, hecho, más para el deleite que para la inquietud integral, podría captar esta evolución íntima del hombre y sus formas sensibles. Mas, ya lo dijimos, un criterio personal y extraño para juzgar una obra literaria o artística, vale a lo más como punto de ubicación del juicio, sea éste de similitud o contraste, desde que ante todo y por sobre todo prevalece la posición espiritual del creador. Obvio es decir que hablo de creadores y de crítica digna.

Pues bien, el espíritu tranquilo supone visión tranquila del medio y del sujeto. La obra de Durand es apacible e idílica, no obstante su sentido trágico. Nada, sugerencias personales, hechos o lecturas, podría alterar sus nítidos contornos, ni las raíces de su emoción siempre sumergidas en la fuente serrana, junto al rancho faldero aureolado por nuestros cielos incomparables.

Ha sabido este escritor obedecer el mandato que surge de la tierra potente en toda la extensión indoameri-

cana; su irrupción en la obra literaria se consume una vez más. Al afirmar que la prosa de Durand es desaliñada y suelta, plena de aire campero, hacemos su elogio. La hierba en la loma entreabre los ásperos terrones para respirar y beber el sol a su gusto; la prosa de Durand se remueve y extiende luego libremente, ebria de cielos. No hay en sus frases preocupación estilística. Escribe como habla, con giros personales o simplemente criollos, sabrosos, de jugosidad sugerente. Acaso sus períodos delaten redundancias verbales, y en esto no hace sino interpretar el afán expresivo del tipo campesino.

«Campesinos», que acabamos de leer por segunda vez, proclama la cualidad anotada: la fluidez natural, generosa. El fondo, siempre doloroso, encuentra en la forma el cauce expedito, de suave pendiente. No sabemos, en verdad por cuál de esos cuentos decidirnos; en todos se advierte el don de la composición, de la relación en el ambiente, la valorización de los tipos. Sólo en la concepción misma y en la disposición de los elementos dramáticos, podemos señalar diferencias y ventajas precisas. En tal sentido «Cuesta arriba» y «Vino tinto» se evidencian muy superiores al resto de la colección. «Cuesta arriba» me parece el cuento más vigoroso salido de la pluma de Durand. En él los tipos y el paisaje forman un bloque de tragedia desde la primera a la última línea. La reciedumbre del paisaje y su imposición sobre el hombre se destacan con real y hasta sobria intensidad, acierto que denota en el escritor un sentido cada vez más neto y hondo del ambiente.

La obra de Durand, comenzada hace algunos años, marcha con ritmo seguro y revela una conciencia de escritor frente a nuestra realidad campesina local. Los triunfos obtenidos le darán, sin duda, el impulso necesario para realizar aquella labor de mayores proporciones a que su talento lo hace merecedor.

Alfonso Escudero,
Agustino.

El que pudo haber sido nuestro mejor crítico

ELIODORO ASTORQUIZA

I. UN ANOCHECER DE JUNIO DE 1926

Sostuve correspondencia epistolar con él desde mayo de 1926, con motivo de una petición del escritor español José María de Acosta. Y lo conocí personalmente un mes después, en un viaje a San Antonio.

—¿El señor Astorquiza?

—A sus órdenes.

Lo miro fijamente, para darme cuenta de su fisonomía.

Es casi de noche, y el cielo está cubierto de nubes. Ha llovido durante varios días largos.

Eliodoro Astorquiza, de bigote negro, corto, y de bastón, parece tener unos cuarenta años. El *jockey* le disimula su calva prematura.

—¿Vamos andando?

—Vamos.

Y seguimos por la calle principal, embaldosada y bastante limpia, a pesar de la gran lluvia.

Al llegar a la Municipalidad, mi acompañante requiere una

llave, y momentos más tarde estamos en su oficina, reducida y atestada de libros, revistas y papeles.

En la puerta se lee: «Abogado municipal».

La *Revue Hebdomadaire*, el *Mercure de France* y otras publicaciones que veo en los armarios, inician la charla sobre otras revistas y algunas firmas del extranjero y de Chile.

Astorquiza aborrece el hablar de sí mismo.

Sin embargo, poco a poco, contra la voluntad de mi visitado, van apareciendo algunos datos personales.

Mi curiosidad se encargará más tarde de ampliarlos.

II. VIDA MALOGRADA

Eliodoro Astorquiza Líbano nació en Talca, en octubre de 1884.

Su padre, don Ascensio Astorquiza, era un marino vasco que vino a Chile como jefe de un buque mercante; y, una vez casado con la hija de otro vasco chilenuizado, pasó de la náutica á la agricultura y se estableció en Loncomilla.

Eliodoro Astorquiza estudió humanidades en el Seminario de Talca (1894-1900).

Su vocación literaria se manifestó desde muy temprano, y ha sido una vocación sin antecedentes de familia, independiente de profesores, y, hasta su traslado a Concepción, sin estímulos del ambiente.

Vocación literaria sin antecedentes de familia, dije.

Sin embargo, Mariano Latorre (a quien debo preciosas observaciones acerca de Astorquiza) me advierte que los Líbano, aún sin dedicarse a escribir, ya eran un antecedente digno de recuerdo, por cualidades que luego reaparecen en el malogrado crítico.

Respecto a sus primeros tanteos en el arte de escribir, cuentan que a los doce años, ya solía sacar los domingos cierto perio-

dioquito en el que «ponía de vuelta y media» a todos los de su casa, empezando por su padre.

Eran las primeras manifestaciones de su precoz tendencia crítica, que muy pronto había de ejercitar en más de algún profesor de figuras retóricas o de silogismos venerables.

Cursó derecho en el Liceo de Concepción.

Pero, más que al estudio de las leyes, se dedicaba a escribir, y sobre todo, a leer mucho.

En *Pluma y Lápiz* de 1903 aparecieron poesías suyas y además una colaboración en prosa.

Unas veces usó su firma completa, y otras, sólo E. A.

Copiamos una poesía publicada en el número de 19 de julio.

TRAS ELLA

Yo no sé si fué un año o si fué un día,
si fué un siglo o si fué solo un momento;
sólo sé que era hermosa, que vestía
traje de luces que la vista herían
y que pasó ligera como el viento.

Yo no sé si fué un sueño y no otra cosa,
pero—alas de una misma mariposa—
ambos de un mismo todo somos parte,
y seguiré tus huellas hasta hallarte,
¡oh visión fugitiva y luminosa!

Colaboró en *El País* de Concepción; y luego, unido a Luis Felipe Contardo, Bernardino Abarzúa, Héctor Rodríguez de la Sotta y Abraham Romero, trabajó con entusiasmo en *La Unión* de la capital del sur.

Recibió su título de abogado, y continuó en *La Unión*, diario que dirigió durante algunos meses y donde aparecieron por pri-

mera vez las veladas que después formaron su primero y hasta ahora único libro publicado: *Literatura francesa* (Concepción, 1907).

¿Cómo nació ese libro?

De unas conversaciones de tres amigos aficionados a leer y a cambiar ideas. En la obra usan nombres ficticios, pero los iniciados los indentificaron fácilmente: se llamaban Luis Felipe Contardo, Bernardino Abarzúa y Eliodoro Astorquiza.

El Astorquiza de los años maduros prefería no acordarse de aquel libro juvenil. Pero, no hay razón suficiente para autocritica tan severa. «En tales conversaciones se repasaba toda la literatura francesa de comienzos del siglo, y aún recordamos estudios como los de Lemaitre, Faguet y Brunetiere, frescos, ágiles, agudos, muy bien escritos», apuntaba hace poco Gilko Orellana.

Recuérdese, además, el elogio de un francés como don Emilio Vaisse, que bastaría por sí solo para inclinar favorablemente la balanza (1).

Provisto de su diploma de abogado, que en Concepción le había servido muy poco, se trasladó Eliodoro Astorquiza a un pueblo donde tenía ciertos intereses de familia y donde había de permanecer más de una docena de largos años: Linares.

En las primeras cartas a sus amigos de *La Unión*, contento tal vez de su semifuga, les decía que, allá en Concepción, había estado muriéndose de hambre de la manera más decente posible; mientras que, en Linares, lo único temible eran las señoritas solteronas con ganas de dejar de serlo y los eruditos en historia, inquietos por resolver quién había tenido la culpa del desastre de Cancha Rayada.

Siguió escribiendo durante algún tiempo.

Así, aparecieron buenas colaboraciones suyas en *La Unión* de Santiago, en *El Diario Ilustrado* y en *Chantecler*, revista fun-

(1) Omer Emeth, *La vida literaria en Chile (1908-1909)*, Págs. 353-358.

dada en Concepción algún tiempo después del éxito de la obra de Rostand (1910).

(Entre paréntesis, una fotografía de *Chantecler* nos recuerda a Astorquiza, jovencito, haciendo su servicio militar).

Allá por 1914, su firma desaparece de los papeles impresos, y sólo en la primavera de 1917 vuelve a dar señales de vida en la *Revista Chilena* de don Enrique Matta Vial.

Comenzaba un nuevo período de actividad. Durante dos años (1918-1919), firmó la *Crónica de las Letras* en *El Diario Ilustrado*, de Santiago; en 1920, era cronista de *La actualidad literaria* en *Zig-Zag*. También aparecieron valiosas colaboraciones suyas en *Juventud* (la revista de la Federación de Estudiantes), en la *Revista de Artes y Letras*, de Rocuant y Santiván, y en la ya citada *Revista Chilena*, de Matta Vial, donde se dió a conocer el mejor de sus estudios, el consagrado a don Alberto Blest Gana (1).

Después, su firma volvió a perderse de las publicaciones santiaguinas.

Un día (creo que en 1922), fué a esconder su talento a un puerto prosaico y de porvenir: San Antonio.

Y allí vivió varios años, trabajando en papeles de membrete municipal, releyendo libros y revistas francesas y escribiendo, de tarde en tarde, tal cual artículo en *Lectura* (1922), algún sabio *Bosquejo de lo que podría o debería ser un Bosquejo histórico de la Literatura chilena* inserto en *Juventud* (octubre de 1922), algún cuento ideológico en *Chile Magazine* (febrero de 1923) o ciertas *Reflexiones* en el número 1,000 de *Zig-Zag*.

A mediados de 1926 comencé a tratarlo, y no fué poca mi sorpresa ante su escepticismo a toda prueba.

«Es verdad que, hace algunos años, solía yo publicar, en los diarios o revistas, articulillos de crítica. Pero esas efímeras producciones no alcanzan a constituir, ni en calidad ni en cantidad, títulos suficientes para llamarme crítico...» (carta del 15-V-26).

(1) *Revista chilena*, tomo 10, agosto 1920.

Y días más tarde (22-V):

«He quedado confundido con las apreciaciones, tan benévolas, respecto a mí, que contiene su atenta carta del 21 del actual. Como no puedo suponer por un instante que haya ironía en sus conceptos, he llegado a la conclusión de que, así como no hay un hombre, por desgraciado de físico que sea, que no encuentre una mujer que lo quiera, de igual modo, no hay escritor, por desprovisto de talento que se halle, que no encuentre un alma caritativa y generosa que lo aplauda. Mil gracias...»

Por esos mismos días (1926) comenzó una nueva etapa de actividad literaria: primero, un artículo en *Atenea* de junio, otro en la *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales* de julio; y luego, y con más normalidad, en *El Diario Ilustrado*.

Total: un año más o menos, hasta mediados de 1927.

A ese período corresponden estudios como los consagrados a don Pedro N. Cruz, don Domingo Amunátegui, Luis David Cruz Ocampo, Manuel Rojas, Salvador de Madariaga, Mauriac, Rivarol; sus ideas sobre el arte de escribir, y sus párrafos titulados *Reflexiones literarias* (19-XII-26), *De la vida y de los libros* (17-IV-27) y *Manual del perfecto deudor* (12--XII-26).

En *España y América* (1.º de mayo de 1927, Madrid,) apareció un artículo mío sobre su persona y su obra. Al darme las gracias, en carta del 17 de octubre, me agregaba:

«Yo he estado, en el último tiempo, lleno de enfermedades, amarguras y preocupaciones de toda especie. Esto le explica que no haya aún cumplido mi ofrecimiento sobre la monografía de don Pedro N. Cruz y que haya dejado momentáneamente de colaborar en *El Ilustrado*. Cuando se sufre, ¡qué chica y sin sentido se ve la literatura! Pero ya estoy mejor de ánimo y pronto volveré a las mismas...»

El 12 de mayo de 1928 me anunciaba:

«Por motivos de salud, partiré, dentro de quince días o un mes, a La Serena, donde quizás residiré algún tiempo más o menos largo... Voy a La Serena con mucho gusto, no sólo porque me

aseguran puedo encontrar allá mejoría de un feroz reumatismo que me ha tomado, sino porque me han pintado aquello como un ideal, en cuanto belleza natural y cultura de la gente».

Pero parece que, a pesar de los reclamos de su reumatismo y de su hígado, los «quince días o un mes» se alargaron; solamente a 7 de noviembre de 1929 me comunicaba que hacía algunos días se encontraba en La Serena.

Ha recordado *Alone* (*La Nación*, Stgo., 17-VI-34):

«La última vez lo vimos en La Serena. Había decaído, físicamente, de un modo impresionante. Parecía un resto fantástico del hombre atildado e ingenioso que conocimos; tras unos minutos de charla en la calle, pidió permiso para sentarse, en el suelo, rendido de cansancio. Hablaba con lentitud sobre la inmensa estupidez propia de los escritores chilenos y el heroísmo de estar componiendo un Panorama de nuestra literatura. Al otro día lo visitamos: habitaba una pieza interior de un hotel, una de esas piezas sobrecogedoras, desnudas. Junto a su lecho, clavado con un alfiler, el retrato de una escritora bellísima que había muerto, a quien admiraba y admirábamos. Observé que miraba el retrato; pero no dijo nada de ella. La vida iba confundiéndosele, y su cerebro no estaba claro. Sobre la mesita de noche, una botella de vino negro. Bebió un poco. Se quejó de la maledicencia: Dicen que bebo; usted está viéndolo: vino... nada más que vino—. También se quejó de que Chile no se hubiera acogido a ciertas franquicias postales, lo cual encarecía las revistas francesas. Estaba suscrito a quince: ahora ya no podía recibirlas. Llegó a verlo un señor gordo que hablaba de otras cosas. Dejamos pendiente la conversación.

Ya no sería posible reanudarla.

Alcanzamos a recibir una postrera carta suya, muy optimista: aseguraba estar sano del reumatismo que tanto lo había hecho sufrir y que el gran remedio, inesperadamente descubierto, se llamaba Illapel».

Todavía tuvo una última reconciliación con el público de *El*

Diario Ilustrado en 1931 y comienzos de 1932; y a esta última etapa pertenecen sus artículos sobre Daniel Riquelme; *Valparaíso, la ciudad del viento*, de Joaquín Edwards; *Más afuera*, de Eugenio González, e *Itinerario de inquietud*, de Latcham; *La viuda del conventillo*, de Romero; *Reloj de sol*, de Marta Brunet; *Entre budistas y brahmanes*, de Alejandro Vicuña; *Ideas y perfiles*, de Cabrera Méndez; la *Literatura chilena*, de don Samuel Lillo; *Un apóstol* (Rafael Gallardo Rojas); *El tropicalismo y otras menudencias* (a propósito de un ensayo de Mariano Picón); la «chilenidad literaria» (15 y 22-III-31); unas *Notas de lecturas*, y su estudio *¿Ha habido poetas en Chile?*

Y ahora, cedamos la palabra a su hermano Octavio Astorquiza, que, en carta fechada en Lota el mismo día del apunte de *Alone*, ya copiado, me escribe:

«De San Antonio, donde usted lo conoció, se trasladó a La Serena en 1929. Parece que ahí se agravó una enfermedad al hígado, de que padecía, y, buscando más tranquilidad y un clima menos húmedo, se trasladó en 1931 a Illapel.

Poco sabíamos, los de su familia, de Eliodoro, porque siempre se mantuvo retraído y nos costaba mucho mantener algún contacto con él, aunque sólo fuera por medio de la correspondencia. Por esto, no nos dimos cuenta de la extrema gravedad de la afección que le produjo la muerte en el mes pasado. Es posible que él mismo no se diera cuenta de su próximo fin. El hecho fué que se hizo llevar al pensionado del Hospital un día en que se sintió más decaído que de costumbre. Vivía en el Hotel de Illapel, y pensó encontrar mejor atención médica en el Hospital. No nos avisó nada acerca de esto, y sólo supimos su muerte por un telegrama de un amigo. Inmediatamente me trasladé a Illapel y alcancé a darle cristiana sepultura en el cementerio de ese pueblo. No pude traer los restos a Talca, donde la familia tiene mausoleo, porque el ferrocarril estaba interrumpido a causa del temporal de esos días. Esperamos que trascorra el plazo legal para traerlos.

Como él no se imaginaba su próxima muerte, no hay constan-

cia de que se preparara con la debida solemnidad; pero, sí, alcanzó a recibir los últimos auxilios religiosos, aunque en estado de semiinconsciencia, porque ya había entrado en la agonía. Parece que a la lesión del hígado se agregó una falla del corazón, que precipitó la muerte en pocos minutos».

III. EL CRÍTICO

Como se trata de un crítico, y de un crítico que lo fué hasta cuando no lo pretendía, no será inoportuno ver qué idea tenía de la crítica literaria quien con tanto acierto la practicó.

Una idea que no peca de halagüeña.

Oigámosle:

«Un crítico es un hombre que practica sistemáticamente el absurdo de hablar en términos de razón sobre obras de sensibilidad» (1).

«...Si se han descubierto en el mundo muchas cosas, no se ha descubierto aún un criterio de verdad estético, que nos permita, en cada caso dado, decir: esto es bello; aquello, no. La estética, al revés de las matemáticas, es la patria de la anarquía...

Estando las obras de arte dirigidas a la sensibilidad, y siendo ésta no sólo diferente en todos los hombres, sino variable en un mismo individuo, para llegar a la uniformidad del gusto, sería menester comenzar por uniformar las sensibilidades. No nos preguntemos si sería posible fundar la estética. Preguntémonos si sería posible modificar al hombre.

«...La crítica es un género de amena literatura como otro cualquiera... No hay que buscar en ella la personalidad del criticado, sino la del crítico... Cuando se habla del libro tal o del autor cual, este libro y este autor no son otra cosa que un pretexto, un salvador «a propósito» para que el crítico dé forma a su temperamento o a sus ideas, del mismo que un árbol puede ser

(1) *Reflexiones*, en el número 1,000 de *Zig-Zag*.

un pretexto para que un poeta manifieste su concepción del mundo» (2).

¿No es verdad que se creería estar leyendo una paráfrasis de aquello de Anatole France al frente de *La vie littéraire*: «Le bon critique est celui qui raconte les aventures de son ame au milieu des chefs d'œuvre?»

Al dar cuenta de los *Estudios de literatura chilena*, anota en don Pedro N. Cruz cualidades y modalidades que se podrían anotar al haber del mismo Astorquiza: sentido artístico, independencia, conocimiento de las obras criticadas, cultura, talento de escritor, livianura, don de agradar.

Y más adelante: «El crítico ha de comenzar, quieras que no, por hacer un acto de selección, de juicio, de preferencia. No hay crítica sin crítica... La crítica implica motivos de preferencia.

¿Cuáles son los motivos de preferencia del señor Cruz...? ¡Oh! Me parece que no son muchos, ni muy intrincados. Y el primero de todos, tal vez, sería éste: lo que se escribe para el público debe ser entretenido. El aburrimiento es, en literatura, el pecado que no se perdona, el pecado contra el Espíritu Santo. Otro sería éste: debe haber siempre composición, esto es, subordinación de los detalles a una idea central... Además, debe haber claridad, y corrección, y naturalidad. Evidentemente que por sobre todo, debe haber un punto de vista personal y propio, o, en una sola palabra, talento».

Y en otra parte:

«El crítico ideal sería aquél que hiciera obra de analista enamorado, que se ocupara exclusivamente de hombres y libros que han dejado huellas profundas en su sensibilidad o en su razón, que le han abierto nuevos horizontes, que ha venerado con la vehemencia y la ingenuidad del primer amor. Cuando, después de admirar, se propone comprender, desentrañar los motivos de su admiración, explicarse al autor, el origen de sus ideas, su

(2) *Qué es la crítica*, en *Juventud* de julio-agosto de 1919

manera de decir, ¡qué bien preparado estará para ello! La simpatía lo hará clarividente y su lenguaje será vivo, jugoso, humano» (1).

Eliodoro Astorquiza es un crítico tolerante.

Pero confiesa que le ha costado mucho el serlo.

Tiene verdadero miedo a los sectarios, aún (y acaso ante todo) a los sectarios de buena fe.

Porque:

«No existe—escribe a propósito de Calvino—idea más superficial, o propiamente, más falsa, que la idea volteriana de ver lo peligroso de un sectario en su hipocresía. Me parece, por el revés, que lo que hay de espantable y de temible en estos sujetos es su profunda sinceridad» (2).

Siente «una sensación de animosidad contra todo dogmatismo».

Al tratar del P. Ginebra (3); declara que el estudio de la filosofía tal como a él se la enseñaron, es contraproducente y constituye «la escuela del escepticismo más radical y absoluto».

(Sin embargo, el suyo probablemente ha tenido además algunas otras causas).

Es hombre que tiene poca fe en el raciocinio (4).

Siempre anda temiendo equivocarse.

Cree que la contradicción es algo inseparable de una persona que piense sinceramente (5).

Y tan lejos llega en su escepticismo, que a veces duda de su propia sinceridad.

«La dificultad para ser sincero está en que no se sabe cuándo se es insincero» (6).

(1) *Reflexiones literarias*, D. I., 19-XII-1926.

(2) *Hojas sueltas*, en la *Revista Chilena*, de don Enrique Matta Vial, tomo 4, junio de 1918.

(3) *Tres olvidados*, en la *Revista Chilena*, tomo 2, octubre de 1917.

(4) *Reflexiones en Lectura*, de Santiago, diciembre de 1922.

(5) *Ibidem*.

(6) *La actualidad literaria*. Zig-Zag, 20-IV-1920.

Piensa siempre por su cuenta.

Desprecia a los equilibristas quizá tanto como a los extremistas.

Y si a veces le toca no estar de acuerdo con nadie, qué hacerle: él no tiene la culpa, ni tampoco hay por qué inquietarse demasiado.

A pesar de su formación literaria decididamente francesa, como la de casi todos los escritores hispanoamericanos de la segunda mitad del siglo XIX, Astorquiza, siempre despierto, se ríe de esa misión providencial que, al decir de tanto francés farfante o ingenuo, «la Francia está llamada a desempeñar en favor de la Civilización (con mayúscula)» (1).

Una vez más lo salva su buen sentido crítico.

Por igual motivo, no es ningún idólatra insincero de lo que algunos todavía llaman, ahuecando la voz, obras maestras de la antigüedad.

Y es que, como decía Astorquiza en 1907:

«Somos mucho más aptos para comprender a los escritores modernos, y sobre todo a nuestros contemporáneos, que para comprender a los antiguos. Lo que nos toca más de cerca, lo que es de nuestra época, lo que está escrito y pensado y vivido como nosotros escribimos, pensamos y vivimos, tiene, a no dudarlo, un encanto que en vano trataríamos de hallar en los más grandes literatos de otros siglos. Tan cierto es esto, que se puede hacer la afirmación, a primera vista extraña, que en toda idolatría por lo «antiguo» hay un cierto prurito de «novedad» (2).

Y quince años más tarde:

«Por más que se haga, no se escribe sino para los contemporáneos. Si algunos libros se leen años y aún siglos después de escritos, es porque, para hacernos la ilusión de comprenderlos y de sentirlos, los actualizamos, atribuyéndoles a sus autores la men-

(1) Estudio sobre *La senda clara*, de Armando Donoso, en *Zig-Zag* del 28 de febrero de 1920.

(2) *Literatura Francesa*, págs. 9-10.

talidad de nuestros días. Toda obra del pasado pertenece a la erudición, no a la sensibilidad» (1).

Por fin, en cierto pasaje de los reparos a *La senda clara*, de Armando Donoso, declara Astorquiza que «no ha nacido el ser humano que tenga un gusto tan amplio, o mejor, una falta de gusto tal, que pueda saborear y comprender los estilos e ideas más opuestas».

Otra gran cualidad de Astorquiza como crítico es la manifestada en la confianza que voy a citar.

«No poco me ha costado en mi experiencia literaria desasirme de una inclinación que, a unos más, a otros menos, a todos nos domina: la de exigir de un autor que sea lo que no es. Hoy día los acepto como son, pidiéndoles tan sólo que, dentro de su manera, no sean vulgares» (2).

En materia de lenguaje, no es galiparlista, ni purista. Por lo menos eso nos indican los párrafos que dedicó en 1919 al *Diccionario de Chilenismos*, de don Manuel A. Román.

Y tres años después, añadía:

«El estilo correcto es, como la caballerosidad, como la limpieza, una cualidad negativa; se nota su ausencia, pero no su presencia. Escribir con corrección es necesario, pero no es suficiente» (3).

Sin ser un absolutista ideológico, tampoco es, Eliodoro Astorquiza, ningún demócrata ingenuo.

Porque:

«El que no experimenta simpatía por el pueblo, compasión por sus miserias, es una fiera; pero el que cree que el pueblo debe gobernar y deliberar, es un tonto...» (4).

Y porque:

«Hay algo peor que las esclavitudes (política, intelectual, etc.):

(1) *Reflexiones*, en *Lectura*, diciembre de 1922.

(2) *Ibidem*.

(3) *Ibidem*.

(4) *Reflexiones*, en *Zig-Zag*, número 1.000.

es la independencia, cuando no se está preparado para hacer uso de ella. Hay algo peor que ser amarrado para impedirle a uno que se lance al agua: y es ahogarse por no saber nadar» (1).

No se asusta ni pretende asustar a nadie con frases huecas.

No escribe por encargo, y cree que «un hombre que es capaz de escribir artículos o pronunciar discursos de propaganda es capaz de todo» (2).

Es enemigo de los cenáculos literarios, origen de tantas pequeñeces.

Considera «la pasión de la desigualdad» como algo indestructible.

Aunque de pasta francesa en mucho detalle, no es el suyo ese tono cortante que, por virtud de su yoísmo, suelen lucir tantos franceses.

No militó en política activa.

Sea como sea, si alguna vez siente preferencias determinadas, sus favorecidos son inevitablemente las minorías.

Aborrece las propagandas electorales, los rebaños, los concursos.

«Dos cosas—me decía en carta agradecida el 17 de octubre de 1927—me han impresionado de un modo particular en su hermoso artículo: *primo*, la simpatía, el afecto, de que está bañado y que lo ha inspirado; *secundo*, las expresiones que Ud. vierte sobre mi carácter. Me ha tocado Ud. en esto último el punto sensible. Porque,—si nunca me he creído escritor, ni capaz de serlo—en cambio, experimento cierta satisfacción (perdóneme la inmodestia) en ser independiente, rudo, fiel a mí mismo, impermeable a preocupaciones e intereses de cualquier orden,—un montañés vizcaíno, en suma».

Finalmente, a sus condiciones de tolerancia, instinto crítico de gran desarrollo, sinceridad, finura, aristocratismo artístico.

(1) *Reflexiones*, en *Zig-Zag*, número 1.000.

(2) *Ibidem*.

buen criterio, independencia y gran amplitud, hay que agregar sus muchas y variadas lecturas (aunque se enoje Gilko Orellana; ¿y quién era Gilko Orellana?), su tono liviano, a veces sonriente, su franqueza, su buen sentido y esa mente lúcida y clara que, después de pensar las ideas serenamente, halla la manera de expresarlas con claridad y en una forma correcta y amena.

Además, Eliodoro Astorquiza es un crítico que lee y relee aquello de que después habla o escribe.

(Y acaso no sean muchos los que pudieran hacer la misma declaración).

Cerremos estas notas con algunas observaciones de su hermano Octavio en la carta ya citada:

«Eliodoro fué, tal vez, víctima, durante su vida, de su *sentido crítico* exageradamente desarrollado. Percibía, en todo lo que veía o leía, el lado defectuoso, más fácilmente que la cualidad. O, si percibía ambas cosas con igual exactitud, se impresionaba más con lo defectuoso. Esta *posición intelectual* conduce a la misantropía, al aislamiento, y hace la desgracia del que la adopta. No puede tener muchos amigos, no puede formar un hogar, no puede sentirse cómodo en parte alguna, porque siempre está viendo la falla del hombre o la mujer que tiene delante de sí. Conviene ser un poco ciego, en la vida, para ser feliz, y Eliodoro tenía una vista de lince, intelectualmente hablando. Además, su gusto literario lo hacía complacerse tal vez demasiado en todo lo que fuera *ingenioso*, aunque no fuera muy *verdadero*, ni muy *bueno*. Una frase fina, un bonito juego de palabras, una idea novedosa, lo convencían más que el más sólido argumento. De aquí que solía no tomar en serio las cosas serias, y daba demasiada importancia a la forma. Hasta en asuntos religiosos, me imagino que postergó lo fundamental por la superficialidad literaria».

Finalmente una hipótesis. Su sentido crítico hipertrofiado, ¿no tendría algo que ver con una posible ascendencia judía? ¿Cuál es el origen de ese Líbano en Vasconia? Y aun suponiendo

que ese Líbano no tenga nada de sospechoso, y sin recurrir para nada a las ideas de Cejador, ¿no decía hace poco Urabayen que «vascones y judíos se parecen un poco más de la cuenta?»

IV. IDEARIO

El arte de escribir.

«...No se puede pensar sin palabras. ¿Qué manera hay entonces de separar el pensamiento de la expresión? ¿Cómo distinguir lo que se piensa de las palabras que se emplean para enunciarlo, si estas palabras son el pensamiento mismo? Con igual exactitud con que suele repetirse que la palabra ha sido dada al hombre para expresar lo que piensa, puede afirmarse que le ha sido dada para pensar lo que expresa...

De la identidad del fondo y de la forma se deducen infinitas consecuencias, cuya enumeración y desarrollo no cabrían en un artículo de diario y de las cuales me limitaré a señalar algunas:

1.º *No existen correcciones de forma...*

Las correcciones, en suma, son tentativas para coger la idea que se vislumbra y separarla de las ideas similares con que está confundida...

2.º *La facilidad para escribir no existe...* Redactar sin tropiezos lo que ya se tiene pensado no puede llamarse facilidad; el verdadero trabajo está hecho; lo que resta es trasladar mecánicamente al papel las palabras que el cerebro dicta...

3.º *No hay obras mal escritas...* Sólo hay obras mal pensadas.

4.º *No cabe decir de una obra que se celebra su forma, pero no se acepta su fondo...*

5.º *No existe el plagio.* Sería menester para ello que el plagiario copiara literalmente al plagiado...

6.º *La diferencia entre un escritor excelente y uno mediocre es que el primero piensa claro y ve hondo y el segundo no...*

Todo esto se resume diciendo que el arte de escribir no es sino el arte, o, si se quiere, el don y la práctica de pensar, y que cuantos

libros pretenden dar a conocer aquel supuesto arte incurren en la más pueril de las ilusiones» (1).

Lo concreto, lo particular.

«El uso del adjetivo concreto, visto, sentido y vivido: he ahí lo que distingue al verdadero artista literario del que no lo es. Acabo de hojear un libro de versos en que un presunto poeta habla, muy satisfecho, del jardín *ameno*, de la noche *umbría*, de unos ojos *bellos*, de hermosura *peregrina*, de *mágicos* encantos. Se les creería versos de un ciego que hablara sobre objetos que sólo conoce de oídas» (2).

«Lo único distinguido, a mi juicio, en un novelista, es ver claro y hondo en el mundo exterior y en los sentimientos humanos, en lo concreto y no en lo abstracto, en lo particular y no en lo general, en suma, en lo único que este limitado cerebro humano es capaz de ver claro» (3).

La chilenidad literaria.

Fué uno de los temas que más trató, o rozó, en su último período, en 1931, especialmente en dos artículos publicados en *El Diario Ilustrado* los domingos 15 y 22 de marzo.

«Existe en nuestro país un numeroso grupo de novelistas y de cuentistas cuya ambición es hacer sólo obra «netamente chilena». ¿Qué significan estas palabras?...

... Parece que donde la chilenidad se manifiesta de un modo más notable es en el bajo pueblo, especialmente en el campesino, y de ahí que los autores de que me ocupo vienen, desde hace años, inundando el país con cuentos y novelas en que aparecen casi exclusivamente personajes de poncho y de ojotas, cuyo lenguaje es reproducido con esmero de exactitud...

(1) *¿Existe el arte de escribir?* D. I. 26-XII-1926.

(2) *Notas de Lecturas*, D. I., 29-III-1931.

(3) *Valparaíso, la ciudad del viento*, D. I., 24-I-1932.

A juzgar por los actores de sus relatos, uno llegaría a sospechar que la chilenidad consistiría en no saber leer, ni escribir, ni hablar, ni lavarse las manos.

Y bien, digámoslo redondamente: la humanidad, en el fondo, es igual en todas partes. Los sentimientos, los intereses y las pasiones que mueven a los hombres son y han sido idénticos en todas las épocas, en todas las latitudes, en todos los pueblos y en todas las lenguas.

Si ciertas apariencias producen la impresión de desmentir esta gran verdad, si parece que existieran un alma rusa y un alma inglesa, si parece que una novela de Tolstoy trazara tipos humanos radicalmente diversos de los de una de Dickens, ello se debe, en primer lugar, a la lengua. Un personaje se llama Iván Petrovich: ¡oh, qué ruso es esto!, decimos. En cambio otro se llama John Underwood. ¡Qué cosa tan inglesa!, pensamos.

Se debe, en seguida, al paisaje, que, naturalmente, no es el mismo en las diversas naciones, y, por consiguiente, no puede ser el mismo en las novelas de los diversos países...

Se debe, por último, a las costumbres: no son idénticas las de un noruego a las de un ecuatoriano...

Pero lengua, naturaleza, costumbres (lo variable, lo nacional) son apariencias superficiales e insignificantes. Lo que importa, el fondo, el corazón humano, es universal, y es este fondo el que todo escritor verdaderamente digno de este nombre debe esforzarse por descubrir y penetrar...

Dar la nota propia no es acumular particularidades locales. Cuando se habla de que un pueblo ya posee una literatura nacional, lo que se debe entender es que ya ha producido escritores de un valer suficiente para analizar el alma humana con una hondura y una claridad que los hacen ser comprendidos y celebrados por todos los hombres de todas las razas. La Rusia tuvo una literatura nacional cuando aparecieron genios como Gogol, Dostoiewski y Tolstoy, que hablaron un lenguaje universal. De cualquiera otra literatura puede expresarse otro tanto. En

suma, en vez de *literatura nacional*, debería decirse *nacionalidad literaria*, y se puede y debe decir de un pueblo que tiene nacionalidad literaria cuando han surgido en él grandes escritores, aunque la acción de ninguna de sus obras se desarrolle siquiera en el territorio de ese pueblo, ni figuran en ellas nativos de éste.

Se necesita una capacidad de ilusión extraordinaria para creer que se escribe literatura chilena; original, inconfundible, digna de ser traducida a todas las lenguas, porque los personajes se llamen ño Peiro o ña Peta, o porque pronuncian «ei ta»; en vez de «ahí está» (1).

«Asistimos a un teatro. Se levanta el telón. Vemos el Cerro Santa Lucía, y, tras éste, la Cordillera de los Andes. Estamos en Chile, y en Santiago. Atraviesa las tablas un individuo que lleva un canasto y un farol y que grita: ¡tortillas buenas! He aquí un rasgo de costumbres nacionales. Luego aparecen dos sujetos que se tratan de «ñatocos» y que comienzan a pelar al Gobierno: no hay duda, son chilenos. Tenemos paisajes, costumbres y personajes criollos. Con eso logramos saber dónde ocurren las cosas, y la precisión con que lo sabemos nos inclina a creer que lo que vamos a presenciar es realidad. Sólo hasta aquí llega lo chileno. En cuanto a lo esencial, esto es, al juego de las pasiones humanas, no puede, de ningún modo, serlo, y si, por milagro, lo fuese, sería ininteligible para todo mortal que no fuera hijo de «la copia feliz del edén»...

No existen, en suma, «asuntos» chilenos, ni franceses, ni rusos. Existen sentimientos humanos—odios, amores, ambiciones, etc.—que se producen en Chile, en Francia o en Rusia. Lo demás es tomar el escenario por la pieza» (2).

Sus escritores chilenos.

En el artículo titulado *Una nueva Academia*, publicado en

(1) D. I., 15-III-1931.

(2) D. I., 22-III-1931.

El Diario Ilustrado del 27 de marzo de 1927, declara que él habría elegido los diez siguientes: don Pedro N. Cruz, Hernán Díaz Arrieta, Mariano Latorre, Alberto Edwards, Daniel de la Vega, Eduardo Barrios, Marta Brunet, Diego Dublé Urrutia, Pedro Prado, Jenaro Prieto.

Y en *¿Ha habido poetas en Chile?*, de cuatro años más tarde (D. I., 5-IV-1931) hay varias visiones de conjunto, bastante utilizables.

«En el espacio de tiempo comprendido entre la Independencia y la Revolución del 91, sólo tres géneros se cultivaron con aplicación y brillantez: la historia, la literatura política y la novela.

Se pueden hacer reparos de diversa índole a Barros Arana, a Vicuña Mackenna, a Miguel Luis Amunátegui, a Sotomayor Valdés... Pero cada uno de ellos deja cierto número de volúmenes que siempre se leerán con agrado y con beneficio.

En la literatura de índole política, existen en ese período personajes como Lastarria, Ambrosio Montt Luco, los Arteaga Alemparte, Zorobabel Rodríguez, Isidoro Errázuriz, que han escrito páginas de primer orden. Y debe recordarse que uno de ellos, Ambrosio Montt, es, con seguridad, el más fino artífice de la frase castellana que ha habido en Chile y aún en América.

La novela tiene un solo representante de nota: Alberto Blest Gana; pero vale por muchos... Se hace leer: elogio que los resume todos.

La poesía, en el período de que estoy hablando, no existe...

Después de la Revolución del 91 cambia el panorama de las letras... Pasan a primer término dos géneros antes nulos: la poesía y el cuento.

Hubo primero un amanecer, una claridad, una vislumbre de poesía, porque en la literatura, como en todo, nada llega de golpe a la madurez. Pedro Antonio González fué el precursor de los tiempos nuevos. La suya no es aún la poesía «en sí», la poesía pura: algo de oratoria la enturbia; pero se aproxima a ella...

En el desarrollo de la lírica chilena, atribuyo una importancia

grandísima a un poeta hoy día algo olvidado: a Diego Dublé Urrutia... La introducción del paisaje, del «color local» en nuestra poesía, no de un paisaje convencional, del cual ya había antecedentes, sino de uno visto, vivido, y, hasta diría, sufrido...

Vinieron en seguida otros excelentes poetas: Manuel Magallanes Moure, Carlos Mondaca, Luis Felipe Contardo, Jorge González Bastías, Víctor Domingo Silva, Pedro Prado, Daniel de la Vega.

En 1913 se reveló al público Gabriela Mistral... es la figura más imponente de la poesía chilena...

Creo difícil que un hombre medianamente dotado de cultura y de sentimiento, no perciba lo que hay de nuevo, de atrevido, de único en esta mujer».

Todavía se podrían recoger algunas reverencias a Pérez Rosales, a Joaquín Edwards, autor de *Valparaíso*; y a algunos más, no muchos...

El hombre de chispa.

Que apreciaba la chispa, el *esprit*, lo demostró en muchas ocasiones. Recuérdense, entre otros testimonios, el artículo sobre Rivarol y aquel final sobre Riquelme: «Un chispeante «chroniqueur» del pasado y del presente: eso fué Daniel Riquelme. No es mucho, ni le da títulos para colocarlo al lado de los grandes artistas literarios. Pero en un país donde el «esprit» escasea terriblemente, es algo y aún algos, como decía Sancho...»

Y viniendo a la práctica, la cosecha del espigador podría ser muy abundante. Contentémonos con algunas muestras dispersas:

«Por desgracia, ésta (la crítica) ha hecho tan poco caso del premio como de las afirmaciones del prologuista y ha encontrado que no hay en *La musa cruel* más psicología de la que puede haber en una novela de Paul de Kock. La crítica nunca está satisfecha. En cambio, el señor Yáñez Silva está completamente sa-

tisfecho de su obra y la estima como la mejor que ha producido hasta ahora» (1).

«Es preciso convencerse de la utilidad de los libros: un buen diccionario enciclopédico es irremplazable para cargar pantalones por la raya; una novela, debajo del brazo, en la costa, permite hacer presumir que uno no se ha sentado en una roca simplemente a mirar el océano, lo que podría parecer un poco tonto» (2).

«Comience por educar al acreedor; hay que decirle: sea discreto. Si usted divulga que yo le debo, el perjudicado es usted mismo, porque de ese modo mata mi crédito, y no encontraré quien me preste dinero para pagarle a usted» (3).

«Don Angel C. Espejo se jacta de que el psicólogo francés Dumas lo estima el primer ironista de América, opinión tanto más autorizada cuanto que puede asegurarse que el señor Dumas conoce perfectamente la literatura americana» (4).

Reléanse, además, artículos como los consagrados a *Un apóstol*; a la *Literatura* de don Samuel A. Lillo; a *Bajo la lente*, de Eugenio Labarca, etc.

V. PAPELES INÉDITOS

¿Qué inéditos deja Astorquiza?

Su hermano Octavio me escribía en su carta del 17 de junio:

«A causa de su enfermedad, Eliodoro no podía trabajar bien. Tanto en La Serena como en Illapel se dedicaba únicamente a atender algunos juicios, que le daban lo suficiente para vivir. No tenía ánimo para hacer obra literaria. Entre sus papeles no se encuentra nada de interés, salvo ligeros apuntes. Le mando

(1) *Zig-Zag*, 3-I-1920.

(2) *Diario Ilustrado*, 19-XII-1926.

(3) *Diario Ilustrado*, 12-XII-1926.

(4) *Diario Ilustrado*, 13-III-1927.

una muestra de estos apuntes. Espero sacar en limpio otros, más tarde, y posiblemente los mande al «*Diario Ilustrado*», después de seleccionarlos. No es posible publicar *todo* lo que él estampó en la intimidad, sin propósito de publicidad».

Sin embargo, en carta del 17 de octubre de 1927, ya citada, me decía el crítico:

«Yo tengo, desde hace tiempo, una serie de apuntes sobre historia de la filosofía, que, desarrollados y aclarados, podrían constituir algo así como a *Iniciación filosófica* de Faguet, publicada en la colección de las *Iniciaciones* de la casa Hachette. (Mi plan, por lo demás, es enteramente diverso del de Faguet). Le digo esto para el efecto de que, si alguien estimula a Nascimento u otro editor a editar una colección análoga a la de Hachette, se sepa que hay alguien que está atragantado con unos papeles sobre filosofía y quiere salir de ellos...»

Copio algunas de las muestras de las notas transmitidas por Octavio Astorquiza:

«Decir de las mujeres que son superficiales, inconstantes, artificiosas, es expresar una verdad manifiesta. Sólo que lo mismo podría decirse de los hombres.

No hay, es claro, amores eternos; pero no existe el amor sino cuando se lo cree eterno.

Los hombres no ven jamás vulgares a sus semejantes, ni en lo bueno ni en lo malo. De un pobre individuo que se embriaga de cuando en cuando, dirán que pasa en una orgía desenfrenada y constante. De un sujeto que le perdonó una pequeña deuda a una viuda, dirán que sus actos de filantropía son tan incontables como secretos.

Estilo de Taine: el estilo que se quisiera tener para escribir y que no se desea para leer. Inspira admiración por su densidad, por su brillo, por su vigor: es propio de un cerebro fuerte, tan

lleno de hechos como de capacidad para coordinarlos. Pero es cegador y fatigoso: exige demasiada atención.

Renán pasaba en su tiempo por ser la más extrema y disolvente expresión del escepticismo. Hoy día nos produce el efecto de un dogmático. ¡Creía en la Verdad y—lo que ahora nos parece risible—creía en la Ciencia! Esto es, en la ciencia como se la concebía entonces, en la Ciencia con mayúscula, en la que iba a revelarnos a corto plazo todos los misterios del universo y algunos más».

SEÑALES

Programa

□ En esta sección, que hoy se inicia con el propósito de mantenerse atenta, con los ojos bien abiertos a las señales de afuera, se trata de dar un resumen de los hechos literarios, artísticos y sociales (en el buen sentido de la palabra), que acontecen por las zonas alejadas del mundo en que vivimos, pero que presentan un indudable interés para nosotros. Y más que referir el acontecimiento literario puro o acumular titulares de nuevas obras, se procurará relacionar el hecho importante con sus consecuencias intelectuales. Exponer la reacción del medio que nos interesa, ante los sucesos que se producen en la vida. No es necesario descender a más pormenores de programa. El contenido de la sección irá demostrando su finalidad.

Stavisky

□ No han sido los diarios, las revistas sensacionales, con sus informaciones, los únicos preocupados del asunto Stavisky. Hemos hablado en el párrafo anterior de la «reacción del medio que nos interesa». Entre los escritores y pensadores de todo el mundo y, principalmente, de Francia, el escándalo financiero y sus consecuencias—ese ya célebre 6 de febrero, en París, con sus salpicaduras políticas—ha producido un movimiento de sumo interés. Esperamos comentar en una próxima entrega, el libro matriz para el conocimiento íntimo de Alejandro Stavisky: el de

Joseph Kessel, subtulado «L'homme que j'ai connu». Por ahora, nos limitaremos a entresacar algunos comentarios, con la brevedad que el método expositivo nos exige.

Jean Guerin empieza por reconocer calidades especialísimas al asunto. «Panamá tuvo un pretexto. Stavisky, no. Esto es el escándalo puro, que parece estar hecho para dar razón, (a quién?) A Karl Marx, a Hitler, a Charles Maurras, a la vez. Mal momento para la República. «El gran enemigo de las repúblicas—decía Benda—es Montesquieu. Este ha escrito, en alguna parte, que la democracia se funda en la virtud».

Y concluye: «El más grave de los escándalos está en la negligencia, en la blandura, en el abandono universal. Los violentos echan, hoy día, leña al fuego para conseguir algunas cabezas culpables. ¿Sería de desear que las consiguieran? ¿No se dormirían ellos mismos en la ilusión de que todo había vuelto a entrar en orden?». . . Hasta aquí Jean Guerin.

Sobreviene el día 6 de febrero. París se levanta. Muertos y heridos. El imperio del nuevo Alejandro (signo y decadencia), termina en revuelta. La tropa defiende a los diputados. . . ¿A los diputados? . . . La tropa no sabe a quién defiende. Dispara, por disparar, como casi siempre. Julien Benda, sutil y profundo, como no ha dejado de serlo, escribe sobre los conflictos de la multitud y los soldados. Espiguemos en algunos párrafos:

«He aquí una muchedumbre que ataca a un escuadrón de dragones, encargado del orden. El escuadrón previene a la muchedumbre (a la foule, que quizá tiene más expresión la palabra francesa) que, si ella continúa, tendrá que defenderse. La muchedumbre continúa. El escuadrón se defiende. ¿Quién es el responsable de la sangre derramada? Me parece que es la multitud. De ninguna manera el escuadrón. Todo se aclara si se penetra en el alma de la multitud. Su idea es que el movimiento es justo solamente porque proviene de la multitud. Eso está en el orden necesario del mundo. Vox pópuli, vox Dei. . . La multitud, en su combate con la tropa, usa de todos los medios

de hacer daño que encuentra a mano, que no carecen de alguna eficacia: garrotes, pedazos de verja, fondos de botellas... Cuando la tropa usa de sus medios, la multitud grita: «Cobardes, que disparáis sobre débiles sin defensa!» Es la misma indignación que siente la mujer contra el hombre a quien lleva una hora insultando y acometiendo y que la echa del cuarto a viva fuerza. La misma indignación de la Iglesia contra el Estado, al cual causa todo el mal que puede, hasta el día en que el Estado decide reventarla. Esta indignación encuentra, generalmente, la aprobación del público, estando constituida el alma humana de tal manera, que toma siempre el partido del débil violentado, aunque haya merecido la violencia. El débil que comienza una lucha contra el fuerte, tiene una inmensa ventaja: si pierde, sus vencedores son odiosos»...

Y más adelante coloca Julien Benda, esta indirecta, de fácil aplicación para el lector: «Meditación de un jefe, la mañana del 6 de febrero: Ahora lanzo a mis juventudes al asalto del régimen. Si ganan, ¡qué importa que me maten mil hombres! El aniquilamiento de la «despreciable» bien vale aquéllo. Si pierden, y me matan solamente uno, amotino a toda Francia contra este régimen sangriento. En los dos casos, un excelente negocio».

Benda conoce a la humanidad, no cabe duda. Copia la anécdota siguiente: Un recuerdo de Lachelier. Le explicaba un alumno, en el patio del colegio, que los republicanos pensaban tal cosa, que los socialistas pensaban esto otro, que los conservadores, por su parte, pensaban...

—Es Ud. muy joven, señor. Muy poca gente piensa...

Tales opiniones parecen establecer una posición cerrada frente a ciertas actitudes. No hay tal cosa. Julien Benda ha firmado, con otros más, el titulado «Appel aux travailleurs», que Ramón Fernández comunica a «La Nouvelle Revue Française». (Conviene saber que Ramón Fernández había publicado, días antes de este manifiesto, una carta a André Gide, mostrándole aquellos puntos en que no está conforme con el comunismo).

Esa llamada a los trabajadores es una consecuencia del temporal político que ha conmovido a los franceses. Entre las firmas, Alain, Benda, Breton, Cassou, Fargue, Fernández, Gide, Bloch, Romain Rolland, Vildrac, Lalou. La responsabilidad del manifiesto ha sido tomada por el presidente y los dos vicepresidentes del comité antifascista: Alain, Paul Langevin y Paul Rivet.

Sólo transcribiremos el primer párrafo del documento:

«Unidos, por encima de toda divergencia, ante el espectáculo de las manifestaciones fascistas de París y de la resistencia popular que, por sí sola, se ha encarado con ellas, declaramos a todos los trabajadores, camaradas nuestros, la resolución de luchar, unidos a ellos, para salvar contra una dictadura fascista, cuánto el pueblo ha conquistado de derechos y libertades públicas. Estamos dispuestos a sacrificarlo todo para evitar que Francia sea sometida a un régimen de miseria y de tiranía belicosas. Condenamos la innoble corrupción que han mostrado los recientes escándalos».

Y un poco más adelante:

«No dejaremos a la oligarquía financiera explotar, como en Alemania, el descontento de las masas arruinadas por ella»...

Este manifiesto ha originado un comité de acción y un boletín semanal, para instruir a las masas que el fascismo quiere seducir: media y pequeña burguesía, agricultores, hombres sin trabajo, jóvenes...

Las palabras subrayadas están exactamente traducidas.

Mauriac, Académico

□ Hace algunos meses que se verificó la recepción solemne del autor de «Therese Desquéroux» en la Academia Francesa. Los datos sobre la sesión y el contenido de los discursos no llegaron hasta mucho después a nuestras manos. El acontecimiento merece una detención atenta. El nuevo Académico reemplaza a

Eugene Brioux. Sus padrinos de entrada son Henry Bordeaux y Paul Valery. Curiosa coincidencia, la de substituir a Brioux y la de tener que ensalzar, como es costumbre, en su discurso de entrada, al predecesor de quien tanta distancia ideológica le separaba. Pero para los ingenios hay pocas dificultades. Mauriac encaminó su discurso por un derrotero que no desmereció de la curiosidad con que todos esperaban su palabra. Eugene Brioux, fué librepensador; demostró, en más de una ocasión, su ateísmo. Pero, Mauriac, supo encontrar en el alma generosa del autor de «Les Avariés», algo así como un cristiano que se ignoraba a sí mismo en su virtud, un apóstol que vivió una existencia llena de caridad, siendo, al final de su vida, el ángel de los soldados ciegos de la gran guerra.

Analizó después el teatro de Brioux en su aspecto social, estableciendo sutiles deducciones sobre el arte dramático: «Que si el más desinteresado en apariencia, el más poético, se dirige directamente a la multitud para no enseñarle nada de positivo y no aportarle ninguna luz... no puede, por otra parte, servir a la humanidad, sino siendo fiel a su propio fin, que es la ciencia del hombre». El espíritu profundo de Brioux, no se manifestó con tanta frecuencia en sus dramas, aparentemente superficiales a veces, «por su deseo de auxiliar al más necesitado, de obtener resultados inmediatos y tangibles para paliar o disminuir ciertas miserias manifiestas».

Le contestó André Chaumeix. Al principio de su discurso, con cierta malicia suave, creyó necesario manifestar su disconformidad con el retrato que de Brioux acababa de trazar el nuevo inmortal. Brioux, a través de las palabras de Mauriac, más se asemejaba a un héroe del propio novelista que a lo que fué realmente, para los ojos de Chaumeix: «Un novelista, cuando cultiva la fantasía de hacerse crítico por un tiempo, no deja de ser siempre un hombre de imaginación». El Brioux que Francois Mauriac había pintado, era una creación (para el receptor Chaumeix) tan moriaciana como Teresa Desqueyroux o la familia

Frontenac. Después, analizando la obra del recipiendario, se mostró, dentro de la más correcta actitud académica, como un adversario manifiesto: «A veces sois un frenético... Atormentáis al cristiano... Sois el gran maestro de la amargura»... Pequeños disparos, flechitas aguzadas, lanzadas con maestría.

Gobineau

□ Lo que son las cosas!... Quién iba a decir!... Frases de este jaez se ocurren al ver que Hitler ha retrotraído la atención intelectual hacia el Conde de Gobineau. Hitler o su portavoz intelectual, Spengler. Tampoco íbamos a imaginar esto último, pero... lo que son las cosas!

Casi al mismo tiempo se publican varias obras sobre el casi olvidado escritor, que renace a la actualidad. Primero, Clement Serpeille de Gobineau publica la correspondencia entre Gobineau y Prokesch. Antón Prokesch era un oficial austríaco que representando a su país en la Dieta Germánica de Francfort, encontró al conde que en aquella sazón era secretario de la legación de Francia. Se había publicado, muy poco antes, la primera parte del «Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas». Prokesch no podía imaginar que un jovenzuelo como aquél hubiese escrito semejante obra. Se hicieron amigos. Después la diplomacia los alejó. Prokesch fué siempre un animador del amigo lejano. Gobineau era un hombre fácil a la desesperación y a la desgana: «Cuando considero—le escribía—lo que he conseguido con tanto trabajo y energía gastados, tengo la tentación de echarme por tierra y de no hacer ni un solo esfuerzo más». Y Prokesch le contestaba: «Tenéis la universalidad de un Miguel Angel. No me extraña que seáis a un tiempo escultor, pintor, historiador, filósofo, hombre de mundo y de ciencia. Dios os hizo así. No os enorgullezcáis». Pero, Gobineau, sin enorgullecerse, trabajaba sin esperanza, sin pretender que le entendieran fácilmente. Su triunfo actual, tal vez más intenso que el que le

concedieron sus contemporáneos, muestra a las claras la interesante figura, si bien discutible, de aquel gentil hombre solitario, por encima de sus menesteres mundanos y políticos.

Arthur de Gobineau nació el 14 de julio de 1816 en Ville-d'Avray, cerca de París. Viajó desde pequeño, primero con su madre, después con su profesor, más tarde por motivo de sus deberes diplomáticos. Establecido modestamente en París, comenzó a colaborar en los periódicos. Adquirió en sus estudios una extensa cultura. En 1853 publica, en casa de Firmin Didot, la primera parte de su célebre «Ensayo». En 1855, en la misma editorial, completa la obra. Más tarde, da a luz libros tan diversos como numerosos: «Tres años en Asia»; «Las religiones y la filosofía en el Asia Central»; «Novelas Asiáticas»; y otras novelas. Traducido, comentado, con numerosos discípulos, muere el año 1882, después de una estancia en Bayreuth con Ricardo Wagner.

Hemos dicho antes, quizá un tanto aprisa, que el Conde de Gobineau ha renacido en su interés. Sin duda, éste se aumenta en la actualidad, pero no podemos negar que el movimiento llamado *gobinista*, se desarrolló constantemente, sobre todo en Alemania. Un poco después, el interés se transmitió a Francia. Robert Dreyfus fué uno de los capitanes de este movimiento. El encabeza, con un curioso y notable trabajo, el número extraordinario que la «Nouvelle Revue» dedica a Gobineau y el *gobinismo*, en el que figuran Halevy, Cocteau, Alain, Thibaudet, Kaiserling, Abel Bonnard y Bernard Fay, entre otros. Un interesante y completo panorama sobre la obra y la vida del primer ensalzador del arianismo.

Hay concordancias fatales, pero que no dejan de ser concordancias. Y a las que hay que mirar con todo el interés que tienen por su relación con los tiempos que se están viviendo.

Algunos libros

- Interesante colección epistolar forma el volumen titulado «Cartas de Frédéric Chopin», recogidas por Henry Opiensky. Encierra el tomo todas las cartas conocidas del gran músico y algunas inéditas.
- Genevieve Fauconier ha obtenido el Premio «Fémina» con su novela «Claude». La historia de una muchacha que se casa con un campesino, del que tiene varios hijos, para darse cuenta después, de que ama a Philippe, un amigo de la infancia. Pero renuncia a todo y permanece frente a los duros terrones del campo. Un ambiente rural y unas figuras delineadas con exactitud y gran calor humano.
- El ruso-francés André Levinson, muerto recientemente, publicó poco antes de su desaparición un estudio inmejorable sobre la danza. Completo y al día. Con una excelente información y—lo que es mejor—con un estudio profundo de la estética del baile. Primero, las danzas clásicas, que para Levinson conservan todo su prestigio. Después, sin quitar importancia a otras manifestaciones, los bailes rusos: Nijinsky, Lifar. Los españoles: Argentina, Escudero... Hasta llegar al music-hall y al baile popular.
- Duhamel continúa con los Pasquier. Primero fué «Le Notaire du Havre». Ahora, «Le jardin des bêtes sauvages». Laurent Pasquier, que era un niño en el primer volumen, es en el Jardin un muchacho que nace a los primeros choques con la vida. Con la vida familiar, principalmente.
- Mabel Dodge-Luhan, publica su «Vida con D. H. Lawrence, en Nuevo-Méjico». De este libro se ha dicho: «Cuando un hombre ha conseguido acaparar a un gran hombre cualquiera, no se contenta con envenenarle la existencia durante algunos años. Es necesario, además, que se enorgullezca de haberlo hecho».
- Se han traducido al francés «Le Proces», de Franz Kafka,

y «Don Segundo Sombra», de Ricardo Güiraldes. Al español, «Santuario», de William Faulkner.

□ Marguerite Steen, con su novela «Matador», ha conseguido la elección de la Book Society, de Londres, para el mes pasado. Es una novela española, un tanto caprichosa a ratos, inicial de una trilogía sobre temas hispanos que proyecta la autora.

□ Godfrey Winn ha sido el otro éxito reciente de Inglaterra, con su «Fly away, youth». Es la novela de un joven novelista. Un hombre de cierta preocupación artística pura, mezclada con un arrivismo desenfrenado que pugna por dominar. Cecil Roberts, el crítico de «The Sphere», se queja de que este libro es «una larga historia, con un corto tema y poca gente». Pero reconoce el gran caudal psicológico que pone el autor—joven asimismo—en sus escasos personajes.

Otras señales

□ Se ha rumoreado una nueva conversión de André Gide. Una salida del comunismo hacia quién sabe dónde. Parece que los más interesados en demostrarla han sido los de «Europe», «Candide» y «L'Action Francaise». Algún fiel discípulo se ha encargado de desmentir esas afirmaciones, mejor dicho, esas probables insinuaciones. Sin que juzguemos mal la variación, aunque sabemos que Gide dice: «Yo no cambio, yo voy siempre delante de mí mismo»; aunque creemos que el ideal es ser «voluble en lo permanente», sobre todo para un artista, no nos extrañaría nada...

□ León Daudet se ha lanzado. Con todo su talento y con toda su capacidad para inventar palabras desagradables. Los días álgidos del asunto Stavisky, los momentos de revuelta., eran acompañados siempre por algunos artículos vibrantes de «L'Action Francaise», llenos de pimienta, de sal, de pedradas y, a veces, de pus y de porquería. No cabe duda que es un polemista brutal. En los dos sentidos de la palabra brutal: en el primigenio y

en el que usan las chicas elegantes. Unas letanías, en verso, contra el ministerio Daladier, merecen ser leídas. Recuerdan a Villon. Si no fuera porque León Daudet sabe dónde ha de dormir, sabe dónde tiene su mesa, dentro de la odiada desmoralización de la «gueuse», diríamos que las letanías eran, sencillamente, un modelo de sátira política y una valentía extraordinaria. Nos quedamos nada más que en lo primero.

□ Han desaparecido, recientemente, el gran escritor alemán Stefan George. El filósofo francés Emile Meyerson. El gran actor Fermín Gemier. El editor Delagrave. Y el ensayista Arnaud Dandieu.

□ En la Academia española fué recibido el doctor Gregorio Marañón. Merecido título, que honrará en mucho a la institución, ya de suyo muy renovada en los últimos años, corregida de aquel «recomendacionismo» que padecía, y en el cual se basaban para recibir, como académicos, a cualesquiera pelafustanes que habían publicado un drama de tesis. La figura de Marañón, genial, tan representativa, tan aparte de toda desviación cotidiana de politiquería y rodeada del prestigio de todos en su madurez prometedora es, quizá, hoy día, la más certera figura de la España actual. Como Unamuno fué la del principio de siglo y Ortega la de los años de la guerra y los inmediatos siguientes. No por su calidad representativa, comprendamos, sino por su magisterio. No porque representaran el tipo medio, sino por su posición señera, digna de ser considerada como la más elocuente y segura.

Junio

□ Allá lejos, calor y playas amarillas. Triunfo del sol y del agua. Aquí, nublados, anuncios de tempestades. Todo se compensa. Cuando llegue para ellos la navidad helada y al árbol de Noel le salgan cristales de escarcha, nosotros estaremos al fresco nocturno de un estío limpio, escuchando el calmoso ruido del

mar. Junio tiene en el centro de su frente, una línea que baja por el sillón naso-labial y parte en dos mitades el año. Comienza el descenso. Hasta hoy el 1934 nos parecía largo todavía. Desde hoy, veremos como se acorta, como se precipita esa época en que nos equivocamos de número final, al poner la fecha en las cartas. Mientras tanto, un hombre sigue inclinado sobre la tierra, otro sobre una mesa, el de más allá, bajo el peso de un fardo o de una carga difícil de transportar. Y a todos hay una mujer que les sonríe. Y si alguno no la encuentra, esta sonrisa, que deje la tierra y el fardo y el pupitre. Junio, espinazo del año, puede ser también un motivo para decir: «Medio año nuevo, media vida nueva».—JOAN DE SELVAS.

LOS LIBROS

HIJUNA . . . , por *Carlos Sepúlveda Leyton*,

Es arriesgado hablar de novelas nacionales. Se hace necesario rodear el tema a fin de no comprometerse demasiado, o caemos en el lugar común irresponsable o hablamos de otra cosa que de la novela. Sin embargo hay que convenir en que es un género que, va creciendo, desarrollándose, con lentitud tal vez, pero seguramente,

Yo no creo, en particular, que la obra de arte se produzca por generación espontánea. Seguramente ella viene dando pasos desde muy lejos, a través de muchos libros inadvertidos u olvidados, empujada por la labor anónima de otros trabajadores, alimentada por el ardor de otras vidas. De este modo podría hacerse la genealogía rigurosa de todos los grandes libros.

La novela nacional, de cuya existencia se habla de vez en cuando como de lo único concreto suyo, no se producirá entre nosotros sino cuando su recorrido pre-natal esté terminado, cuando existan respirando todos los elementos orgánicos que han de constituirla.

Un paso en este sentido es, sin lugar a dudas, el libro de Carlos Sepúlveda Leyton cuyo título encabeza estas líneas. En esta obra se nota, a nuestro juicio, de manera patente la huella de una futura gran novela chilena.

La elocuencia española y el atildamiento sudamericano han perdido en un tráfigo de palabras y de posturas forzadas los

caractéres más bien definidos de nuestro ámbito. A fuerza de trabajo literario, a fuerza de abundancia de recursos idiomáticos y retóricos el tema novelesco no ha podido levantarse entre nosotros. Linfático y contrahecho, el tema literario no ha logrado una vida propia que le permita subsistir aparte de los límites escuetos de su artificio.

Y es que nada hay más difícil que hechar a andar creaturas vivas por el mundo de la ficción. Su soplo vital no es tanto cuestión de sabiduría como don de raza, instinto creador designado.

Muchas veces hemos pensado que la novela chilena no ha de salir del cultor literario profesional, del periodista de talento, ni del profesor de gramática, por más estimables que estos sean en su trabajo. Necesariamente, ha de nacer «en otra parte», donde las formas tradicionales de la vida han impreso una huella virgen, allí donde el hecho cotidiano adquiere su sentido más puro y resonante, donde sin advertencia alguna estos hechos insignificantes están colocados con la precisión de las ruedecillas de un reloj y tienen la importancia de los símbolos del zodiaco.

Lo que el libro *Hijuna* añade a la novela chilena es esa pureza de instinto trabajada hacia dentro. Espontaneidad y profundidad. Fidelidad. El autor es dueño del secreto de sus personajes, por sí propio, que es tanto como decir, a pesar de él, aparte de él. Puede, pues, hablar interminablemente de cada uno de ellos, sin repetirse aproximándonos cada vez más al ser infinito que describe.

Y he aquí todavía ciertos perfiles abstractos: ajenos a la novela chilena, que aparecen por primera vez en este libro. Carlos Sepúlveda ha dado a sus personajes esa tercera dimensión que no está en los hechos descritos ni en las palabras. Eso que anda entrelíneas, subjetivo y evasivo; se desprende de hechos al parecer accidentales a veces, pero se siente su presencia y su vacío.

La existencia real de lo novelesco depende en alto grado, de esta trastienda de los libros. Es allí donde los personajes empiezan, solamente, a moverse para el lector.

Hijuna tiene, en este sentido, una atmósfera, amplia y fructuosa. Seis o siete personajes presentados por el autor quedan parados, desde el primer momento, para no confundirse.

Yo no creo que este libro sea una novela lograda, pero, es evidente que hay en él unas cuantas cualidades legítimas que no se ven corrientemente en nuestros autores. Se nota en seguida otra sensibilidad para concebir y describir, ni vacilación ni preámbulo; «Después un futrecito pálido, con una ropa negra muy escobillada, con los zapatos muy lustrados (los pantalones le quedan un poco cortos) hace «hablar» el violín. Toca una y otra vez. Música de violín quiere la gente, y música tocada, arráncada a sollozos, en trinos, en carcajadas, desde el fondo de ese aparatito insignificante, rojo, de largo cuello y de cabeza pequeñita, pálida la mano ligera en las cuerdas; pálida y mórbida la mano segura en el arco y mucho más pálido y sosegado el rostro del futrecito metido en su ropita negra, los pantalones un poco cortos, los zapatos muy lustrados».

«—Es un artista—musita Lucía...»

Su manera indirecta de producir la presencia de un tipo lleno de acontecimientos, es maestra por su concisión y laconismo: «En la mesa. Enrique se aísla un momento y monologa»:

—Si le llega a pegar a mi padre...!

Mi buena madre carcajea:

—Tu padre...!

Enrique, pálido y con un orgullo de toda su carne, ataja y corta el desdén de mi buena madre con un ademán decidido de irse:

—Es mi padre...! Y nadie sabe...

Se ennoblece el rostro de mi buena madre, y dice:

—Qué te pasa...? Come, niño...

Mi perro, correctamente sentado en el trasero, recibe en un tarascón de toda su boca lo que yo le tiro.

Vuelve mi buena madre a su tema:

—Hay que trabajar y sudar... ¡Y todo para comer...!

Enrique un poco herido, defiende:

—Eso es lo malo... ¿Trabajar...? Yo sé que mi padre no es flojo... Lo que pasa (se pone triste), lo que pasa... ¡Es que no hay pa qué..!

Nunca más se nos olvidará la figura conmovedora del violinista., nunca más olvidaremos la estampa dramática de ese hombre que pasa los días tendido al sol, junto a la puerta del conventillo.

Y es un mundo entero como este que anda entre las páginas de Hijuna. La limitación del libro empieza cuando estos personajes van a intervenir en la narración, entonces se suelen confundir de pronto, les falta que hacer, es como sí entraran en una atmósfera polvorienta.

Y es que falta proporción en muchas cosas, pero, no se puede insistir sobre ello porque no es lo que decide la categoría de la obra. Hay que consignar como un defecto de importancia, sí, cierto lirismo familiar de no muy buena calidad que enturbia a veces sus mejores páginas.

Hijuna, empero, trae a la novela chilena, muchos atributos de alto valor literario, genuinos, de la más pura originalidad de expresión que deben crecer en nuestras letras y ser cultivados. El criollismo, en nuestro país, ha creado una serie de tipos ficticios que actúan, hablan, aman y mueren de una manera convencional y monótona que no tiene porvenir. A este respecto el libro que comentamos es un síntoma de salud.—TOMÁS LAGO.

EL MUELLE, A. Pareja Diez Canseco. (Editorial Bolívar. Quito)

Si se dijo hasta ayer que el trópico era fecundo en poetas mediocres y llorones, la actual generación literaria del Ecuador, con los nombres de Aguilera Malta, Gilbert, Gallegos Lara, Augusto Arias y Pareja Diez Canseco, entre otros, nos dice que también pueden darse en él los grandes prosistas de América.

Pareja Diez Canseco—nombre largo y complicado para batallar con él en las letras—reune mucho de las condiciones que se exigen al novelista: estilo, pintura exacta de ambientes y personajes, y sobre todo, sabe interesar con su fuerza narrativa y la soltura de naturalidad de sus diálogos.

Novela de ambientes yanqui y ecuatoriano, es evidente que el autor logra dar a este último, contornos más definidos que a aquél. Así y todo, hay escenas de contrabando en puertos norteamericanos que tienen todo el relieve de un agua fuerte acabada.

Sin pretensiones de estilista, sin rebuscamientos de lenguaje, el autor de «El Muelle» nos da una gran novela americana que puede parangonarse a las mejores del Continente.

Sólo un reproche haríamos a su manera de novelar, y es cierta falta de calor humano, de simpatía del autor por sus personajes desafortunados. Esa displicencia ante las escenas que traza la pluma puede ser, y es para muchos, signo de elegancia artística; pero a nosotros se nos ocurre pensar que hay en todo eso cierto desapego emocional ante la vida que le rodea.

Obra de gran resonancia en las letras sudamericanas, y comentada ya con gran interés en las revistas más conocidas que se publican en español. Pareja Diez Canseco queda incorporado con ella al grupo no muy numeroso de los grandes novelistas contemporáneos.—C. P. S.

ELLA, *Mercedes Pinto*. (Editorial Nascimento. Santiago).

Novela autobiográfica, acaso un poco excesiva, esta que nos da la gran autora de «El».

Los primeros años de su vida no tienen gran interés para el lector. Pocos son los escritores—Gorki, entre ellos—que hicieron con el relato de su infancia páginas duraderas. Insignificante casi siempre, ya que no puede pedirse al espíritu informe de un niño visiones trascendentales, la infancia de Mercedes Pinto no escapa a la verdad de esta aseveración.

El lector lee medio libro sin hallar cosas que le sorprendan, y necesariamente tendrá que decir que esta infancia de la novelista es igual a la niñez que vive el común de los mortales.

Cien o más páginas de relato incoloro, de monotonía persistente, hacen desmerecer la segunda parte del libro en que la autora nos relata sus años de mujer y madre. Aquí empieza la narración vigorosa, de rasgos seguros y precisos, que coge al lector y le hace sentirse frente a un novelista de verdad.

Creemos que si Mercedes Pinto hubiese reducido las proporciones de esta novela, quitando de ella innumerables páginas sin relieve, a pesar de su sinceridad, habría resultado su obra a la misma altura de su novela anterior.

Al describir ligeramente, o al insinuar algunas escenas, Mercedes Pinto hace un llamado al lector para indicarle que «eso» ya fué tratado en su novela «El», y allí lo remite para que aprecie el vigor de la escena que calla. Estas referencias quedan fuera de la obra literaria, ensayos científicos de toda índole están llenos de estas citas a la propia obra anterior; pero disuenan en una novela psicológica.—C. P. S.

EL HOMBRE EN LA MONTAÑA, de *Edgardo Garrido Merino*

La novela «El hombre en la montaña» de Edgardo Garrido Merino ha tenido un clamoroso y succulento éxito literario, pues ha sido elogiada por prestigiosos escritores españoles y chilenos, agotándose para con ella y su autor los adjetivos ditirámicos; y ha obtenido en el país dos premios literarios de no pequeña cuantía: el Premio Italia y el premio instituido por la Municipalidad de Santiago. Antecedentes son éstos que predisponen el ánimo del lector en favor de la obra, y así fué como iniciamos su lectura, los primeros capítulos nos sorprenden: es una novela escrita en una prosa impecable, riquísima la adjetivación, la frase amplia, rítmica, sin caer en la rotundidad oratoria. Una novela como no la escrito jamás un chileno; pensamos, luce su autor una cultura clásica poco común en nuestros escritores. Las costumbres aragonesas y el paisaje montaños del Alto Aragón, donde acaecen los hechos novelados, son descritos por Garrido Merino con un colorido llameante y en sus detalles esenciales, sin recluirse en el costumbrismo lugareño; sus evocaciones están lo suficientemente aireadas como para que respiremos el ambiente vital de las montañas. No se pierde en difusas descripciones, coge lo esencial, lo típico, y con ello traza rasgos endebles como agua fuerte.

Pero, poco a poco debemos confesarlo con franqueza, no obstante se nos califique de irreverente, nuestro interés por la lectura de esta obra iba decayendo a medida que volteábamos las páginas, sea porque una prosa tan ricamente ataviada nos parecía un lujo exagerado, como el del nuevo rico que desea a toda costa exhibir sus riquezas y derrochar el dinero, porque el interés novelesco desaparecía ahogado por ese tubión de retórica un tanto arcaizante que ha encontrado en Ricardo León su expresión más acabada. Insuperable novela académica la del Sr. Carrido Merino; de ahí que estimemos justos los pre-

mios que ha obtenido. Pero no siempre, creemos, lo académico, la atildada corrección, el trabajo de lima y pulimentación, que en el caso del Sr. Ricardo Merino linda con el preciosismo, aporta a la novela una efectiva valoración estética. Pérez Galdós y Pío Baroja, los más altos exponentes, a nuestro juicio, de la novela española contemporánea, descuidan el estilo y no se entretienen en trabajos de orfebrería; les preocupa más la calidad humana de sus creaciones y la espontaneidad y sencillez del lenguaje, ya que lo académico tiene mucho de pedantesco y forzado, como hecho por receta, porque, como dice Baroja: «las fórmulas viejas de relleno, usando una retórica altisonante, es cosa que se puede aprender, como se aprende a hacer un par de zapatos».

«El hombre en la montaña» es una novela *literaria*, confeccionada con todos los recursos e ingredientes que aconseja la preceptiva. Por eso, estimamos que en esta obra el aspecto meramente novelesco ocupa un segundo plano; más que el deseo de pintar personajes, parece que ha habido el de hacer una regia prosa, como para ser leída en voz alta. De ahí que algunos personajes nos resulten inconsistentes en su psicología y artificiales sus rasgos humanos; el mismo héroe Andrés Lucena, con su incógnita bondad y con la dulcedumbre de su carácter, nos parece ingenuo, una especie de Cristo de Elqui. Lorenzo, que figura como su antítesis, es, a nuestro juicio, la mejor creación de esta novela; es él que merece, a la postre, nuestras simpatías, a pesar de su rudeza y tosudez; por eso, seguramente, que Agustina prefirió casarse con éste y no con Andrés, a quien encontraría demasiado bueno sin esas pasiones fuertes y primitivas que son propias del hombre de la montaña.—MILTON ROSSEL.

UNA NOVELA DE B. LAVRENEFF

Su Excelencia, el general Eugenio Pavlovich Adamoff, profesor de la Academia de Jurisprudencia Militar, es detenido, en su casa, por funcionarios de la Cheka, y llevado a prisión sin saber, precisamente, por qué se ha tomado esta medida contra él, tal vez, sólo por ser un antiguo burgués.

En la prisión, la primera sorpresa, cuando se pasa lista a los cien y tantos detenidos y es llamado a secas, simplemente, Adamoff. Su Excelencia no comprende. Supone que entre los demás apresados puede existir otro Adamoff, porque para él, no es imaginable, siquiera, que se le nombre de tal modo. Por fin, sabe que el aludido es él mismo.

Días y días interminables en la prisión. El comandante de ésta, a quien Adamoff se hace simpático, lo nombra para que pase lista diaria a los detenidos y a los que, cotidianamente, son llamados para sufrir la pena capital. Este insignificante destino le es reprochado por los demás compañeros de prisión—la mayoría, miembros de su misma clase social, exceptuando un par de decenas de criminales recalcitrantes—los que, en forma dura, critican la actitud complaciente de Su Excelencia, el general Adamoff, aislándolo y sosteniendo frente a él un permanente desprecio. Traba, entonces, conocimiento con uno de los criminales detenidos, que tiene su lecho miserable al lado del de Su Excelencia, manteniendo largas conversaciones y sintiendo, acaso, ambos una mutua estimación. El criminal, poco antes de ser fusilado, le obsequia a Su Excelencia un amuleto de oro que guarda con cariño y emoción hasta el día de su propia muerte.

Después de algunos meses de encierro, el general Adamoff es dejado en amplia libertad. Tuvo suerte. En una ocasión, siendo todavía joven, habíase opuesto a que se castigara a un simple soldado, en los viejos tiempos del Padrecito Zar. Los bolche-

viques se lo tomaron en cuenta y a ello, sin duda, se debió su salida de la prisión.

Una vez fuera de ésta, el general se dirigió a su antiguo domicilio. Nueva sorpresa. Había desaparecido su vieja servidora, única persona que con él habitaba, y su casa estaba, ahora, ocupada por gente extraña. De nada sirvieron sus explicaciones. Tuvo que resignarse, simplemente. Hasta sus papeles y objetos más queridos habían sido despedazados o vendidos. Sólo un retrato grande, pesado, de su difunta mujer, se conservaba. Se lo entregaron, y con él a cuestas, y con su tristeza, y con sus sesenta años, se internó en la inmensa noche de la ciudad. Un antiguo amigo, que trabajaba ahora para los rojos, no quiso recibirlo, temió caer en desgracia ante éstos y, además, no creyó que Adamoff había sido dejado en libertad, sino que, al contrario, había huído. Abandonado, con la congoja partiéndole el pecho, con el frío arañándolo intensamente, con la lluvia violenta que lo traspasaba, se dirigió a la casa del comandante de la prisión, la que encontró por casualidad.

Tal vez le tuvieron lástima. Le quitaron sus vestidos mojados, lo arroparon y le dieron una bebida caliente. Reanimose y habló. Deseaba volver a la prisión. Allá, por lo menos, dormiría bajo techo y tendría una mala comida. Pero esto ya no era posible. Ya no existía razón alguna para detenerlo nuevamente. ¿Qué hacer, entonces? Ah, quedarse en casa del comandante. Necesitaba un lecho y un pan diario; por su parte haría lo que le pidieran. Eso era todo.

El comandante recordó que cuando el general Adamoff estaba en la prisión, lo había sorprendido varias veces lavando su propia ropa, de una manera impecable, como una auténtica lavandera. Y ahí estaba la nueva fase del destino de Su Excelencia, el general Eugenio Pavlovich Adamoff, antiguo profesor de la Academia de Jurisprudencia Militar: ser el camarada lavandero...

Poco a poco, acaso con facilidad, fué adaptándose a su

nueva vida. En su interior, bien adentro de su alma, un proceso que había nacido, seguramente en sus meses de prisión, comenzaba a destacarse con nitidez, a evidenciar su presencia y plantearse en el territorio del conocimiento. Era posible. A un nuevo estado de cosas, una nueva vida. ¿Por qué desesperarse? Había que aceptar la dura realidad. (Hay que tener presente que el autor de esta novela, Boris Lavreneff, plantea un caso que muy bien puede ser real, pues ha podido presentarse, pero con intención manifiesta de hacer propaganda al nuevo régimen que impera hoy en ese país. Sin embargo, esto no basta para apreciar los valores humanos que evidencia esta obra. La tragedia de toda una clase social que de dominante ha devenido en dominada: tragedia admirablemente pintada por Lavreneff, lo que sin duda ha sido tomado en cuenta por la Biblioteca Letras para incluirla en su conocida colección).

El general Adamoff estaba ya completamente adaptado a su nuevo y humilde oficio, que cumplía fielmente y con alegría. La desesperación y la amargura no se introducían en su alma saludable y tranquila. Razonaba, y la razón oblitera todas las huellas dolorosas. Porque no era un sentimental y lo esencial era vivir. ¿Que su estado presente no correspondía a sus conocimientos adquiridos durante toda su adolescencia y juventud, ni a la categoría social que tuvo en otro tiempo y durante casi toda su vida? Ya era viejo, y si el destino le había reservado esta cruel sorpresa ¿qué podría hacer él? Conformarse, he ahí todo, pero después de múltiples sacrificios y renunciamentos, después de soportar inauditas congojas y humillaciones. Si la suerte, la buena o la mala, le había impedido morir ¿iba a rebelarse ahora, y a sus años? Había que seguir la trayectoria trazada por el destino.

Un día, llega a la casa del comandante, un alto funcionario del Comisariato de Guerra. Era el año de 1919. Los rusos anti-soviéticos ayudados por los ejércitos vencedores de la Gran Guerra Mundial, imprimían un carácter poderoso y temible a la

ofensiva contra los nuevos gobernantes de Rusia y hacían temblar la estabilidad de los bolcheviques. Se necesitaban, entonces, hombres con la preparación que da la cultura, y que la revolución no podía improvisar ni encontrar en la masa obrera y campesina. El funcionario del Comisariato de Guerra sabe, por casualidad, que en casa del comandante vive un antiguo general y profesor de la Academia Militar. Conversa con Adamoff y le propone que coopere a la labor de los bolcheviques. Adamoff no vacila. Antes de ser un simple lavandero, prefiere desempeñar un cargo que esté más de acuerdo con sus conocimientos, y se va con el jefe soviético.

La acción pasa, ahora, cerca de Petrogrado. Los rusos blancos baten enérgicamente a los rojos que se ven obligados a replegarse. Adamoff, entretanto, está de juez del tribunal revolucionario juzgando a los prisioneros, pero, de pronto, con todo el tribunal y con los defensores del lugar, se ven obligados a huir debido al ataque arrollante de las fuerzas enemigas, y al grito de sálvese quien pueda, todos huyen a la desbandada.

Al general Adamoff lo acompaña un guardia rojo que le cede su caballo, facilitándoles la fuga las sombras de la noche. Logran ocultarse en un bosque, donde esperan el amanecer para poder orientarse. Cuando el alba con sus primeras pinceladas comienza a definir la naturaleza, el guardia rojo divisa una aldea cercana que supone está en manos de los revolucionarios y a ella se dirigen. Pero la sorpresa no puede ser más desalentadora, pues la aldea está en poder de los rusos blancos, quienes los hacen prisioneros. El guardia rojo al ver que el general Adamoff es tratado bruscamente por los enemigos, les descubre a estos la categoría de Su Excelencia y es tratado, entonces, con toda clase de consideraciones. Pero Adamoff comienza a perorar que el está con los bolcheviques... etc., etc. El oficial envía a buscar al jefe de la guarnición, quien hace fusilar al general Adamoff junto con el guardia rojo. Ambos mueren gritando «viva la revolución».

Aquí se ve, nuevamente, el propósito de Boris Lavreneff,

de hacer una obra de propaganda en favor de los soviéticos. Pero, a pesar de esto, *El Séptimo Camarada* es un libro duro, trágico, denso y de alto valor artístico, aspecto por el cual debemos elogiarlo sin reservas.—A. T.



UNA OBRA SOBRE LA SITUACIÓN EN EL ORIENTE

Henry Hall, en una obra interesantísima, titulada «La guerra en el Extremo Oriente», hace un estudio detallado y completo de la penetración imperialista en el territorio chino, desde su comienzo, o sea, desde la segunda mitad del siglo diecinueve hasta la época presente, en que la lucha por la posesión de la Manchuria se ha agudizado en forma alarmante para la paz universal.

Manchuria—dice Henry Hall—consiste de las tres provincias noroestes de China: Tengtien, Kirin y Heilunghien; en su mayor parte es una vasta planicie ondulante, cuya tierra fértil sirve para el cultivo del trigo, mijo, maíz, cebada y legumbres; pero más importantes son, económicamente, las montañas que franquean Manchuria en el este y el oeste. Son ricas en madera y contienen valiosos depósitos de hierro y carbón. Estas montañas, sobre todo las del este, cerca del borde manchuriano, son muy codiciadas por potencias extranjeras. En el sur, Manchuria toca al mar. Aquí sobresale la provincia de Liaotung, bien dentro del golfo de Pechili, ofreciendo una salida para los productos agrícolas manchurianos, para el hierro, el carbón y la madera. Hay, allí, dos puertos excelentes: Dailen y Puerto Arturo, ambos libres del hielo todo el año y, por tanto, de gran importancia estratégica. Al este y al sur de Manchuria está Corea, y al este de Corea, al otro lado del mar del Japón, está el Japón, la única nación industrializada del Oriente. Al norte de Manchuria, están

las vastas planicies siberianas absorbidas por el imperio ruso en su marcha hacia el este».

Como puede verse, la Manchuria es un territorio riquísimo y muy codiciado por diferentes potencias extranjeras, entre las que han sobresalido la Rusia de los zares y el Japón, y, ahora último, los Estados Unidos, que empezó a preocuparse a fines del siglo pasado, en 1889, y que, desde entonces acá, ha tenido una ingerencia absorbente en todo lo relacionado con Manchuria, junto con el Japón, sobre todo en estos últimos años, o sea, a raíz de la Guerra Europea, cuando Estados Unidos comenzó a extender formidablemente su capacidad de dominio como nación imperialista.

«La intervención americana—continúa Henry Hall— en la disputa manchuriana, revela una nueva tendencia en la política extranjera norteamericana. Revela la intención deliberada de los Estados Unidos de fortalecer el Pacto Kellog, como un arma en la lucha por la dominación del mundo. Los Estados Unidos, no son miembros de la Liga de las Naciones, que está controlada por Francia e Inglaterra. En oposición a la Liga, los Estados Unidos, tienen que crear un instrumento político internacional, que ellos puedan manipular. La necesidad de esta política se acentúa según se hace más agudo el conflicto entre Estados Unidos y sus rivales imperialistas».

Las primeras tentativas serias de Estados Unidos para penetrar en Manchuria, datan de 1905, más o menos, cuando el magnate ferroviario norteamericano F. N. Harriman, apoyado por sus banqueros Kuhn, Loeb and Co., pretendió controlar el ferrocarril de la Manchuria del sur. Harriman había cooperado financieramente al Japón en la guerra que éste sostuvo con Rusia en ese mismo año, logrando alcanzar un acuerdo preliminar con los representantes del Japón, con el objeto de instaurar la controlación del sur de Manchuria. Pero el Japón, temiendo la ingerencia norteamericana en la Manchuria, destruyó esta tentativa, que tenía grandes proporciones, pues Harriman pretendía

llegar a un acuerdo con el Transiberiano, para unir este ferrocarril con el manchuriano y, a la vez, con el transcontinental, de propiedad de Harriman, por medio de un sistema de barcos a través del Pacífico y del Báltico con el Atlántico, estableciendo, así, una vasta red de transportes alrededor del mundo. Destruído por los japoneses el plan de Harriman, todavía éste intentó comprar el ferrocarril perteneciente al Gobierno de los zares y ubicado en el este chino, pero también sin éxito.

No obstante todos estos fracasos, Harriman quiso llevar a la práctica la idea de un ferrocarril propio, y, en 1909, obtuvo el permiso necesario, de China, para construir una red ferroviaria que uniría Chinchow, en la costa sur de Manchuria, con Aigun en la frontera rusa.

«Fué este proyectado ferrocarril — manifiesta Hall — lo que Philander C. Knox, entonces secretario de Estado, intentó utilizar como un instrumento de uno de los más ambiciosos planes de la diplomacia norteamericana. Hablando en nombre de los banqueros norteamericanos, Knox, propuso que China adquiriera dinero prestado de las principales potencias para comprar todos los ferrocarriles extranjeros en Manchuria. Propuso que, representantes de los Poderes, supervigilaran los ferrocarriles durante el término del empréstito. Este proyecto, para arrebatarse los ferrocarriles manchurianos a los japoneses y a los rusos y entregárselos a los banqueros norteamericanos e ingleses, se planteó bajo el eufónico nombre de «neutralización». Rusia y Japón decidieron que las bellas palabras eran verdaderamente amables, pero los ferrocarriles eran los ferrocarriles. El Gobierno zarista rechazó terminantemente el proyecto Knox, declarando que «el establecimiento de la administración y el control internacional de los ferrocarriles manchurianos lesionaría seriamente los intereses rusos», y que el proyectado ferrocarril Chinchow-Aigun, tenía visible «estratégica y política», importancia que hería los intereses del este manchuriano. La protesta del Japón fué igualmente fuerte».

Todo esto obligó a Estados Unidos a no poder realizar el proyectado ferrocarril y al abandono del plan Knox, o sea, la neutralización, pero sólo en forma temporal, ya que es demasiado sabido que la base de toda la política norteamericana en China como, a veces, en Sudamérica—el caso de Panamá es ejemplar—es la neutralización. Consiguiendo ésta, el dominio de Norteamérica sobre la parte neutralizada es indiscutible.

Estas tentativas persistentes de los Estados Unidos para conseguir su penetración en la Manchuria, obligaron a Rusia y al Japón, que en 1905 habían sostenido una guerra, a efectuar una «alianza virtual», oponiendo ambas potencias un frente a las tentativas de Harriman y al plan de «neutralización». Una de las partes más importantes de esta alianza fué el reconocimiento por el lado de Rusia del sur de Manchuria «como una esfera de influencia japonesa», y por el lado del Japón, el reconocimiento del norte del mismo territorio, «como una esfera de influencia rusa».

El Japón, después de esta alianza, extendió notablemente su influencia en el territorio manchuriano, obteniendo importantes concesiones mineras y madereras, además del control de diversas redes de ferrocarriles muy importantes, y, en 1915, mientras las potencias europeas se encontraban envueltas en la más sangrienta guerra que recuerda la historia, el Gobierno japonés mandó un ultimátum al Gobierno chino, pidiendo, entre otras cosas, el derecho de comprar tierras en el sur de Manchuria, una opción a todas las construcciones de ferrocarriles y empréstitos en el sur de Manchuria, y un contrato de alquiler por noventa y nueve años de Puerto Arturo y Dairen. China resistió cuatro meses. Luego, cuando el Japón amenazó con la guerra, concedió las demandas japonesas en tratados firmados el 25 de Mayo de 1915.

Es, después de la Guerra Europea, cuando Estados Unidos logra introducirse definitivamente en la China, naciendo, entonces, la rivalidad norteamericana-japonesa, ya que el Japón era la potencia que más interés tenía por el territorio chino, hablándose

hasta de una posibilidad de guerra entre ambos países. Aun más: cierto sector numeroso de la prensa norteamericana, pedía una guerra contra el Japón. Tanto éste como Estados Unidos, empezaron grandes planes de construcciones navales, terminándose esta situación sólo en la Conferencia de Washington de 1921-1922 y después de comprender el Gobierno del Japón que era incapaz de rivalizar en la construcción naval con los norteamericanos, viéndose obligado, además, a aceptar la política de los Estados Unidos en Manchuria, o sea, evacuar la Siberia y reconocer los principios de la «puerta abierta» con respecto a Manchuria y a las demás partes de China.

Por otro lado, mientras las potencias extranjeras se repartían el territorio chino, la China iniciaba negociaciones con la URSS, las que culminaron con el tratado firmado el 31 de mayo de 1924, en el que la URSS abandonaba todos sus privilegios en China. Sin embargo, las relaciones entre ambos países, aunque oficialmente amigables, eran, en realidad, tirantes muy a menudo, hasta que culminaron resueltamente hostiles en 1929, cuando tropas chinas se apoderaron de la red ferroviaria del este. Además, la intervención de las potencias extranjeras hizo más crítica la situación, creyéndose posible el desencadenamiento de una nueva guerra mundial.

UNA TRADUCCIÓN DE «LA VORÁGINE»

El escritor Georges Pillement, ha vertido al francés la obra célebre de José Eustacio Rivera, «La Vorágine». Pero hay un hecho singular que ha provocado comentarios de todo género. Los lectores españoles, para conocer la novela de las caucherías colombianas, han debido valerse de la traducción francesa... España conoce apenas las creaciones de sus herederos de América

y, como siempre, la obra literaria de este continente llega tarde a la zona de influencia del meridiano intelectual, que pasa por Madrid. No sé si a estas horas, se habrá empezado ya la confección de una tirada en español. Como quiera que sea, y salvo contadas excepciones, los libros americanos carecen de mercado en la Península. Uno de los libros que escapa a esta regla, es la novela de Rómulo Gallegos, «Doña Bárbara», de la que se tiraron, según noticias, más o menos veinte mil ejemplares. Es un récord si se toma en cuenta que los libros españoles no han tenido nunca ediciones muy superiores a esta cifra. «Doña Bárbara», mereció homenajes de buena calidad, y casi todas las ediciones posteriores de Gallegos han sido hechas en Barcelona.

El escritor americano, que vive en España, o que pasa por Madrid, puede conseguir que sus libros se editen en alguna casa de publicidad de nombradía. Los que viven en América están condenados al largo e irrompible silencio que rodea siempre todo libro de estirpe americana. El catedrático español, Sainz Rodríguez que visitó Chile hará cosa de tres años, manifestó aquí, no se sabe si porque era huésped o por galantería, que en España comenzaba a advertirse un gran interés por las novelas de América. Han pasado los días, los meses y los años y aquel interés no se ha manifestado, sino en casos excepcionales. Desde luego lo ocurrido con «La Vorágine» es ya un síntoma. Es cierto que hay una crisis del libro, y casas editoras que quisieron abrir mercado en América hubieron de liquidar sus negocios. Pero hay obras artísticas fundamentales que no son conocidas en España, y uno no logra explicarse la contradicción entre este interés de España por América, y la atonía que la invade con respecto a buenos libros americanos. Si el alma española dejó aquí tan hondas huellas y fué la generadora de estas nacionalidades agresivas y revolucionarias, lo justo sería que quisiera conocer a través del libro de creación, la línea de progreso y también de tragedia que ha seguido el continente en el siglo o más que lleva de independencia. La novela de ambiente ha surgido como una

voz patética de la tierra americana; con un acento vigoroso y fresco de zona virgen. Cualquier país de América hispana, se enorgullece con algunas creaciones novelescas en las que hay no sólo calidad artística, sino vibraciones y grandeza, pasión y colorido. ¿Para qué citarlas? Se las conoce ya de sobra.

Poniendo de lado consideraciones estéticas, sería hasta un negocio para los libreros españoles la edición de obras americanas. Porque la novela española no cuenta hoy como ayer, con grandes nombres y el terreno de la creación está ya un poco cansado. Se suceden los mismos conflictos, casi los mismos personajes y ambientes y esa naturaleza domesticada, no permite, como la de América, la exaltación al plano novelesco de recias figuras humanas. América, en cambio, las posee, no sólo en su historia, sino en la violencia de sus días presentes. En América la decoración, el medio, la fuerza desordenada de su naturaleza, dan vida a personajes que no pueden crecer, sino por otras condiciones, en los medios europeos. Francia ha entendido mejor este problema y sus editores han sabido elegir, bien que muy lentamente, algunos libros que a ellos, sin duda, parecerán exóticos, pero que ayudan a comprender este vasto y trágico sentido de la vida americana.

España, vinculada por tantos motivos a los países hispanoamericanos, aun no ha podido vincularse en la única forma perdurable y profunda que crea la verdadera comprensión y el verdadero entendimiento: Por la penetración artística de América en la Península.—D. M.



DUQUE, novela por *J. Diez Canseco*.

¿Es la aristocracia limeña la que el novelista peruano José Canseco pinta en su novela «Duque» (1), que una editorial chi-

(1) Editorial «Ercilla», (Santiago, 1934).

lena acaba de dar a la publicidad? ¿Son los herederos de esa aristocracia de abolengo y de tradición los que arrastran en estas páginas nerviosas, esquemáticas y movidas, su modernismo vicioso, sus refinamientos cosmopolitas, sus arrogancias desenfadas de hijos de una civilización en agonía? ¿O es quizá ese medio indefinible que se forma al margen de las verdaderas aristocracias con elementos de todas las castas, con gente enriquecida en las especulaciones, con extranjeros nacionalizados, expertos en el arte de ganar rápidamente dinero; con tipos de la clase media, que, por la fortuna, logran mezclarse con familias tradicionales, y asimilan, con extraña prontitud, todos los refinamientos de clases sociales más elevadas? Lo cierto es que el novelista que vivió en esos ambientes y formó entre sus legiones, ha descrito un sector social en el que los tipos y las costumbres constituyen los elementos propios de lo que se denomina aristocracia.

Todo en esta novela, que se lee con extraño placer y sintiendo su brevedad, infunde desolación. Todo es en ella crepuscular, todo da la sensación de término, de resquebrajamiento, de inevitable e inminente liquidación. Las mujeres, son las mujeres de la disipación; los hombres, son los niños bien de una casta que nada puede esperar de sí misma. Triste cuadro este, y doblemente triste, porque presenta el espectáculo de una sociedad que todo lo ha copiado de Europa, menos sus grandes virtudes y sus hondas clarividencias. Así pasan en esta cinta, entre un continuo ajetreo, en las noches y en los días, los grupos de hombres y mujeres que van tras el placer, que todo quieren saberlo, sin reparar en las consecuencias; que erigen, como fin supremo de sus existencias, el goce físico.

El cinismo que invade estas páginas, las escenas crudas que decoran el final de ciertos capítulos, la filosofía desencantada que exudan algunos de sus personajes, de vividores, están aquí tratados con un esquematismo frío y poderoso a un tiempo. Como muy bien lo expresa Luis Alberto Sánchez en el prólogo, esta novela es un acta de arrepentimiento. Díez Canseco penetró

en esa vida frívola—entendiendo que pertenece a una familia tradicional de Lima—, convivió en un sector de esa sociedad, y luego, cansado del contacto, lo describió con todos sus vicios y pasiones. Tales cuadros de la vida de una capital americana corresponden a innumerables cuadros de otras ciudades americanas. Porque América paga caro los platos rotos de la inocencia en la imitación de ciertos vicios y refinamientos que Europa mantiene, porque allá la tradición puede dar firmeza y solidez al fundamento de las sociedades. La naturaleza humana, todavía virginal, de estos países, se quebranta rápidamente con la adopción de costumbres que sólo puede tolerarlas un organismo ya macerado en una ética fuerte e incorruptible. así camina, o pasa la vida en esta novela, en la intimidad afebrada de los placeres, de los clubes de juego, a los fumaderos de opio; de los prostíbulos, a los sitios elegantes; de las canchas de golf, a los lugares secretos. Una penumbra que se extiende sobre el fondo tradicional de la ciudad legendaria, no logra atenuar la crudeza de ciertas pinturas realistas y dolorosas. Sin dolor romántico, por cierto, sino dolor auténtico; dolor que brota del desengaño y de la derrota. Diez Canseco posee el arte de un cronista con mucho sentido irónico. Su pintura es directa, mordiente, satírica. Prefiere no hacer concesiones al lector, y lo dice todo en frases breves, intencionadas, rápidas y, a menudo, cínicas. Caen las mujeres, resbalan los hombres todas las pendientes, en medio de la complicidad que les presta la vida de sociedad. Unos a otros se toleran y se disculpan; pero unos y otros se desgarran más tarde en la tortuosa intimidad de la chismografía. Florece en estas páginas, pintado con maestría el triste cuadro de los hombres envilecidos por los extravíos sexuales, que la moda, disfrazada de biología, tolera y perdona...

Exteriormente las mujeres sudamericanas tienen todas las apariencias de mujeres refinadas, que conoce muchos vicios. Sus grandes ojeras, sus labios crudamente pintados, sus ojos agrandados por el *kohl*, sus ademanes cinescos, les dan un aire

de vampiresas criollas. La intimidad es apenas una sombra de aquello. Ni tan viciosas, ni tan refinadas. A menudo ni lo uno ni lo otro. Más bien víctimas de la propia exterioridad, que las lleva al borde de peligros, de los cuales se asustan y se retraen. Dan una impresión enteramente diversa a lo que en realidad son. De ahí los equívocos, los desencantos, las caídas, que el ambiente prepara con la complicidad de sus imitaciones europeizantes o yanquizantes. Espejismo engañoso que el novelista de «Duque» insinúa en el tipo de mujer Beatriz, que sirve de eje, junto con el tipo de niño bien, Teddy, a esta novela de cinismo y de dolor, en la que América española puede reconocer un aspecto típico de su interesante fauna humana.

La Editorial Ercilla ha hecho bien en editar esta novela peruana. Pero, ante todo, es digno de aplauso el programa que se ha trazado, de dar a conocer las novelas más importantes de escritores hispanoamericanos, que tanto cuesta conseguir en Santiago. Las diferencias de moneda, y la carencia de mercado o, mejor, de comunicaciones intelectuales con los demás países de este continente, impiden el conocimiento de las buenas obras de otras literaturas.—D. MELFI.



CUENTOS

«CARTUCHO», por *Nellie Campobello* (1).

Personajes de juguetería. Temperamento de niña, cruel y desaprensivo; mirando juegos de Hombres del Norte. Soldaditos de plomo que sangran y mueren. Pancho Villa con «unos ricitos muy ricitos». La obra de Nellie de Campobello no tiene antecedentes literarios. Frase muy repetida, en este caso exacta. La

Ediciones «Integrales». (México, 1933).

autora no habla en nombre de la madre, ni de la soldadera, ni de la mujer que llora; habla en nombre de la niña a la que la guerra ha suprimido la escuela, el recreo, y se ve obligada a presenciar combates y fusilamientos:

«Los balazos habían empezado a las cuatro de la mañana, eran las diez. El caso es que las balas pasaban por la mera puerta, a mí me parecía muy bonito, luego quise asomarme para ver cómo peleaba el Kirilí».

Nellie de Campobello, pequeña Plutarco de los Hombres del Norte, ha hecho la novela más fina y poética sobre la Revolución Mexicana.

Es maravilloso cómo maneja con cierta cruel inocencia un material humano tan violento. Su obra puede compararse, en la literatura soviética con «Caballería Roja» de Isaac Babel.

«Cartucho» es un conjunto de estampas, de pequeños cuadros de la Revolución Mexicana, en la que los personajes y las cosas aparecen sorprendidas por una mirada de calcetines, cortos y blancos.

Un viejo soldado de la Revolución, que está en un hospital, accidentado; cuenta sus recuerdos a la autora:

«Y me contó que este General, que el otro.. Que él estaba cuando... Que el Fulano valiente, valiente dijo, que si lo mataron. Que los hombres... que los tiroteos...»

Ella también recuerda:

«Hidalgo del Parral, Estado de Chiguagua, foco del villismo. Si tú hubieras visto aquello. Mejor que te cuente la primera impresión, fina, limpia, agudita que me dieron los balazos.

—¿Por qué no escribes eso?

Así fué como cada tarde le llegaba al Hospital del Cerro mis fusilados escritos en una libreta verde. Los leía yo, sintiendo mi cara hecha perfiles salvajes. Vivía, vivía, vivía... Acostaba mis fusilados en su libreta verde... Mis fusilados, dormidos en la libreta verde. Mis hombres muertos. Mis juguetes de la infancia».

Veamos alguno de los perfiles de estampería que nos regala la autora:

«José Ruiz era filósofo. Tenía crenchas doradas, untadas de sebo y lacias de frío. Los ojos exactos de un perro amarillo. Hablaba sintéticamente. Pensaba con la Biblia en la punta del rifle».

«Elías Acosta era alto, color de canela, pelo castaño, ojos verdes, dos colmillos de oro. Se los habían tirado en un combate cuando se estaba riendo.

¡Viva Elías Acosta!, gritaban las gentes cuando él pasaba por las calles de la Segunda del Rayo. Cuando quería divertirse se ponía a hacer blanco en los sombreros de los hombres que pasaban por la calle. Nunca mató a nadie: era jugando, y no se disgustaban con él».

La autora da siempre un especial relieve a la indumentaria de sus personajes:

«Kirilí usaba chamarra roja y mitazas de cuero amarillo. Cantaba mucho porque se decía: «Kirilí, que buena voz tienes». Usaba un anillo ancho en el dedo chiquito, se lo había quitado a un muerto allá en Durango. Kirilí, siempre que había un combate, daba tres o más pasadas por la Segunda del Rayo, para que lo vieran tirar balazos. Caminaba con las piernas abiertas y una sonrisa fácil, hecha a ojal en su cara.

Siempre que se ponía a contar de los combates, decía que él había matado puros Generales, Coroneles y Mayores. Nunca mataba un soldado».

La visión que nos da de Pancho Villa, es la de una niña que va al Zoológico a ver al rey de las selvas:

«Junto a la ventana, en un colchón tirado en el suelo, estaba el General, se sentó mamá en una silla bajita (de manufactura nacional), él estaba sentado con las piernas tirantes, tenía la gorra puesta. Cuando Villa estaba presente, sólo se le podían ver los ojos, sus ojos tenían imán, se quedaba todo el mundo con los ojos de él clavados en el estómago.

Tenía unos ricitos muy ricitos en toda la cabeza, levantó los ojos hasta la mamá; todo él era dos ojos amarillentos medio castaños, le cambiaban de color en todas las horas del día».

Nellie Campobello se acostumbra a sus fusilados, y los quiere, a su manera.

«Había momentos en que, temerosa de que se lo hubieran llevado, me levantaba y me trepaba en la ventana, era mi obsesión en las noches, me gustaba verlo porque me parecía que tenía mucho miedo.

Un día, después de comer, me fuí corriendo para contemplarlo desde la ventana, ya no estaba. El muerto tímido había sido robado por alguien, la tierra se quedó dibujada y sola. Me dormí aquel día soñando en que fusilarían otro, y deseando que fuera junto a mi casa».

A veces el relato, más que macabro, se torna superrealista:

«De pronto salió de la esquina, un hombre a caballo; a poquito andar, ya estaban frente a la casa—le faltaba una pierna y llevaba una muleta atravesada a lo largo de la silla—iba pálido la cara era muy bonita; su nariz parecía el filo de una espada, con la mirada clavada hacia arriba de los cerros; él creía que iba viendo un grupo de hombres grises, que estaban allá arriba en la calle, y que le hacían señas. No volteó ni nada, iba como hipnotizado con las figuras grises, en ese momento en que no se cruzaba un solo balazo.

—«Mira qué amarillo»—dijo mi hermana.

—«Va blanco por el ansia de la muerte», dije yo convencida de mis conocimientos en asuntos de muertos, porque lo que yo sentí en ese momento, lo que ví, fué un muerto montado en su caballo. Los hombres comenzaron a disparar sobre la esquina más fuerte que nunca.

Ya no había balazos; salió toda la gente de sus casas, ansiosa de ver a quienes les había «tocado».

El mochito con su uniforme cerrado y unos botones amarillos que le brillaban con el sol, estaba tirado muy recto, como ha-

ciendo un saludo militar. Dicen que cuando ya estuvo caído le dieron dos tiros de gracia, poniéndole el zapato en la cara. Dijeron que le habían puesto el zapato para que sus «tontas»—adjetivo que le daban a sus novias—no lo vieran feo.

A pesar de todo, aquel fusilado no era un vivo, el hombre mocho que yo vi pasar frente a la casa ya estaba muerto».

Donde la emoción de la autora se hace más tierna y femenina, casi maternal, es al hablar de los indios, de los pobres indios, que siempre en la «bola», van a perder:

«Dos mayos, indios de San Pablo de Balleza. No hablaban español y se hacían entender a señas. Eran blancos con ojos azules, el pelo largo, grandes zapatones que daban la impresión de pesarles diez kilos. Todos los días pasaban frente a la casa, y yo los asustaba echándoles chorros de agua con una jeringa de esas con que se cura a los caballos. Me daba risa ver cómo se deshacía el pelo cuando corrían. Los zapatos me parecían dos casas arrastradas torpemente.

Una mañana fría, fría, me dicen al salir de mi casa: —«Oye, ya fusilaron a Zequiél y su hermano; allá están tirados fuera del camposanto y ya no hay nadie en el cuartel».

No me saltó el corazón, ni me asusté, ni me dió curiosidad; por eso corrí. Los encontré uno al lado del otro. Zequiél boca abajo y su hermano mirando al cielo. Tenían los ojos abiertos, muy azules, empañados, parecía como si hubieran llorado. No les pude preguntar nada, les conté los balazos, volteé a Zequiél boca arriba, le limpié la tierra del lado derecho de su cara, me conmoví un poquito y me dije dentro de mi corazón tres y muchas veces, «pobrecitos, pobrecitos». La sangre se había helado, la junté y se la metí en la bolsa de su saco azul de bordón.

Quebré la jeringa».

El estilo es siempre ingenuo, sintético, precioso:

«Parral de Noche es un pueblo humilde, sus foquitos parecen botones en camisa de pobre, sus calles llenas de caballerías vi-

llistas, reventaban, nadie tenía sorpresa, los postes eran una interrogación».

«Y pasaba todos los días, flaco, mal vestido, era un soldado. Se hizo mi amigo porque un día nuestras sonrisas fueron iguales. Le enseñé mis muñecas, él sonreía, había hambre en su risa, yo pensé que si le regalaba unas gorditas de harina haría muy bien... Parecía por detrás un espantapájaros, me dió risa y pensé que llevaba los pantalones de un muerto».

Nellie Campobello agrega un nuevo tipo de novela de la Revolución Mexicana a los que la iniciaron, Azuela, con «Los de Abajo» («corrido», gesta heroico-anónima), y Martín Luis Guzmán (retrato nutrido y casi exacto de los hechos y los personajes).

«Cartucho» se divide en tres partes: I) Hombres del Norte; II) Fusilados; y III) En el Fuego. Comprende treinta y tres narraciones, y en ninguna de ellas decae la gracia, un poco macabra, del estilo, y el interés que despiertan la autora y sus personajes.—JUAN URIBE ECHEVARRÍA.

Libros recibidos

JEAN ROGERE.—*El Mesianismo escultural*.—M. Aguilar, Editor.—Madrid, 1934.

GUSTAVO DORÉ.—*Vivian Christie (novela)*.—Biblioteca ecuatoriana. Editorial Bolivia.—Quito, 1934.

UNIVERSIDAD DE LA HABANA.—*Revista bimestral*.—Habana.
JOSÉ DIES CANSECO.—*Duque, (novela)*.—Editorial Ercilla. Santiago de Chile, 1934.

VIGENTE HUIDOBRO.—*Papá*.—Editorial Documentos.—Santiago de Chile, 1934.

VICENTE HUIDOBRO.—*Cagliostro*.—Editorial Zig-Zag, 1934.

MARIANO PICÓN-SALAS.—*Registro de Huéspedes*.—Editorial Nascimento, 1934.

JOSÉ LUIS RIESCO.—*Cuando yo entré en tu vida*.—Editorial Nascimento, 1934.

HUGO POZO.—*Tradiciones chilenas (N.ºs 1 y 2)*.—Ediciones Nosotros.—La Serena, 1934.

LUIS E. HEYSEN.—*Presente y porvenir del Agro argentino*.—Editorial Librería Peruana.—Lima, 1934.

Se ruega a los escritores nacionales
e iberoamericanos enviar sus obras
a esta Revista, en cuyas páginas
daremos cuenta en notas bibliográ-
ficas y críticas



Dirección para estos envíos:

EDIFICIO LA MUTUAL DE LA
ARMADA Y EL EJERCITO.

4.º Piso — Oficina 22

SANTIAGO DE CHILE

Distribuidores:

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO · CHILE · CONCEPCION
Ahumada 125 **Barros Arana 800**





